

POR UN CRISTIANISMO SIN RELIGIÓN

VOLVER AL «CAMINO»
DESPUÉS DEL COLAPSO DE LA RELIGIÓN

BRUNO MORI

PRESENTACIÓN DE JUDITH RESS
EPÍLOGO DE JUAN ANTONIO SANDOVAL

NTA-4
NUEVO TIEMPO AXIAL



Bruno MORI, ciudadano canadiense, nació en 1939 en Ghedi, una pequeña ciudad de Brescia, Italia. Ingresó en el Instituto de Canónigos Regulares (CRIC) y fue ordenado sacerdote en 1964. Se doctoró en teología en la Universidad Urbaniana (Roma 1971), y enseñó lenguas clásicas (latín y griego) durante dos años en una escuela superior del norte de Italia.

Durante tres años, Bruno compartió la vida de los pobres y los inmigrantes de un barrio

(Continúa en la otra solapa)



HACIA UN CRISTIANISMO SIN RELIGIÓN

BRUNO MORI



Procesion de la Fête Dieu, Montreal, 2016

HACIA UN CRISTIANISMO SIN RELIGIÓN

VOLVER AL «CAMINO»
DESPUÉS DEL COLAPSO DE LA RELIGIÓN

BRUNO MORI

PRESENTACIÓN DE JUDITH **RESS**
EPÍLOGO DE **JUAN ANTONIO SANDOVAL**

HACIA UN CRISTIANISMO SIN RELIGIÓN

BRUNO MORI

Publicado el 10 de junio de 2021

Versión (release) 1 (10 junio 2021)

Editores: José María VIGIL y Santiago VILLAMAYOR

Traducción del francés: Servicios Koinonía

Revisión: Santiago VILLAMAYOR

Diagramación y cubierta: José María VIGIL

Colección «Nuevo Tiempo axial», nº 4, tiempoaxial.org

© **Servicios Koinonía** info@servicioskoinonia.org

Red y Catálogo Internacional de *bibliomanager.com*

(disponible en: México, Colombia, Ecuador, Perú, Argentina, Brasil, Uruguay y España)

podibooks.com (España)

Editorial Abyayala, Quito, Ecuador editorial@abyayala.org.ec

SBD Librería Internacional, Perú www.sbs.com.pe / +511 418 9565

Ozonum Mercado Libre Argentina libros.mercadolibre.com.ar

Mujeres Tabor, California, EEUU mujerestabor@gmail.com

Disponible en formato digital, libre y gratuitamente, a través de:

redesreto10.blogspot.com

servicioskoinonia.org/LibrosDigitales

<https://tinyurl.com/ServiciosKoinonia2>

independentresearcher.academia.edu/SantiagoVillamayor

josemariavigil/academia.edu

y otras redes.

Libro «nativo digital», no apto para impresión profesional.

En papel, consígalo en las arriba citadas redes de *impresión digital demanda*, Bibliomanager... u otras. Si necesitara imprimir numerosos ejemplares para su comunidad, sus alumnos, parroquia... preséntenos su proyecto, por ver si le podemos ayudar: info@tiempoaxial.org

Imágenes de dominio público, tomadas de la red.

Este libro aparece también en su versión original francesa, por Ediciones Karthala, París, septiembre 2021, cfr. infra, p. 244.

ÍNDICE

Presentación, *Judith RESS*, 11

Advertencia al lector, 17

Introducción, 19

Iª Parte:

MITOS Y PENSAMIENTO MÍTICO, 25

Nacimiento del pensamiento mítico, 25

La revolución neolítica, 28

La función religiosa del mito, 33

La función social del mito, 40

El nacimiento de las religiones, 45

IIª Parte:

CREACIÓN DE LOS MITOS CRISTIANOS 51

El nacimiento de los mitos cristianos. Preliminares, 51

El mito del "pecado original", 53

El mito de la Trinidad Dios, 55

El mito de la redención, 58

1.La disculpa del sufrimiento, 66

2.El sufrimiento para construir el poder, la fidelidad y la justificación, 68

El mito del "rencor" de Dios, 71

El mito de la encarnación de Dios, 76

1.El nacimiento del mito del "Hombre-Dios" 76

2.La explotación religiosa del mito 'dios-hijo-encarnado', 81

3.El nacimiento del poder absoluto, 84

4.La divinidad de Jesús destruye su persona y su obra, 87

5.Hacia una interpretación profana de la encarnación, 91

El mito de la superioridad de la religión cristiana, 94

- 1.Las religiones, estructuras divisorias, 94
- 2.El exclusivismo de la religión cristiana, 95
- 3.Se abre una brecha en la exclusividad, 97
- 4.El pluralismo de las religiones es una riqueza para la humanidad, 100
- 5.Aceptación de las diferencias religiosas para construir la paz, 102

IIIª Parte.

LA RELIGIÓN CRISTIANA EN LA MODERNIDAD, 105

Colapso de la religión en Occidente, 105

- 1.La muerte de una religión es un fenómeno natural, 105
- 2.Una crisis de la religión típica de Occidente, 106
- 3.Una religión que se ha vuelto imposible, 110

Las religiones: un peligro para la humanidad, 115

La Iglesia católica en la trampa del poder, 117

La Iglesia católica y el rechazo de la modernidad, 122

La Iglesia católica y la obsesión moral, 126

IVª Parte:

NUEVAS HISTORIAS PARA UNA NUEVA HUMANIDAD, 133

En el camino hacia nuevos horizontes, 133

Historias para la nueva sabiduría, 135

Historias para un nuevo enfoque de la realidad, 139

Historias para una nueva revelación, 143

- 1.Un libro sagrado para todos los humanos, 143
- 2.Una nueva historia "santa" para todos los humanos, 147
- 3.Un nuevo rostro de Dios, 150
- 4.Una nueva historia de amor, 153

Historias para un nuevo "humanismo", 154

- 1.Nacimiento de la persona "atea", 154

- 2.La muerte de la persona "religiosa", 159
- 3.El fin del "ministerio" de la religión, 160
- Relatos y planteamientos para una nueva ética, 162
- Relatos y planteamientos para una nueva espiritualidad, 166
 - 1.El ser humano como lugar privilegiado de la presencia del espíritu, 166
 - 2.Una espiritualidad para encontrar el sentido, 169
 - 3.Espiritualidad y religión, 174
 - 4.Características de la persona "espiritual", 178

Vª Parte:

SUSTITUYENDO LA RELIGIÓN POR EL "CAMINO", 183

- Un Dios que se ha vuelto inaceptable, 183
- Un Dios que se convirtió en un producto peligroso 185
- Jesús de Nazaret y una nueva forma de ser humano 189
- Jesús de Nazaret y la religión descalificada 197
- Jesús de Nazaret y una nueva libertad 200
- Jesús de Nazaret y la proclamación de un "otro" Dios, 204
- El Dios de Jesús, energía en la indigencia de los seres, 207

VIª Parte:

MÁS ALLÁ DE LA RELIGIÓN, 211

- La necesidad de nuevas estrategias 211
 - 1.Abandonar el poder opresor, 211
 - 2.Recuperar el "poder de seducción", 215
- El "camino" de Jesús: el humanismo en acción, 220
- Reivindicación del carácter laico y secular del Camino, 222
- ¿Sobrevivirá el cristianismo en la modernidad?, 224
- Qué perspectivas de futuro tiene la religión cristiana, 227

CONCLUSIÓN 231

Agradecimiento a *Susanne SCHÖNBACHER*, 238

Epílogo, *Juan Antonio SANDOVAL*, 239



PRESENTACIÓN

Mary Judith RESS

¡Este libro es una joya sorprendente! Y lo es además porque está escrito por un sacerdote que, aunque nacido en 1939, a pesar de tener ya su edad, posee gran sabiduría y poco miedo para afirmar, con una claridad escalofriante, refiriéndose cristianismo y sus doctrinas... que “el emperador está desnudo”. Su autor, Bruno Mori, dice que escribió este libro como «una especie de terapia personal, buscando comprender y verbalizar el origen de los malestares y las dificultades que, como cristiano que vive en la modernidad, experimento en relación con mi fe y mi religión. Y esto, con la esperanza de que algún día pueda aceptarlos con serenidad y superarlos con alegría» (p. 3). Concluye que los seres humanos no necesitamos ninguna religión para ser excelentes cristianos.

Igual como han hecho las teólogas ecofeministas acá en América Latina, Mori describe la evolución de nuestro sentido de lo sagrado desde la época paleolítica hasta los tiempos contemporáneos, concentrándose en la época neolítica y la emergencia del concepto personificado de lo divino. Él muestra cómo nuestros ancestros paleolíticos no han separado lo sagrado de lo “profano”: en esa época no había dualismos, sino una inmensa gratitud hacia la Madre Tierra, de donde hemos venido y a donde regresaremos. Lo divino estaba en todas partes. El cielo y la tierra eran una sola reali-

dad, el uno reflejando la otra. No había un “dios” o “diosa”...; solamente la pertenencia a la Madre Tierra como sus hijos/hijas. (Hemos desarrollado una línea de tiempo utilizando las imágenes de nuestro sentido de lo sagrado desde la época paleolítica hasta el momento actual, que incluye la crisis en nuestra cosmología judeo-cristiana, y que ya no nos sirve como especie humana).

Mori concentra en los cambios de paradigma durante la época neolítica: el gran salto en nuestra evolución, cuando hemos aprendido a domesticar la tierra, las plantas y los animales. Se concentra en la formación de la mentalidad bíblica desde el VI a.e.c. y en cómo ésta ha ido configurando nuestras creencias por medio de los mitos. Según Mori, el “dios” que hemos construido venía de nuestra angustia por saber quiénes somos y cuál es nuestro destino. Para Mori, «el Theos ese dios único, que a lo largo del tiempo, ha desalojado y sustituido a la multitud de deidades que habitaban el cielo, y se concibe como una individualidad personal, masculina, inmaterial, espíritu puro, que posee una inteligencia y unos poderes infinitos que utiliza para poner orden en el caos femenino del mundo material» (p. 9).

Mori comparte con Karl Marx que la religión es un sistema de poder que utiliza un mito de origen para mantener unidos a sus miembros, ofreciéndoles historias y contenidos inventados que les dicen de dónde han venido y a dónde van, y que es el sentido de sus vidas. Los mitos pueden cambiar según la evolución de nuestra consciencia colectiva, y así se puede derrumbar una religión. De hecho, muchos antropólogos notan que, con el surgimiento de una consciencia crítica, muchos humanos abandonan sus creencias religiosas, viéndolas ya como no necesarias para una persona madura.

Otro gran aporte de este libro es lo que Mori hace con algunos mitos claves del cristianismo, por ejemplo, el mito del pecado original, de la Trinidad, de la Redención a través

del sufrimiento, la Encarnación, cuando dios se hizo hombre. Con brillantes argumentos desde la historia del cristianismo, este gran sabio muestra cómo ha sido construida cada doctrina, y por qué. Me he quedado fascinada ante su análisis del mito del resentimiento de Dios:

El mito cristiano del resentimiento de Dios es una extensión del mito de la Redención, del que es un corolario. Según el mito de la redención, el sufrimiento y la muerte violenta que el Hijo-Dios aceptó voluntariamente, constituyeron una especie de gesto terapéutico (o cura) que permitió al Dios-Padre liberarse de su cólera y agresividad y recuperar la calma, así como sentimientos más benévolos hacia la humanidad. El mito del resentimiento de Dios especifica ahora que, aunque Dios, satisfecho y apaciguado por los sufrimientos de su Hijo, decidió abrir todas las puertas de su paraíso a todos, no entra en el paraíso quien quiera. Se aplican ciertas condiciones... Para atravesar las puertas del paraíso y ser admitido en la mesa del banquete celestial, hay que tener los papeles en regla, un pasaporte válido, un carné de socio, un vestido adecuado, un certificado de fidelidad, un certificado de buena conducta expedido aquí abajo por los representantes oficiales de la empresa divina (es decir, ¡la Iglesia!) –pág. 38–.

Mori pone bastante energía en condenar a la Iglesia Católica por su falta de visión, por sus pequeñeces, sobre todo por su fijación en lo moral, especialmente lo sexual. Dice: «En un momento en el que el Planeta está gravemente enfermo, en el que la gente de todo el mundo sufre y muere a causa de la avaricia, la injusticia, la pobreza, la violencia, el fanatismo, la ignorancia y la estupidez humana, los líderes de la Iglesia se dedican hoy a hablar de sexo, de preservativos, de los beneficios de la virginidad y de la castidad, prohibiendo la "comunión" a los divorciados vueltos a casar, midiendo el largo de las faldas y la profundidad del escote de las mujeres que visitan la Basílica de San Pedro en Roma, a hablar

del daño que el uso de la píldora o del preservativo causa al alma, o del imposible acceso al sacerdocio de los bautizados nacidos con vulva en lugar de pene; del celibato obligatorio de los sacerdotes, etc.» (p. 81).

Mori escribe este libro para subrayar que la divinidad de Jesús ha destruido su persona y su obra. Nos exige regresar al hombre de carne y hueso, al ser humano tal cual, un tal Jesús de Nazaret. Invita a sustituir la religión *por el camino* que cada persona tiene que tomar. De hecho, el camino es un gran arquetipo que todos y todas tenemos que plantearnos. El peregrinaje que recorreremos desde que nacemos hasta que morimos, con todos sus desvíos. Para Mori, el mensaje de los evangelios aparece esencialmente como una práctica, una acción, un compromiso, un estilo de vida que se hace explícito en las circunstancias concretas del tiempo y del lugar en que cada uno teje la rutina diaria de su vida. Él nos invita a *creer como Jesús*, es decir, a realizar una forma de existencia inspirada en su espíritu, en sus convicciones, en su manera de ser, de amar y de relacionarse con el universo. Para Mori, los discípulos de Jesús de Nazaret tenían la impresión de que en él el Amor Original (Dios) se había encarnado y humanizado y que, en adelante, este individuo habría quedado para los humanos no sólo como la morada privilegiada de la presencia divina, sino también como el prototipo y el paradigma de una humanidad realizada según el plan y las expectativas de Dios. Y concluye: «Estoy convencido de que el cristianismo tendrá (tal vez) una oportunidad de sobrevivir en el futuro sólo con una condición: si es capaz de encontrar la fuente original de la que brotó y que la religión ha obstruido, y seguir exclusivamente al Hombre de Nazaret, liberándolo de las garras de una religión que lo ha secuestrado y convertido en un quimérico Cristo-Hijo de Dios» (p. 156).

Acá me parece que las teólogas ecofeministas podríamos desafiar a Mori sobre su insistencia en que tenemos que

regresar al Jesús de Nazaret para encontrar la originalidad de cómo andar el Camino. Insistiremos que el Camino es antes del Nazareno: es tan arquetípico como el Árbol de la vida. Todos tenemos que recorrer el Camino, y sería interesante si pudiéramos abrírnos a otros ejemplos y estudiar sus maneras de hacer el Camino (Hildegarda de Bingen, por ejemplo).

Sin duda, este libro de Bruno Mori es un tremendo aporte a los y las buscadores contemporáneos que anhelamos un nuevo “mito” que responda a nuestras preguntas sobre quiénes somos. Mori está claramente moldeado por lo que llamamos “una nueva cosmología emergente”. Se le revela poéticamente así:

El "nuevo dios" de los tiempos modernos está, pues, más bien en la precisión de la "singularidad" del Big Bang, en las ondulaciones de cada átomo, en la imprevisibilidad y la incertidumbre cuántica, en los hornos nucleares del corazón de las estrellas donde se fabrican los ladrillos de la materia y la vida, en la suntuosa elegancia de las espirales galácticas, en la energía oscura que expande el Universo, en los colores vertidos con profusión en los pétalos de las flores, en las variaciones melódicas de los cantos de los pájaros, en la majestuosidad del viejo roble, en la discreta belleza de la campanilla de invierno y de la tímida violeta a principios de la primavera, en el resplandor de una puesta de sol sobre el océano, en la disposición de las sinapsis de nuestro cerebro, en el metabolismo de las bacterias que nos colonizan, en la pureza de los ojos de un niño, en los rasgos extáticos del amor... (p. 96).

Gracias, amigo en el Camino.

Judith RESS

Santiago de Chile

Mayo, 2021



La religión en la escuela

ADVERTENCIA AL LECTOR

Si eres un cristiano católico practicante; si te sientes "bien" en tu Iglesia; si estás satisfecho y cómodo con su estructura, dogmas, doctrinas y ritos; si no tienes dudas sobre tu fe y nunca has tenido la tentación de cuestionar el contenido de tus creencias;

si personalmente no sientes la necesidad de darles un fundamento racional más sólido; si encuentras en tu fe todo lo que necesitas para dar sentido a tu existencia, para alimentar tu espiritualidad, para lograr una relación amistosa y plena con Dios y con tus semejantes;

si crees que tu religión te ayuda a vivir una vida más feliz y serena y, algún día, te podrá ayudar a dejar este mundo en confianza y paz; si no sientes la necesidad de ser cristiano de una forma diferente ni de "creer de otra manera"; si eres de este tipo de cristiano y creyente,

no empieces a leer estas páginas:

jeste libro no es para ti!

El autor



La aguja de NotreDame, momentos antes del colapso

INTRODUCCIÓN

*La mayor contribución del siglo XX al conocimiento humano ha sido el descubrimiento del carácter temporal y limitado del conocimiento. **Edgar MORIN***

*La mayor contribución del siglo XXI al cristianismo será su liberación de las garras de la religión. **Bruno MORI***

El contenido de estas páginas no tiene ninguna pretensión de rigor científico. Soy consciente de que a veces ciertos argumentos y reflexiones son más la expresión de percepciones, convicciones, sentimientos y reacciones personales, que el resultado de una investigación objetiva. El propósito de estas páginas no es construir una obra académica. Con ella he querido sobre todo emprender una especie de terapia religiosa personal, buscando comprender y verbalizar el origen de los malestares y las dificultades que, como cristiano que vive en la modernidad, experimento en relación con mi fe y mi religión. Y esto, con la esperanza de que algún día pueda aceptarlos con serenidad y superarlos con alegría.

También espero que las palabras contenidas en estas páginas puedan ayudar a los cristianos que, como yo, se lanzan a los brazos de su religión para conciliar su insatisfacción, sus dudas y sus rechazos. Si este trabajo consigue llevar a algunos creyentes a vivir de forma diferente pero más auténtica y plena su relación de afecto y confianza con Jesús de Nazaret, y si consigue hacerles descubrir que no necesitan ninguna religión para ser excelentes cristianos, entonces no habrá sido inútil.

Este estudio nace, pues, de una necesidad personal, o más bien de una curiosidad intelectual, de identificar e inventariar las causas que han llevado a la religión cristiana¹ a alejarse progresivamente del "Camino"² trazado por Jesús de Nazaret y que han llevado a su actual insignificancia en el mundo occidental. Esta obra trata de identificar las causas que, en Occidente, tras dos mil años de marcha triunfal, han llevado a esta religión a arrastrarse ante la indiferencia general de sus antiguos admiradores y practicantes, para los que ahora se ha convertido en una institución insignificante y caduca.

No pretendo hacer un juicio de valor sobre el abandono de esta religión, sino constatarlo y analizar las razones que llevaron a sus antiguos adeptos a abandonar los referentes tradicionales de conocimiento, doctrinas y convicciones que esta religión les proporcionaba y que, durante siglos, dieron sentido, orientación y apoyo a la vida de los creyentes.

1. En este estudio, cuando hablo de religión cristiana, de Iglesia, de Iglesia católica, de catolicismo, me refiero siempre al nuevo tipo de religión que surgió en el siglo IV con la Paz Constantiniana (año 313) y la transformación y alteración del movimiento espiritual puesto en marcha por Jesús de Nazaret (el "Camino"). La nueva religión, de inspiración y coloración cristiana, se configuró y estructuró sobre la forma imperial de autoridad, poder y pompa, así como sobre la recuperación de muchos elementos de culto propios de la religión pagana de la época.

2 "El Camino" es el nombre original con el que el libro de los Hechos (9,2; 16,17; 19,9; 19,23; 22,4; 24,14) llama al movimiento espiritual resultante de la predicación y la actividad "profética" de Jesús de Nazaret. Antes de morir, el nazareno tuvo tiempo de hacerse con algunos seguidores. Por lo general, se trataba de personas sencillas y a menudo analfabetas, aficionadas a las ideas de su amo, a su sueño innovador y a su estilo de vida. Estos discípulos, tras la muerte de su Maestro, inspirados por sus valores y enseñanzas, pusieron en marcha el movimiento de renovación espiritual y humana que los primeros documentos cristianos llaman "el Camino".

Los antropólogos, etnólogos e historiadores son ahora unánimes en admitir que cada cultura tiene sus creencias básicas fundamentales, llamadas paradigmas, que funcionan como evidencias cognitivas elementales en las que todo el mundo está de acuerdo y que nadie piensa en cuestionar –tan obvias parecen–, y que permanecen incrustadas en lo más profundo del subconsciente colectivo. Estas evidencias cognitivas constituyen los parámetros sobre los que se construye la comunicación y el discurso humano en diferentes momentos de la historia.

Un "paradigma" se presenta entonces como una arquitectura mental constituida por un conjunto de axiomas, postulados, principios elementales e hipótesis que son como los presupuestos fundamentales del conocimiento según los cuales se construye todo el edificio del saber humano de una época y una cultura determinadas y a través de los cuales las personas de una sociedad pueden dialogar, discutir, debatir, manteniéndose en el mismo ámbito de ideas que es común a todos. Un paradigma es, por tanto, una forma de representar la realidad, una manera de ver las cosas, de interpretar los fenómenos naturales, un modelo coherente de pensamiento basado en unos presupuestos cognitivos compartidos, experimentados y aceptados por todos³. Un cambio de paradigma en la historia de

El "Camino" abierto por el Nazareno tuvo un enorme éxito, sobre todo entre las clases bajas más pobres de la sociedad judía de su tiempo, formadas por personas a menudo sin estatus ni derechos. Con el tiempo se daría a conocer y se extendería por todas las regiones del Imperio Romano.

3 Siguiendo el pensamiento de Kuhn, se podría comparar el "paradigma" con una caja cuadrada que contiene toda la visión del mundo y la comprensión de una determinada época histórica. Normalmente, la gente corriente, así como los científicos de una determinada época, intentan encajar sus conocimientos, hipótesis y resultados de investigación en esta caja y consiguen que las piezas que intro-

la humanidad implica siempre una nueva forma de pensar, de concebir y relacionarse con la realidad y con el mundo en el que vivimos.

La introducción y el uso del término y el concepto de paradigma en el lenguaje científico, y recientemente también en el discurso teológico y religioso, se debe al éxito del libro de Thomas Samuel Kuhn *La estructura de las revoluciones científicas* (1962). Kuhn utiliza el término para indicar la uniformidad y la conformidad científica en un campo específico del conocimiento. La palabra ha lle-

ducen sean siempre cúbicas, para que todas se combinen y encajen perfectamente con el resto del contenido de la caja cuadrada, sin provocar huecos ni rincones de fricción. De este modo, el contenido de la caja queda homogéneo, uniforme, bien apilado y todas las piezas encuentran su lugar correcto en la caja cuadrada, en el orden y respeto del paradigma o forma que los científicos han adoptado unánimemente.

Pero puede ocurrir que, con el paso del tiempo, se adquieran otros conocimientos, se hagan otros descubrimientos y experimentos que resulten más útiles, y que otros científicos, más jóvenes, más imaginativos y atrevidos, cansados de producir siempre piezas cuadradas que encajen perfectamente en la caja cúbica, quieran experimentar con nuevas formas y combinaciones, y que, de repente, descubran que con piezas redondas, triangulares, hexagonales, etc., pueden construir cajas y estructuras mucho más variadas, más originales y más interesantes que la vieja caja cuadrada, siempre igual e insufriblemente monótona.

Por supuesto, es de esperar que los viejos científicos entren en crisis, que se vean sacudidos y desorientados por la forma de pensar y actuar de la nueva generación de científicos, que se sientan abrumados, que no puedan evitar reaccionar criticando los cambios, las innovaciones, los nuevos descubrimientos, las nuevas técnicas y los nuevos métodos. Pero, dado que las nuevas generaciones están construyendo sin duda un mundo mejor, con modelos mejores, formas más bellas, creaciones más útiles, más funcionales, más eficaces, más elegantes, los nostálgicos del pasado, si son inteligentes, no tendrán más remedio que conformarse y aceptar el carácter irreversible de la nueva situación. Cuando esto ocurre, es un mundo lo que desaparece y otro mundo nuevo lo que comienza. Ha habido un "cambio de paradigma".

gado a referirse al conjunto de creencias, valores y técnicas que comparten en un momento dado los miembros de una comunidad científica y que orientan la investigación, identifican los problemas e indican lo que es aceptable como método y como resultado.

En las últimas décadas se ha hablado mucho en algunos círculos culturales de "nuevos paradigmas" y de "cambio de paradigma"⁴. Las ciencias sociales y antropológicas modernas, así como las ciencias religiosas, están utilizando estas expresiones para indicar los grandes puntos de inflexión de épocas o tiempos en la historia de la humanidad que han provocado cambios radicales en la forma de vivir, pensar, ver, comprender, explicar y relacionarse con la Realidad.

Cambiar de paradigma es un poco como mudarse a otro planeta, porque el antiguo, por diversas razones, se ha vuelto inhóspito o inhabitable. En el nuevo planeta sobrevivirán todos aquellos que sean capaces de modificar sus procesos vitales para adaptarse a la nueva atmósfera y a las nuevas condiciones de vida.

Los paradigmas de una cultura se componen entonces de todas las evidencias y axiomas que una sociedad ha desarrollado en torno a un núcleo central de intereses constituido por tres puntos fundamentales relativos a la naturaleza del ser humano (*anthropos*), la naturaleza y el cosmos (*cosmos*), y Dios (*theos*). Decimos entonces que cada época y cada cultura tiene su propia "cosmovisión", o su propio paradigma "antropo-teo-cósmico" (ATC). Los

⁴ La palabra "paradigma" tiene su origen en la antigua palabra griega παρὰδειγμα (*paradeigma*) que significa "modelo" o "ejemplo". La palabra en sí viene de παρὰδεικνύναι (*paradeiknunaï*) que significa "mostrar", "comparar" construido sobre δεικνύμι (*deiknumi*), "designar".

paradigmas que compongan esta "cosmovisión" determinarán los tipos de relación que en una cultura tendrán entre sí la globalidad de estas tres realidades (ser humano, Dios y cosmos).

Hoy sabemos que la cosmovisión ha cambiado continuamente a lo largo de toda la historia de la humanidad, como resultado de la evolución y el progreso del conocimiento, y que por lo tanto los paradigmas con los que entendemos la Realidad también están en constante evolución y cambio.

Este estudio pretende mostrar que los paradigmas de interpretación de la Realidad (o "cosmovisiones") vigentes en el Neolítico entraron, casi sin alteraciones, en el pensamiento de las grandes civilizaciones antiguas y, a través de ellas, a partir del siglo VI a.e.c., en la formación y estructuración del pensamiento bíblico. Estos mismos paradigmas, retomados posteriormente por la religión judeocristiana, constituyeron el trasfondo en torno al cual se tejió la formulación oficial de los dogmas, doctrinas y creencias del cristianismo que han programado toda la cultura occidental hasta nuestros días (al menos hasta la segunda mitad del siglo XX).

Este estudio también quiere mostrar que el paradigma neolítico de comprensión de la realidad adoptado por esta religión sigue proponiéndose, fundamentalmente, con el añadido de varias creencias míticas adicionales, a los fieles del siglo XXI; y que este fenómeno está en la raíz de la deriva negativa que afecta hoy al cristianismo en general y al catolicismo romano en particular.

1

MITOS Y PENSAMIENTO CRÍTICO

Nacimiento del pensamiento mítico

Hoy en día las Ciencias Humanas son unánimes en afirmar que las religiones, tomadas en el sentido ordinario de instituciones que determinan, estructuran y organizan oficialmente las modalidades de la relación de los humanos con la divinidad, son creaciones relativamente recientes.

Con esto quieren decir que la existencia de una religión, constituida por una estructura organizativa, con jerarquía, poder, sacerdotes, creencias, normas y ritos, es un fenómeno que se remonta al pasado recentísimo en la escala de la historia evolutiva de la humanidad. Los humanos han vivido la mayor parte de su presencia en la Tierra sin "religión" y sin "dios".

Desde hace más de noventa mil años, las expresiones externas del pensamiento simbólico y de la espiritualidad humana relacionadas con el carácter "sagrado" y "misterioso" de la vida y de la realidad cósmica (ritos, sacrificios, cultos funerarios, etc.) se practican al margen de toda

organización religiosa formal y sin referencia alguna a una deidad o deidades⁵.

Las ciencias antropológicas nos informan de que los seres humanos del Paleolítico⁶ no tenían una idea bien definida de "dios", tal y como la elaboraron las culturas posteriores. Sin embargo, poseían una profunda sensibilidad espiritual y veían la manifestación de lo "divino" en todas partes. Para ellos, la Naturaleza contenía un Misterio que la hacía enigmática e inquietante, pero al mismo tiempo maravillosa y mágica. Sentían que el mundo estaba atravesado por una "Energía" inexplicable que producía variedad, diversidad, belleza, movimiento y profusión de vida, y ante la cual sólo podían sentir asombro, temor, veneración y reconocimiento. Todo esto iba acompañado de un fuerte sentimiento de inmersión y de formar parte de un "Todo" que les envolvía con benevolencia y amor.

Si lo "divino" es lo que fascina, aunque sigue siendo incomprensible e inefable; si lo sagrado es lo que tratamos con temor, respeto y veneración, entonces hay que decir que los hombres del Paleolítico sentían el mundo como algo "sagrado" y "divino", y la Naturaleza nutricia que les rodeaba como "maternidad divina".

En este mundo y en esta Naturaleza, los humanos del Paleolítico se sentían como niños pequeños en los brazos de una Madre Cósmica. Esta percepción se ve confirmada por una gran variedad de estatuillas femeninas, que datan

⁵ Ian Tattersall, Richard Leakey, Carl Sagan, etc. Ina Wunn, ha escrito un volumen de más de 500 páginas sobre las religiones en la prehistoria sin mencionar a Dios ni una sola vez.

⁶ El Paleolítico es el primer y más largo período de la Prehistoria, durante el cual los humanos eran todos cazadores-recolectores. El Paleolítico comienza con la aparición de las primeras herramientas líticas hace 3,3 millones de años en África. (Wikipedia).

de esa época y que los arqueólogos han encontrado por doquier, y que representan a una Diosa Madre, con pechos generosos y desbordantes, de los que los humanos se colgaban para obtener alimento, fuerza y vida.

A lo largo del Paleolítico, los cazadores-recolectores vivían en profunda simbiosis con el mundo natural, considerado como una Realidad global de la que formaban parte, en la que estaban insertos como en una matriz que genera todo lo que existe y vive, y a la que todos los seres vivos regresan al final de su viaje terrenal. De la "madre naturaleza" tomaban sólo lo que les ofrecía, con el mayor reconocimiento y respeto al Misterio que se revelaba por doquier con profusión de poder, fecundidad y belleza.

Para los humanos primitivos de aquella época, toda la Realidad era una manifestación de una Fuerza "voluntaria" y "bondadosa" que no podían identificar ni nombrar, pero que era captada por sus mentes y corazones como en perfecta armonía y en plena sintonía con los impulsos más profundos de su ser.

Por ello, durante milenios, la humanidad vivió en un mundo holístico e indiviso, donde todo estaba interconectado, lo cercano y lo sagrado, lo divino y lo humano, el cielo tocaba la tierra y la tierra tocaba el cielo. El cielo era la parte de la tierra que no podíamos tocar, sino sólo contemplar. La tierra era la parte del cielo que se había acercado a nosotros para ser acariciada y maravillarnos con las misteriosas bellezas de las que había sido sembrada. Todo era cielo sin tierra y tierra sin cielo; una tierra celestial y un cielo terrenal, porque todo era uno, lo divino y lo humano, la tierra y el cielo, lo cercano y lo lejano, el espíritu materializado y la materia espiritualizada⁷.

⁷ Cfr. José María Vigil, *¿Pertener a varias religiones?* En Revista "Spiritus", 229 (2017) 93-104, Quito, Ecuador.

El Misterio estaba en todas partes, incomprensible, inalcanzable, esquivo, pero activo, real, en acción, impregnando y llenando con su Espíritu y fascinación la inmensidad del cielo estrellado, el esplendor deslumbrante del sol, la claridad y las fases de la luna, la frescura húmeda de las mañanas, el resplandor de las tardes, el murmullo de los arroyos, la calma chispeante de los lagos, la altura misteriosa y sagrada de las montañas, la profundidad de los bosques, el enjambre de las sabanas, la inmensidad de los océanos, la armonía festiva de los cantos de los pájaros y la paleta fantástica y flamígera de sus colores, el estruendo de los truenos y el destello repentino de los rayos en un cielo de verano...

Todo ello tenía su propio espíritu, que "espiritualizaba", por así decirlo, el mundo de los humanos de aquel remoto período de nuestra historia. Todo estaba "espiritualizado", todo era "sagrado", todo estaba "divinizado", todo era la expresión de un Misterio que lo abarcaba todo, en el que todo estaba inmerso y del que todo ser y todo fenómeno era parte y manifestación.

La revolución neolítica

La transición del Paleolítico al Neolítico⁸ constituye un verdadero cambio de paradigma en la historia evolu-

⁸ El Neolítico ("Edad de la piedra pulida"), sucesor del Mesolítico, es un período marcado por profundos cambios técnicos y sociales, ligados a la adopción por parte de los grupos humanos de un modelo de subsistencia basado en la agricultura y la ganadería, y que en la mayoría de los casos implica un estilo de vida sedentario. Las principales innovaciones técnicas son el uso generalizado de herramientas de piedra pulida, la cerámica y el inicio de la arquitectura. Según las zonas geográficas consideradas, estos importantes cambios son relativamente rápidos y algunos autores han podido hablar de una "revolución neolítica". Sin embargo, la neolitización es un fenómeno

tiva de la humanidad. En el Neolítico, la humanidad pasó de una cultura y sociedad de cazadores-recolectores a una cultura y sociedad de agricultores-pastores. Esta transición constituye una enorme revolución, que implicó un cambio fundamental de hábitos y actitudes. Mientras en el Paleolítico el ser humano vivía sólo de lo que le daba la tierra, en el Neolítico cambió, transformó, modificó, estructuró y reestructuró la naturaleza y la geografía de la tierra. Domesticaron animales, seleccionaron plantas y frutos mediante injertos y cruces. Al darse a sí mismos el control sobre los medios y las condiciones de su vida, los seres humanos neolíticos se convirtieron en los artesanos de su propio desarrollo.

La transición a la agricultura traerá consigo, con la sedentarización, la cría y domesticación de animales, la aparición de aldeas y ciudades, el aumento de la natalidad y, por tanto, de la población, la diversificación de las ocupaciones, la acumulación de riqueza, la formación de la propiedad privada, así como las estructuras de explotación, dominación y poder; la aparición de desigualdades, clases sociales y la escritura, instrumento indispensable para una mejor y más eficaz administración de los recursos humanos y de la riqueza.

Estos cambios neolíticos serán tan radicales que darán lugar a un mundo fundamentalmente diferente y a nuevos paradigmas, es decir, a una nueva forma de entender, interpretar y afrontar la realidad de Dios, del mundo y del propio ser humano. Los paradigmas cognitivos y las

gradual, que se produce en diferentes fechas en las diferentes regiones. En Oriente Próximo el Neolítico se inició hacia el 8.500 a.e.c. en el Creciente Fértil, y llegó a Grecia hacia el 6.500 a.C. Se inició en China un poco más tarde, hacia el 6.000 a.C. El Neolítico terminó con la aparición de la metalurgia. (Wikipedia)

imágenes con las que el ser humano concibe y expresa su "cosmovisión" son ahora de otro orden. Veamos brevemente los aspectos más destacados de este cambio:

1. El mundo natural del Paleolítico, el único lugar en el que está presente lo divino, se ha vaciado de su carácter sagrado. Los "espíritus" y "deidades" que habitaban y animaban el mundo natural son expulsados y exiliados a otro mundo, situado fuera, por encima del mundo de los humanos. Ahora es el "cielo", y ya no la "tierra", lo que se considera la morada de los dioses.

2. Sin la presencia de lo divino, la naturaleza deja de ser esa "Madre" sagrada, venerada, maravillosa y respetable. Se convierte en una "cosa" profana, materia prima, opaca, sin forma, caótica, sin alma, un conjunto de recursos materiales que el ser humano puede utilizar y explotar en su beneficio, sin límite ni restricción alguna.

3. El nuevo "Theos"⁹, supremo, se concibe como una individualidad personal, masculina, inmaterial, un espíritu puro, que posee una inteligencia y unos poderes infinitos que utiliza para poner orden en el caos femenino del mundo material.

4. Nacen los nuevos mitos de la "creación" del mundo a través de la palabra todopoderosa de esta divinidad masculina que dispone y regula el funcionamiento del Universo. La tierra y su naturaleza quedan definitivamente desposeídas de sus características "maternales". Ahora es un dios masculino, guerrero, violento, con poderes ilimi-

⁹ En este estudio la palabra "Theos" indica siempre la concepción mítica y antropomórfica de la divinidad tal y como ha sido construida, elaborada y presentada por las religiones del neolítico y la religión judeocristiana hasta nuestros días.

tados, que tiene en sus manos la suerte y el destino del mundo y de la humanidad. El poder se convierte en una actitud y un fenómeno exclusivamente "masculino".

5. Esta nueva visión deteriora la condición de la mujer, que pierde definitivamente su condición de icono y símbolo que sirve para ilustrar el carácter "maternal", nutritivo, convivencial y sagrado de la naturaleza. Ahora se transforma en un símbolo de un mundo material peligroso, desordenado y caído; una criatura que debe ser controlada y, por tanto, permanecer sometida al poder "divino" del hombre. Como Dios es masculino, lo masculino se convierte en divino. En consecuencia, el varón pasa a ser considerado el humano que ostenta el poder, el humano que es superior a la mujer, que está sometida a él y a la que puede tratar como un objeto o una propiedad de la que puede disponer a su antojo. Este es el nacimiento del patriarcado y su peor expresión: el machismo.

6. La aparición en esa época del mito de la creación y su creencia generalizada, introduce una ruptura definitiva en la unidad de la visión paleolítica de la Realidad, donde lo divino, lo natural y lo humano (dios-cosmos-ser humano) eran sólo elementos perfectamente integrados de un Todo Universal.

7. Debido al mito de la creación, el dualismo afecta ahora a la comprensión humana de la Realidad, que se divide y escinde automáticamente en dos polos opuestos: el cielo y la tierra; Dios en lo alto, los humanos aquí abajo. Allá arriba, el mundo perfecto de las realidades y de las esencias divinas y espirituales; aquí abajo, el mundo imperfecto de la materia bruta, pesada, opaca, limitada y malvada, que frena e impide el vuelo del alma humana hacia el cielo de Dios, único lugar verdadero y de salvación

para los seres humanos. Allí arriba, el mundo de la luz, la belleza, la gracia, la perfección y la felicidad; aquí abajo, el mundo de la oscuridad, la fealdad, el mal, la imperfección, la tentación, la lucha, el sufrimiento y la posible perdición.

8. El ser humano ya no se siente parte integrante de la naturaleza, que ha perdido su brillo divino. Ya no se consideran procedentes de la tierra los humanos, sino del cielo, creados directamente por Dios. Creen que son de origen divino; que poseen los genes de Dios y son, por tanto, diferentes de todas las demás criaturas que viven sobre la faz de la tierra. Se consideran los herederos del cielo, su verdadera patria. El mundo de la materia, en el que los hombres han caído, a causa de alguna desgracia desconocida, es visto como un mundo inferior, maligno y peligroso, del que deben liberarse y desprenderse, para poder emprender el vuelo hacia su verdadera morada en el cielo.

9. Debido al nacimiento del mito de la creación directa del hombre por parte de Dios, desde el neolítico el hombre ha vivido con la certeza de ser una criatura superior a todas las demás criaturas terrestres. Se ha convencido a sí mismo de que es el jefe, el amo y el señor absoluto del mundo; que, por tanto, tiene el derecho y el poder de disponer de él a su antojo y de explotar los recursos naturales (considerados ilimitados) sin miramientos y sin medida, para satisfacer sus necesidades y su codicia igualmente ilimitada.

Desde el Neolítico, pues, este conjunto de afirmaciones ha constituido el bagaje cognitivo básico, funcionando como evidencias, absolutos o axiomas indiscutibles, necesarios e imprescindibles "a priori", para poder desenvolverse y comunicarse dentro de la sociedad humana. En

definitiva, estas afirmaciones han sido los "paradigmas" de comprensión de la Realidad que han regido la historia de la humanidad, al menos en Occidente y Oriente Medio, durante los últimos quince milenios.

Es principalmente a través de la religión judeo-cristiana (que la ha adoptado plenamente) como esta visión neolítica de la Realidad ha llegado hasta nosotros. Esta religión introdujo estos antiguos paradigmas tanto en la concepción y contenido de sus libros sagrados (Torá, Talmud, Biblia, Nuevo Testamento), como en la formulación de sus creencias, dogmas y doctrinas que son, en Occidente, los principales catalizadores de esta cosmovisión primitiva que ha mantenido viva hasta los tiempos modernos y que la religión cristiana sigue imponiendo, aún hoy, a la fe de sus fieles.

Por si fuera poco, esta religión, en el curso de su evolución histórica, ha contribuido en gran medida a la creación de un gran número de variaciones sobre los contenidos y temas sustantivos de las antiguas creencias míticas, creando nuevos mitos y creencias y ampliando así aún más el abanico de "verdades" míticas en las que creer. Lo veremos más adelante en este estudio.

La función religiosa del mito

Tras la revolución agrícola del Neolítico (12000 a.e.c.), las sociedades humanas se hicieron cada vez más grandes y complejas, y las construcciones imaginarias (mitos) que sustentan el orden social también se hicieron más elaboradas. Los mitos acostumbran a la gente, casi desde su nacimiento, a creer en ciertas historias, a pensar de una manera determinada, a ajustarse a algunas normas, a querer ciertas cosas y a observar tales reglas. Al hacerlo,

crean reacciones instintivas y automáticas que permiten a millones de desconocidos cooperar eficazmente. Es esta red de instintos artificiales lo que se ha llamado "religión" y "cultura". Cada cultura tiene su propia visión del mundo y, por tanto, sus propios "paradigmas" para entenderla e interpretarla¹⁰.

Dado que las religiones del Neolítico se desarrollaron a partir de la creencia en la existencia de entidades y acontecimientos míticos, puede ser interesante comprender los mecanismos psicológicos, sociales y políticos que llevaron a los seres humanos a adoptar la forma imaginaria del mito, en lugar de la forma de planificación o programación racional, para establecer sistemas de poder, organización y creencia.

Los mitos ofrecen a la gente epopeyas que recordar, valores en los que creer, sueños que perseguir, ejemplos que imitar, hazañas que realizar y objetivos que alcanzar. Como los mitos son invenciones geniales, se prestan a ser compartidos, para unir así a las multitudes, para crear sociedades estructuradas y eficaces. Reúnen la diversidad; reúnen la dispersión; armonizan los contrastes; ordenan el desorden; producen cohesión y unidad. Así nacen las religiones, las naciones, las patrias, las empresas, los negocios, las culturas y las ideologías que determinan y moldean los destinos de la humanidad.

La reflexión humana ha tardado siglos en darse cuenta de que la naturaleza de la "divinidad" está totalmente fuera de nuestro alcance y que todo lo que podamos decir

¹⁰ Cf. Harari, *Sapiens*, 196. El autor afirma que la capacidad de crear ficción y, por tanto, de imaginar historias e inventar mitos fue una de las mayores hazañas del *Homo Sapiens*. Esta habilidad le permitió acelerar su evolución y ascender a lo más alto de la escala del reino animal.

sobre Dios y acerca de Dios sólo puede ser producto de nuestra imaginación. La característica más fundamental de este "dios" es que no podemos decir nada sobre él que sea seguramente cierto. Es el "misterio" más absoluto y total. De Dios ni siquiera podemos decir con certeza que existe, porque la idea misma de la existencia de tal Entidad es sólo fruto de nuestra actividad cerebral y sólo tiene existencia en el cerebro del ser humano. Por tanto, la idea misma de Dios es sólo una creación de nuestra mente. Nunca podremos saber con certeza si esta idea corresponde realmente a algo real. El concepto de Dios es como la maravillosa paleta de colores que viste a las flores, pero sólo existe en las neuronas de nuestro cerebro.

En el pasado, los humanos han dado el nombre de "Dios" a este vacío absoluto de explicaciones y conocimientos que experimentaban frente a la misteriosa Energía que sostiene el Universo en la existencia. Como dijo Einstein, "Dios" parece ser entonces el nombre dado a la ignorancia del ser humano sobre el misterio de su origen y del origen del mundo que le rodea, para el que no encuentra explicación¹¹.

Entonces los humanos, incapaces de utilizar sus conocimientos para dar contenido y sentido al Misterio del Universo, recurrieron a la ficción, llenando el vacío de sus conocimientos con innumerables elementos de su imaginación. Han creado mitos, es decir, han diseñado un mundo imaginario y fantástico, a imagen y semejanza del mundo humano y en el que los protagonistas están dotados de cualidades sobrenaturales y poderes extraordinarios.

¹¹ Einstein decía que Dios en el fondo no son más que cuatro letras que colocamos sobre el vacío de lo que no podemos explicar (en una carta que envió el 3 de enero de 1954 al filósofo Eric Gutkind).

En los mitos, los superhombres divinizados encarnan y muestran toda la gama de sentimientos, impulsos, deseos, aspiraciones, sueños y comportamientos humanos. Se convierten, a la larga, en la mente del creyente, en presencias a veces benévolas y amistosas; a veces en poderes caprichosos, exigentes e irascibles que los humanos deben domar, para beneficiarse de sus favores y protección; a veces se transforman en "principios creadores" todopoderosos, poseedores de las fuerzas necesarias para el buen funcionamiento de un Universo minúsculo que evoluciona en torno al ser humano, que es su centro.

Así es como el mito de Dios hizo su aparición en el mundo de los humanos. El ser humano primitivo, al no poder comprender el misterio de la realidad que le rodea; al no saber explicar por qué hay algo y no nada, inventó dioses o un "dios" para calmar la angustia de su ignorancia.

Estos mitos, con sus maravillosas y fantásticas historias, dan al ser humano la agradable sensación de haber encontrado una explicación a los misterios que le rodean. La psicología humana nos lleva de hecho a considerar como realmente importante y satisfactorio para nosotros, no tanto lo que la realidad es en sí misma, sino lo que creemos o imaginamos que es.

Mientras en el mundo de la ciencia una afirmación, para ser considerada verdadera y válida, debe pasar la prueba de la experimentación, la verificación instrumental y las ecuaciones matemáticas, en el mundo de la religión una afirmación, una declaración o una historia, para ser consideradas verdaderas y creíbles, sólo necesitan ser contadas y propuestas por autoridades competentes.

Las religiones nacieron principalmente para satisfacer las necesidades de comprensión, protección y seguridad

de los seres humanos, y para tranquilizarlos y animarlos en una vida corta y difícil con continuos sentimientos de angustia, miedo y desconcierto ante un Universo lleno de misterio, una naturaleza a menudo hostil y una existencia frágil y efímera. Por eso explotan casi exclusivamente la imaginación, los sentimientos, los miedos, la ignorancia y los estados de ánimo de los seres humanos, en lugar de su lógica y racionalidad. Esto permite a las religiones crear creencias que, a su vez, producen sentido, confianza y esperanza¹².

En esto, la tarea de la religión es comparable a la de una madre que por la noche trata de que se duerma su hijo ansioso e inquieto. El niño no se preocupa de si la historia que se le cuenta corresponde o no a la verdad o realidad. Lo importante para él es que la fábula se cuente con la voz acunada de la madre, en la que confía, y en la que encuentra seguridad y paz.

Por lo tanto, no es la "verdad" del contenido del cuento lo que interesa al niño, sino el efecto tranquilizador y reconfortante que el cuento, procedente de la boca de la madre, tiene sobre él. Es la presencia, la autoridad y la importancia de la madre lo que da importancia y valor al relato. El niño, que habrá memorizado las historias maternas escuchadas durante su infancia, y cuando llegue a la edad adulta y recuerde los beneficios que obtuvo de ellas, contará a su vez las mismas historias a sus hijos, convencido de que también producirán en ellos las mismas sensaciones y los mismos efectos. Y así es como la religión de la narración y el mito se ha perpetuado a través del tiempo.

¹² Karl Marx no estaba del todo equivocado cuando afirmaba que la religión es el opio del pueblo.

Durante siglos, en nuestra cultura cristiana y católica, cuando las personas se sentían angustiadas, tristes, deprimidas, confundidas, perdidas, les hacía el mayor bien escuchar las hermosas historias que la religión les contaba sobre el Dios bueno de allá arriba, en su hermoso paraíso, rodeado de cohortes de ángeles, que creó el mundo en seis días, y a los seres humanos del barro de la tierra, dándoles vida con el soplo de su espíritu.

Nuestros antepasados cristianos se sentían tranquilos al oír que Dios nunca les quitaba los ojos de encima; que se interesaba por todos sus asuntos; que se preocupaba por su felicidad; que enviaba a su Hijo a la tierra para salvarlos del mal y del pecado; que les daba a la Virgen María como una madre gentil llena de bondad y ternura.

Se alegraron al oír que Dios, en su gran justicia, recompensaba a los buenos con las alegrías de su paraíso, pero castigaba a los malvados en el fuego eterno del infierno. Quedaron asombrados y llenos de gratitud cuando escucharon al párroco decirles que el buen Dios había inventado la Santa Iglesia, con sacerdotes consagrados y célibes para cuidar y preocuparse de la suerte de sus almas; una Iglesia santa apoyada y dirigida por un Papa que se comunica directamente con Dios y al que éste mantiene continuamente informado de sus pensamientos, voluntad y deseos.

Hay que admitir que las religiones siempre han explotado el gusto humano por las historias, y con el paso del tiempo las instituciones religiosas se han convertido en las mayores empresas especializadas en la producción y venta de ficción.

También hay que admitir que mientras los humanos no pueden saber absolutamente nada sobre Dios, las reli-

giones afirman saberlo todo sobre él. Las religiones han escrito bibliotecas enteras para enumerar, explicar y dar a conocer con todo lujo de detalles lo que Dios es y piensa, lo que hace, lo que le agrada y lo que le desagrada o enfada. Las religiones saben, por ejemplo, lo que Dios piensa de la moda femenina, la comida, el sexo, la danza y de la política. Las religiones saben que Dios se pone muy molesto si no se respeta el sábado, el ramadán, la misa del domingo. Saben que Dios se sale de sus casillas si las mujeres van a la playa en tanga o en bikini; si acuden a la iglesia con escotes demasiado amplios o faldas demasiado cortas; si en Irán se pasean sin velo o en Pakistán sin burka. Saben que Dios está en contra del divorcio, del preservativo, del aborto, de la fecundación in vitro, de la ordenación de las mujeres, de la homosexualidad y del matrimonio entre personas del mismo sexo. Saben que Dios se enfada mucho cuando dos hombres o dos mujeres se aman, tienen relaciones sexuales, y cuando los adolescentes se satisfacen mediante la masturbación¹³.

A través de los cuentos o narraciones míticas, las religiones se han servido de la fantasía humana para crear personajes, acontecimientos o situaciones imaginarias de carácter simbólico, transmitiendo enseñanzas, pautas éticas, valores y sentido para la vida de los seres humanos que aún se encuentran en una etapa primitiva de su evolución. Durante milenios, el mito ha sido el lenguaje habitual de la comunicación humana. Mientras que el lenguaje lógico, objetivo y científico es un sistema relativamente reciente de transmisión del pensamiento y del conocimiento propio de la era moderna.

¹³ Cf. Y. N. Harari, *21 leçons pour le XXI siècle*, A. Michel, Paris, 2018, pp. 215-217.

La función social del mito

Sin embargo, pensar que el pensamiento mítico nació y se desarrolló únicamente como respuesta a la búsqueda de conocimiento, sentido y espiritualidad por parte de los humanos, no es cierto. En realidad, el mito no sólo cumple una función religiosa, sino que sobre todo responde a una necesidad social. Hoy, en efecto, las ciencias humanas (antropología, arqueología, etnología, historia de las culturas, creencias y religiones, etc.) han descubierto el papel esencial que la ficción ha desempeñado, y sigue desempeñando, en la formación, estructuración y organización de las sociedades humanas.

Los historiadores y antropólogos actuales son unánimes al afirmar que una de las mayores hazañas de la evolución cósmica ha sido producir criaturas inteligentes dotadas de imaginación. Esta capacidad de imaginar, inventar y fantasear da a los humanos la posibilidad de crear novelas y, por tanto, de describir mundos, hazañas, situaciones, personajes y entidades que no existen en la realidad, pero que pueden afectar a la sensibilidad humana e influir en el comportamiento de los seres humanos¹⁴.

Además, si el "homo sapiens", creador de ficciones y mitos, tiene suficiente carisma, influencia, autoridad y persuasión, puede llegar a convencer a otros "sapiens" menos inteligentes que él, de que las historias que cuenta son la verdad y de que, por tanto, es necesario creerlas. Y con esta estratagema se crea una religión. Esta capacidad de crear ficción y mitos es la herramienta más poderosa que el hombre ha podido encontrar para aglutinar, ordenar, organizar y gestionar sociedades complejas formadas por un gran número de individuos.

¹⁴ Harari, *Sapiens*.

Según los historiadores y antropólogos modernos¹⁵, es por tanto esta capacidad humana de producir ficción, de imaginar historias, de escribir novelas, la que está en el origen de las religiones, así como de todas las demás estructuras sociales organizadas (imperios, reinos, naciones, patrias, sectas, partidos políticos, sindicatos, empresas comerciales, ejércitos, etc.).

Los mitos y las ficciones, sea cual sea su naturaleza (religiosa, jurídica, política, económica, ideológica, etc.), se convierten entonces en el cemento que une a individuos diferentes y heterogéneos para formar un organismo estructurado y flexible, impulsado y dirigido por un mismo ideal, una misma ideología, unas mismas creencias y unas mismas convicciones básicas.

Las religiones son, por tanto, estructuras o sistemas de poder que utilizan el mito o la ficción para mantener unidos a sus miembros o seguidores, ofreciéndoles historias y contenidos inventados como objeto de su adhesión común, de su fe y como modelos de sus aspiraciones y esfuerzos de éxito y realización personal.

He aquí algunos ejemplos de esta estrategia ya descrita y desarrollada por Y. N. Harari¹⁶:

- El mito de la "nación" se utiliza para mantener unidos a los habitantes de una región de la tierra. El mito de la "patria que hay que defender" mantiene unidos y motiva a los soldados de un ejército. El mito de la raza pura y la supremacía aria fue utilizado por Hitler para estructurar uno de los regímenes totalitarios y militares más poderosos.

¹⁵ A este respecto, la lectura de los libros de Y.N. Harari es muy instructiva.

¹⁶ Cfr. Harari, o.c.

sos, delirantes y brutales de la historia, formado por fanáticos y locos.

- El mito comunista de la superioridad del proletariado o de la clase obrera, el mito de una sociedad sin clases, sin Estado y sin moneda, en la que los bienes materiales se repartirían equitativamente entre todos, contribuyó a unir, durante más de medio siglo (1922-1991), a trescientos millones de personas en la Unión Soviética.

- El mito capitalista de la felicidad asegurada por el aumento ilimitado del consumo y del beneficio sostiene hoy el mundo liberal de Occidente e inspira, orienta y modela las mentalidades y los comportamientos de todos los que lo habitan.

- Los mitos de un Dios que se encarna en una mujer que siempre ha permanecido virgen; que resucita tras su muerte; que permanece presente en la tierra en el pan consagrado; que funda una religión con un Papa dotado de infalibilidad, etc., han sido el cemento que, durante siglos, ha permitido a la religión católica soldar en una sola estructura (la Iglesia) a varios cientos de millones de fieles dispersos por todo el mundo.

Para que ese mito amalgamador funcione, es importante que los contenidos y mensajes que transmita sean cautivadores y vengan a satisfacer aspiraciones o necesidades importantes en el ser humano. Prácticamente no hay mitos y ficciones inútiles o sin sentido. Todos, de hecho, han sido inventados para interesar y atraer. Por eso, en general, los mitos creados por el ser humano son una escenificación imaginaria de sus sueños y fantasías de protección, poder, éxito, superioridad, seguridad, larga vida, justicia, felicidad, amor...

La antropología moderna ya no considera los mitos antiguos como divertidos cuentos para niños o como curiosas fantasías producidas por la ingenuidad e ignorancia de los humanos del pasado, sino como ingeniosas invenciones de la inteligencia humana que, en distintos momentos de su historia evolutiva, han contribuido en gran medida a acelerar la marcha de la humanidad hacia formas superiores de progreso y civilización.

Por ello, es necesario reconocer el papel beneficioso y saludable que la creencia mítica ha desempeñado en la vida de muchas personas que, aún hoy, encuentran en estos relatos una fuente de sentido, consuelo y esperanza para sus vidas, y que de otro modo vivirían en la banalidad, la angustia y la insignificancia.

Pienso, por ejemplo, en todos aquellos creyentes piadosos (cristianos, judíos, musulmanes, hindúes, etc.) para los que la religión es parte integrante y fundamental de su existencia. Estos pueblos siempre han recibido las enseñanzas y los relatos sagrados de su religión como pruebas y verdades que forman parte de la configuración normal del mundo y de sus vidas. Para estas personas, las creencias y doctrinas de su religión, aunque tejidas, en su mayor parte, sobre el fondo de la fábula y el mito, no son sospechosas ni inverosímiles. A estos seguidores nunca se les ocurrirá criticarlos o cuestionarlos. Se trata de una forma de fe "ciega", recibida y vivida en una dichosa inconsciencia y que se adapta perfectamente a este tipo de creyentes.

Así, para ceñirse a la religión cristiana, la fe de los fieles en la verdad del mito de un Dios benévolo y justo, —que habita en el cielo, que se interesa por la moralidad de sus actos, que castiga a los malvados y premia a los buenos; que prepara a todos sus fieles para una bendita

eternidad en el paraíso; que perdona sus faltas y pecados por la muerte de su hijo, etc., etc., es una forma de fe "ciega", recibida y vivida en una dichosa inconsciencia y que conviene perfectamente a este tipo de creyentes. Esta fe, les proporciona impulso, energía, paz interior, alegría de vivir y esperanza de un futuro mejor en esta vida y en la siguiente.

Así, gracias a este mito, estas personas se sienten protegidas, acogidas, amadas y, un día, gratificadas y recompensadas por sus esfuerzos por ser buenas personas y buenos creyentes. Habrán vivido una vida ejemplar y bastante feliz. Probablemente morirán en serenidad y paz. ¿Qué más podemos pedir a una religión y sus mitos? ¿No es un gran logro para los antepasados que los inventaron? ¿Tenemos derecho a privar de sus ilusiones a tantos creyentes sinceros?

Sin embargo, hay que reconocer que estas creencias, aunque siguen siendo beneficiosas para muchas personas, se ven hoy afectadas por una extrema vulnerabilidad. De hecho, como resultado del progreso del conocimiento, de una mejor educación, de la legitimidad reconocida del pensamiento personal y del pensamiento crítico, de la creciente apreciación de la libertad y de la emancipación individual, ¿seguirán todos estos piadosos creyentes conservando su ingenuidad y sumisión durante mucho tiempo?

¿Cómo reaccionarán el día que descubran que han sido adoctrinados, manipulados, engañados? ¿Qué harán frente a una religión que durante siglos se aprovechó de su ignorancia y credulidad? ¿Durante cuánto tiempo podrá la religión tradicional mantener su confianza y asegurar su fidelidad?

Los mitos pueden construir y hacer prosperar a individuos, sociedades y naciones; pero también pueden

hacerlos retroceder y destruirlos. Sin embargo, los mitos son y siguen siendo herramientas y medios para una etapa evolutiva concreta de la historia humana. Se inventaron para responder a las necesidades de un período histórico concreto. Son, pues, por su propia naturaleza, creaciones transitorias, provisionales y perecederas, ya que cambian con el cambio de las culturas que las generaron y según las necesidades y capacidades inventivas de cada época. Por lo tanto, no hay mitos eternos y definitivos, y, de igual modo, no puede haber ninguna religión eterna ni verdades definitivas.

El nacimiento de las religiones

Hoy sabemos que las religiones no son de siempre. A través de las ciencias humanas, sabemos que los humanos han estado sin religiones durante la mayor parte de su presencia en este planeta. Hoy los antropólogos se inclinan por afirmar que este período sin religión fue la época más feliz y "espiritual" de la humanidad. En la historia evolutiva de la humanidad, las religiones son, pues, un fenómeno cultural y social muy reciente.

Las conclusiones de las ciencias antropológicas sobre las religiones pueden resumirse en tres afirmaciones básicas:

1) Las religiones no han existido siempre, sino que son construcciones, productos humanos, con orígenes que pueden establecerse históricamente a grandes rasgos.

2) Las religiones se formaron en el Neolítico.

3) Desde el Neolítico hasta los tiempos modernos, las sociedades han sido fundamentalmente "religiosas".

4) Las religiones pueden ser útiles, pero no son indispensables.

Si nos apoyamos en estas conclusiones, podemos afirmar que las religiones, con la estructura ideológica y cultural que conocemos, surgieron durante el Neolítico, con la sedentarización de las poblaciones, la agricultura, la domesticación y cría de animales, la propiedad privada, la acumulación de bienes, la formación de la riqueza y el poder que ésta otorga. Todas estas transformaciones, con los innumerables problemas que han creado (desigualdad, injusticia, explotación, delincuencia, violencia, etc.) han traído consigo la necesidad de introducir normas de comportamiento para hacer posible la vida social.

En aquella época, las religiones aportaban una normativa social y política más que estrictamente religiosa. En tales tiempos de cambios profundos y a menudo radicales, las religiones no sólo han desarrollado las normas y leyes que debían regir el comportamiento moral y civil de los individuos, haciendo posible una convivencia humana ordenada y relativamente pacífica. También han podido imponer y reforzar la observancia de estas normas y leyes dándoles la configuración de "mandamientos divinos", expresión de la voluntad divina, cuya desobediencia habría provocado el castigo y el rechazo de los dioses ¹⁷

¹⁷ "La religión es una creación de los humanos, no de los dioses, y se define por su función social más que por la existencia de deidades. La religión es un relato que lo abarca todo y que da una legitimidad sobrehumana a las leyes, normas y valores humanos. Legitima las estructuras sociales humanas afirmando que reflejan leyes sobrehumanas" (Harari, *Homo Deus*, p. 200). "La religión se ocupa principalmente del orden. Su objetivo es crear y mantener la estructura social. En cuanto a la ciencia, a ésta le interesa sobre todo el poder. A través de la investigación, pretende adquirir el poder de curar enfermedades, librar guerras y producir alimentos. Como individuos, los científicos y los sacerdotes pueden dar una inmensa importancia a la verdad; sin embargo, como instituciones colectivas, la ciencia y la religión anteponen el orden y el poder a la verdad. La búsqueda inflexible de la verdad rara vez puede permanecer dentro de los confines de los establecimientos religiosos o científicos" (ibid, 217).

(el Código de Hammurabi, o las Tablas de la Ley o Diez Mandamientos dados por Dios a Moisés en el Sinaí).

Así, desde aquellos tiempos remotos, las religiones se han presentado e impuesto como estructuras e instituciones de autoridad, creadas principalmente para satisfacer las necesidades de cohesión, seguridad y paz dentro de las grandes aglomeraciones humanas y urbanas que se estaban formando.

En la época de las grandes civilizaciones, es decir, hacia el año 5000 a.e.c., las religiones ya habían adquirido su configuración típica de estructuras sagradas, funcionando no sólo como intermediarias entre el ser humano y la divinidad, sino sobre todo como portavoces de las exigencias y la voluntad de los dioses. No sólo proporcionaban las normas de buen comportamiento social e individual, sino también todos los conocimientos y respuestas (sobre el mundo, la naturaleza y los dioses) que los humanos necesitaban para funcionar y dar sentido a su existencia.

La función normativa y reguladora que las religiones desarrollaron en el Neolítico contribuyó en gran medida a su autoridad y poder. En aquellas sociedades primitivas, las personas ingenuas, temerosas, indigentes, continuamente amenazadas y expuestas a peligros y amenazas del mundo natural y humano, se entregaban y sometían voluntariamente a una institución "sagrada" que les ofrecía orientación, protección, seguridad, creaba esperanza y prometía la salvación. A estas personas, la religión les ofrecía innumerables historias de las extraordinarias hazañas de héroes divinos, procedentes de un mundo allá arriba, en las misteriosas profundidades de los cielos, inaccesibles para los miserables mortales, que podían acudir al rescate de las angustias humanas.

Así, la religión se presenta como una estructura organizativa inventada por los humanos, que tiene autoridad y poder reconocido. Así, la religión no viene de Dios, no es eterna y no puede imponerse como autoridad última y absoluta. La religión es siempre una función del ser humano y para él, para que pueda atravesar más fácil y tranquilamente las pruebas, las dificultades y las oscuridades de la existencia¹⁸.

Los antiguos escribas de Israel (siglo VII a.e.c.) se limitaron a tomar este patrimonio religioso existente y a insertarlo en la composición de sus libros sagrados (la Biblia), adaptándolo a las exigencias de sus necesidades, cultura y creencias particulares. A través de la Biblia judía, los antiguos mitos y la visión del mundo que transmitían entraron en la religión judeocristiana y, a través de ella, llegaron a nosotros y a nuestras iglesias.

Fundamentalmente, los contenidos básicos de las religiones de las antiguas civilizaciones de la "media luna fértil" de Oriente Medio y de la cuenca mediterránea (Sumer, Egipto, Israel, Grecia...) coinciden ahora en la adoración de divinidades, especialmente masculinas, que sustituyen definitivamente a las divinidades femeninas, a la gran Diosa Madre, de épocas anteriores (paleolíticas). Al mismo tiempo, nacieron en Oriente las grandes religiones clásicas del hinduismo, el confucianismo y el budismo.

Utilizando una expresión del lenguaje informático moderno podemos decir que la religión ha sido el "sistema operativo" de las sociedades antiguas. La religión, con

¹⁸ Problemas y cuestiones existenciales como el sentido de la presencia del ser humano en este mundo, su lugar y función en la ordenación global del Universo, los valores que debe perseguir, las razones de la presencia del mal y del sufrimiento, cómo escapar de las propias limitaciones y la inexorabilidad del propio fin, etc.

su influencia, su prestigio casi divino, su poder, su autoridad incuestionable, sus creencias, sus mitos, sus dogmas, sus leyes, su moral, e incluso sus métodos inquisitoriales de vigilancia, control, imposición y sanción, ha ejercido durante siglos esa función de software programador de todas las funciones de la sociedad.

Puede decirse que, desde aquellos tiempos remotos hasta el siglo XIV d.e.c. (al final de la Edad Media), religión y cultura coincidieron. La cultura no podía ser sino religiosa, y la religión era la única forma posible de cultura. Como sigue ocurriendo hoy en día en muchos países islámicos. Esto significa que la religión impregnó todas las estructuras y actividades de la sociedad: su cultura, sus conocimientos, sus creencias, su identidad, la cohesión social, los sentimientos de pertenencia de sus miembros, sus cosmovisiones, la política, el derecho, las artes... Paul Tillich decía que en las sociedades antiguas "la cultura era la forma de la religión, y la religión era el alma de la cultura".

En la actualidad, las ciencias humanas parecen estar de acuerdo en que las religiones "neolíticas" han cumplido definitivamente su cometido parental como expertos contadores de cuentos ni como educadores autoritarios. Los niños pequeños de otro tiempo, han venido a ser adultos cultos, seguros de sí e independientes, que ya no necesitan ser guiados por la presencia de sus padres, ni tranquilizados por sus fábulas nocturnas.

Es por eso por lo que estas religiones están quedando obsoletas hoy día.



Templo de Montreal reconvertido en estación de bomberos



2

LA CREACIÓN DE LOS MITOS CRISTIANOS

El nacimiento de los mitos cristianos. Preliminares

Con el advenimiento del movimiento espiritual "cristiano", desencadenado por la acción y la predicación de Jesús de Nazaret, se inició una nueva era, caracterizada por una extraordinaria actividad creadora de nuevos mitos, elaborados a partir del hecho cristiano, pero tejidos a través del telón de fondo del pensamiento mítico tradicional.

Es interesante constatar que, si bien el siglo IV d.e.c. ve el fin definitivo de la antigua mitología pagana¹⁹, ese mismo siglo ve también los inicios de la nueva mitología cristiana, que a partir de entonces se expresará con una exuberancia inventiva que no tendrá parangón en los siglos siguientes.

Debido al poco espacio de que disponemos en un estudio como éste, me limitaré aquí a indicar los principales mitos inventados por el cristianismo durante los siglos IV y V de nuestra era. En el espacio de dos siglos (325-451) y cuatro concilios ecuménicos, se inventaron, concibieron y

¹⁹ La religión pagana había servido durante siglos como paradigma religioso y cultural de interpretación de la realidad para el mundo grecorromano.

elaboraron los mitos básicos sobre los que se construyó toda la estructura jurídica, teológica y religiosa de la religión cristiana, nacida de la paz constantiniana. Esta religión impondrá entonces estos mitos como de adhesión obligatoria para sus seguidores hasta el día de hoy.

He aquí los principales mitos cristianos creados durante los cinco primeros siglos de nuestra era –para una lista completa de mitos cristianos, véase el apéndice–:

- el mito del pecado original;
- el mito del Dios Trino;
- el mito de la redención a través del sufrimiento;
- el mito de la encarnación de Dios;
- el mito del resentimiento de Dios;
- el mito de los hombres con poderes divinos;
- el mito de la superioridad del cristianismo sobre todas las demás religiones.

Antes de abordar los contenidos míticos que han entrado de lleno en la constitución del bagaje doctrinal del cristianismo, quizá sea útil presentar la figura de Jesús de Nazaret. De este modo, el lector tendría la posibilidad de comprender mejor las desviaciones y los excesos provocados por la posterior deformación de su mensaje por parte de la institución religiosa.

La comparación con el espíritu original de Jesús de Nazaret permitiría, en efecto, captar mejor la extrañeza de los sucesivos mitos elaborados por la religión y darse cuenta del grado de alteración y manipulación que en sus manos sufrió el pensamiento del Nazareno.

Sin embargo, dado que a partir de la quinta parte de este estudio trato expresamente y de forma más completa la persona y la enseñanza de Jesús, remito al lector que lo sienta necesario a esa sección.

Mito del "pecado original"

El mito del pecado original ha encontrado su fundamento tradicional en el relato bíblico de la creación y en el de una falta producida por la desobediencia de la primera pareja humana a una orden del Dios creador.

Sin embargo, esta referencia a la Biblia como base de la creencia cristiana en la existencia de un pecado cometido en el origen de la raza humana y que, como un virus maligno, la habría contaminado, es totalmente aleatoria.

Por eso es sorprendente que la religión cristiana haya permitido la construcción de un inmenso sistema teológico, que duró siglos, basado en una noción mítica que no sólo no tiene base en la realidad, y es desconocida para la cultura bíblico-hebrea, sino que es sobre todo ajena al pensamiento y a la enseñanza de Jesús, tal como la transmiten los Evangelios. Durante los tres primeros siglos, los cristianos no tenían conocimiento de la existencia de un pecado original, inventado posteriormente por la fértil y exaltada imaginación de san Agustín de Thagaste, tras su conversión al cristianismo en el año 386.

Agustín, que llegó a ser obispo de Hipona (actual Argelia), al interpretar en clave maniquea el mito bíblico de la desobediencia de la primera pareja humana a Dios y el consiguiente castigo divino, desarrolló una teología personal a su medida. Con ello, Agustín buscó inconscientemente explicar (o justificar) la violencia de sus impulsos eróticos, su angustia existencial y la persistencia de un fuerte sentimiento de culpa en su vida, que luego contagió a toda la teología católica. Para Agustín era tal vez más reconfortante y menos provocador de culpa culpar de sus traumas carnales, psicológicos y espirituales a la mala calidad de su naturaleza humana, dañada por un defecto de fabricación, en vez de a la responsabilidad y las consecuencias de su libertad personal.

Agustín, así, partiendo del presupuesto de que la desobediencia de Adán y Eva constituye una falta grave (calificada como pecado original), y apoyándose en ciertas expresiones poco claras y muy discutidas y discutibles del apóstol Pablo en su carta a los Romanos²⁰, infiere, de forma bastante arbitraria, que la falta de la primera pareja humana ha corrompido de hecho a todos los individuos de esa raza. Por ello, presenta este delito como una verdadera "contaminación" o "desfiguración" del alma humana que, al transmitirse por reproducción biológica de madre a hijo, afecta ahora a todo ser humano que viene al mundo. Según las divagaciones teológicas agustinianas, esta contaminación, que corrompe el espíritu del ser humano y lo hace malo y culpable ante Dios, transforma a la humanidad en una massa damnata, un "montón de condenados", que merecen arder en el infierno. A menos que Dios, en su inmensa misericordia, intervenga para salvarlos.

Además, como si el despilfarro no fuera suficientemente grave, todavía según la visión "consoladora" de Agustín, este contagio causado por el pecado original, hace del individuo humano, que en sí mismo es un ser inocente porque no es responsable de su mal, un ser fundamentalmente malo, en constante rebelión contra Dios. Un ser que debe pedir continuamente perdón y que siempre necesita contentar constantemente a la divinidad para obtener su gracia y benevolencia y escapar de su ira.

Por absurdo y ridículo que parezca, para Agustín es la actividad sexual de la fecundación, con sus componentes pasionales y eróticos, que siempre llevan al exceso en la búsqueda del placer, la responsable de la transmisión del pecado original.

²⁰ En Rom 5,12-21 Pablo parece hablar de una forma de solidaridad entre la transgresión de Adán y los pecados personales de cada persona humana.

Digamos de entrada que debido a la enorme influencia que el pensamiento agustiniano ejerció en el desarrollo sucesivo de la teología católica, el cuerpo, la genitalidad, el erotismo, el placer sexual, así como las diferentes manifestaciones físicas del amor humano, adquirieron una connotación pesimista en la enseñanza de la Iglesia. En consecuencia, la corporalidad y la sexualidad humanas han estado siempre marcadas por la sospecha, la condena y la negación.

Digamos también que este mito, junto con el de la divinidad de Jesús de Nazaret, es una de las invenciones más dañinas del cristianismo. Es un mito que denigra y difama la condición humana. Porque, mientras que todos los seres vivos parecen en la tierra bellos, buenos y entrañables, el pobre ser humano es la única criatura que nace fea, mala, perversa y corrupta.

Este mito ha logrado producir generaciones de creyentes angustiados y llenos de culpa. Es un mito que ha influido negativamente en la percepción del individuo y es responsable de innumerables políticas y actitudes opresivas. De hecho, entre las autoridades cristianas en el poder, esta creencia alimenta el sentimiento de que el ser humano ordinario, debido a su naturaleza corrupta y su vil maldad, debe ser conducido con mano de hierro.

Volveré más adelante sobre las implicaciones y los excesos de este siniestro mito.

El mito del Dios Trinidad

En el siglo IV d.e.c., que vio nacer la religión cristiana, la visión neolítica de un mundo de dos pisos, con un dios personal y masculino en el cielo separado del mundo de los humanos(Theos), se integró bien en la cultura de esa época. No sólo ni siquiera se sospecha que este dios es producto de la imaginación humana, sino que se ha llegado al absurdo intelectual de dar a esta ficción una existencia metafísica real,

y el cuento del dios "ahí arriba" se ha transformado en objeto de discusiones académicas y disquisiciones teológicas para establecer, analizar y explicar el funcionamiento y la estructura internos de la naturaleza divina. Es como si un simposio de físicos aerodinámicos se reuniera para aclarar el misterio de Papá Noel, tratando de entender y determinar las nuevas leyes de sustentación y aceleración que permiten a su reno y su trineo salir del Polo Norte y emprender el vuelo, dando la vuelta al mundo en un abrir y cerrar de ojos, para llevar regalos a todos los niños del mundo en Nochebuena.

Así, a partir del siglo IV (Concilios de Nicea en el 325, de Constantinopla en el 381, y de Calcedonia en el 451), los teólogos cristianos, impulsados por exigencias políticas y religiosas, se pusieron a trabajar en la revisión del modo de concebir a Dios, para darle un rostro y una configuración teológica más acorde con ciertas afirmaciones sobre Dios presentes en los Evangelios y otros escritos del NT. Armados con el bisturí de la especulación filosófica helenística y una imaginación desbordante, seccionaron a Dios, dejando al descubierto su estructura y composición internas. Estaban de acuerdo en que Dios era una estructura compleja formada por tres personas divinas con "personalidades" distintas, pero que compartían la misma "esencia" divina: tres personas divinas (Padre, Hijo, Espíritu Santo), pero en última instancia un solo Dios.

Los teólogos conciliares consideraron oportuno atribuir a cada una de estas personas divinas una obra o tarea específica a realizar en la ordenación general de la vida del mundo y de la vida religiosa de los seres humanos. Establecieron y certificaron que así se hacían las cosas en Dios y que, por tanto, cualquier discusión sobre su naturaleza quedaba cerrada para siempre. En adelante, los cristianos sólo tenían que creer que las doctrinas conciliares revelaban la verdad sobre Dios y que explicaban y describían su vida íntima con exacti-

tud. Después de estos concilios, Dios dejó de ser un misterio para los cristianos.

Estos mismos teólogos quisieron aclarar también la verdadera naturaleza de Jesús de Nazaret, (¿es un hombre?, ¿es un dios?, ¿es dios y hombre?, ¿es de nuestra raza o es la sustancia de Dios?, ¿tiene una naturaleza humana, una voluntad humana o no?) para poner fin a las interminables discusiones y luchas "cristológicas" que, en aquellos siglos, dividían a las comunidades cristianas de las grandes ciudades del Imperio Romano. Las autoridades tanto civiles como religiosas de aquella época (s. IV-V) consideraron de suma importancia resolver sus diatribas teológicas para, por un lado, dar coherencia, solidez y estabilidad a la estructura de la nueva religión cristiana, y, por otro, asegurar la unidad política y la paz social dentro del Imperio.

Estos cirujanos de Dios nunca se molestaron en revelar la fuente de su información y de su conocimiento, ni en explicar mediante qué revelaciones sobrenaturales habían podido acceder a la intimidad de la vida divina y perforar las entretelas del Misterio Último, que, en realidad, es y seguirá siendo siempre absoluto y siempre desesperadamente inaccesible para cualquier inteligencia creada.

Creo que ni la preocupación por la honestidad intelectual ni la conciencia de lo absurdo de sus disquisiciones trinitarias entraron nunca en la mente de los teólogos conciliares de aquella época. Esta multitud de especialistas en lo "divino", que a lo largo de los siglos IV y V se reunieron y agitaron en los numerosos concilios ecuménicos para debatir, determinar y definir la composición interna de Dios, no se dieron cuenta de que sus doctas elucubraciones no hacían sino añadir fábulas a las fábulas, cuentos a los cuentos, mitos a los mitos y absurdos a los absurdos.

Esta curiosa y fantástica descripción de Dios, elaborada a través de las contorsiones filosóficas y metafísicas de un

pequeño puñado de teólogos de la cultura griega, se impuso, sin embargo, como verdad revelada, como dogma inmutable y definitivo al asentimiento obligatorio de toda la cristiandad.

Y lo más asombroso es constatar que aún hoy, en pleno siglo XXI, la Iglesia católica sigue imponiendo a sus fieles la misma concepción trinitaria de Dios elaborada en el siglo IV. Es como si el tiempo, el mundo, la cultura y la reflexión humana se hubieran detenido en aquella época lejana. O como si la gente del siglo XXI siguiera pensando con los mismos conceptos, las mismas categorías mentales, el mismo bagaje de conocimientos que nuestros antepasados del siglo IV, quienes, por cierto, estaban convencidos de que la tierra era plana, de que era el centro del universo, de que el sol y todas las demás esferas celestes orbitaban a su alrededor, puestas en movimiento por máquinas misteriosas impulsadas por la energía de los ángeles.

Michael Morwood ha señalado que mientras la religión se aferre a las afirmaciones dogmáticas de los concilios de los siglos IV y V como expresión de verdades sagradas y eternas, mientras siga pensando y actuando como si las explicaciones, el lenguaje, las imágenes, la visión de la realidad de los cristianos de aquella época fuese la única forma aceptable de escuchar y contar la historia de Dios y de Jesús de Nazaret, habrá que reconocer que el cristianismo sólo habrá hecho una pequeñísima contribución a la aventura cósmica del Espíritu que actúa continuamente en la historia del Universo y en la vida de cada ser humano²¹.

El mito de la Redención

Desde la noche de los tiempos, los seres humanos se han enfrentado a su precaria y frágil situación de una existencia continuamente amenazada por todo tipo de aconteci-

²¹ Michael Morwood, *Is Jesús God? Finding our faith*, Crossroad, 2001, p. 42. Un extracto en español: servicioskoinonia.org/relat/450.htm

mientos desastrosos (catástrofes naturales, hambrunas, enfermedades, pestes, agresiones, guerras, etc.) que no sabían explicar y contra los que buscaban protección. Por ello, en su ignorancia, se inclinaban naturalmente a encontrar una causa para ellos, atribuyéndolos a la intervención de divinidades, a veces malévolas, a veces hostiles, a veces coléricas, que de esta manera castigaban a los humanos por su desobediencia o sus pecados.

Desde la aparición de las religiones, los hombres siempre han vivido en un estado endémico de miedo y culpa, así como en relaciones tensas y conflictivas con los dioses, a los que se considera rígidos garantes de la ley y el orden establecidos y se les hace responsables de gran parte de sus desgracias. Además, los humanos siempre han tenido la impresión de que debían arrancar a la buena voluntad de los dioses los pocos momentos de placer, alegría y felicidad que experimentaban, "mereciendo" su magnanimidad o complacencia al precio de súplicas, oraciones, prosternaciones, sumisión, ofrendas y sacrificios.

Es por este conflicto permanente –no siempre consciente pero real– que se jugaba en la psique humana entre el deseo de seguridad y felicidad y la constatación de su imposible realización práctica, por lo que la imaginación humana trasladó este estado de frustración constante al mundo de los dioses, considerados responsables del buen y mal destino de la humanidad.

Por ello, la "personalidad" de los dioses, surgida de la imaginación herida del ser humano, llevará siempre en su interior las huellas de la angustia, de la angustia, de la inseguridad, del miedo y del sufrimiento de la humanidad. Por eso, los dioses oficializados, estandarizados y luego "comercializados" por las religiones serán generalmente presentados por ellas como entidades sobrenaturales y todopoderosas ciertamente, pero también como seres distantes, frustrados,

caprichosos, exigentes, egoístas, severos, irascibles, con relaciones difíciles y agresivas, hasta el punto de transformarse a veces en deidades despiadadas y crueles.

Los escribas hebreos del siglo VI-V a.e.c. trasladaron esta imagen de la divinidad a la Biblia hebrea²². A través de los libros bíblicos, esta concepción de un dios cascarrabias, fundamentalmente insatisfecho y hostil al ser humano a causa de sus defectos y pecados, entró luego en los escritos cristianos del Nuevo Testamento (NT) y finalmente en los dogmas cristianos formulados en los siglos siguientes.

Tanto por la influencia de esta imagen y comprensión negativas de Dios, como para contrarrestarla, el cristianismo desarrolló gradualmente el Mito de la Redención, como veremos más adelante en esta sección.

Sin embargo, hay que decir de entrada que este mito es el más extravagante, paradójico e inquietante que ha imaginado la religión cristiana. Este mito de la redención no se desarrolló de repente y en la forma definitiva que tomará en la Edad Media y que conocemos hoy. Más bien, el mito se formó a lo largo de varios siglos y sin un plan claro. Un poco como un gran mosaico en el que trabajaron varios artistas en diferentes momentos. Cada uno de ellos añadía algunas teselas aquí y allá, según su inspiración, pero sin saber cuál sería la imagen final resultante que algún día se podría ver.

²² En la Biblia, todos los contratiempos y acontecimientos trágicos que han salpicado la historia del pueblo "elegido" (guerras, invasiones, masacres, destrucciones, deportaciones, esclavitud, pestes...) se interpretan y describen como el castigo de Dios por las infidelidades y pecados de su pueblo. El Dios presentado por los autores bíblicos es, fundamentalmente, un Dios airado, ofendido, resentido, hostil, que utiliza el castigo y el sufrimiento para restaurar su honor y su prestigio, para defender su grandeza y su primacía, para quebrar la desobediencia y la revuelta, para que las ovejas perdidas de la casa de Israel vuelvan al buen camino del respeto y el culto a su voluntad divina. Esta imagen de Dios será negada y desautorizada por Jesús de Nazaret, pero posteriormente retomada por la religión profesada en las Iglesias cristianas.

Los principales protagonistas del mito son, obviamente, por un lado, la humanidad pecadora y, por otro, la divinidad herida, ofendida e irritada por la rebeldía y la maldad de los humanos. El relato mítico describe la historia y la solución de este largo conflicto. Se desarrolla en dos fases: primero la fase de hostilidades abiertas, y luego la fase de negociaciones, estrategias de intervención, reconciliación y paz establecida.

En la primera fase, el mito cuenta que Dios está molesto y perturbado porque el ser humano es un pecador y su pecado lo perturba y ofende. El ser humano, sin embargo, es pecador, porque ha sido corrompido por un "pecado original". El pecado original fue posible –continúa el relato mítico– porque el hombre, recién salido de las manos de su Creador, no se comportó bien, conforme a los planes y expectativas de su divino constructor. El mito continúa diciendo que Dios, en lugar de echar la culpa a su propia incompetencia como creador, por producir algo mal hecho, culpó a su criatura por su mal rendimiento.

Y como si esto no fuera suficientemente insultante para el ser humano, el mito va aún más lejos contra él, diciendo que Dios, a causa de este fallo tan de primera hora, a partir de entonces excluye de su amistad y de su paraíso a todos los miembros de la raza humana.

En la segunda fase, el mito de la Redención se centra en el proceso de reconciliación entre Dios y el ser humano, atribuyendo a Dios la iniciativa y decisión de esta reconciliación y a Jesucristo (como Hijo de Dios-Encarnado) su realización concreta y definitiva. El mito, sin embargo, no dice ni una palabra sobre las razones que indujeron a un Dios, inmóvil e inmutable por definición²³, a cambiar de actitud y mostrarse

²³ Fue Aristóteles el primero en definir a Dios como el "Inmóvil". (Aristóteles, *Phys.*, vol. VIII, nº 5, 256 a 13-20). Luego esta imagen fue retomada por Santo Tomás de Aquino en su *Suma Teológica* y utilizada por él como una de las pruebas de la existencia de Dios.

de repente benévolo y amistoso con los pecadores a los que antes siempre había odiado.

Ahora bien, según los Evangelios, Jesús de Nazaret no tenía idea de semejante Dios amenazante, enojado, agresivo y ofendido por los pecados de los hombres y que lo hubiera elegido para la realización de un proyecto de reconciliación. Tampoco tiene Jesús conocimiento de una humanidad caída por un pecado original y que necesitaría ser salvada por la intervención divina.

A pesar de ello, los conceptos de "culpa universal", maldición, condenación, "redención", "expiación", "redención", "justificación"... aparecen ya en los escritos del NT sólo unos años después de la muerte de Jesús y particularmente en las cartas del apóstol Pablo. Los textos paulinos y las cartas atribuidas a Pedro hablan de una humanidad esclavizada por el pecado, del perdón de los pecados, de Dios y de los hombres que necesitan la paz, la reconciliación y el fin de las hostilidades²⁴.

Además, en la literatura cristiana del siglo I, Jesús de Nazaret aparece de repente como el instrumento divino elegido desde siempre para llevar a cabo esta reconciliación entre el hombre y Dios.

La reflexión cristiana posterior, deseando dar una base teológica más sólida y una estructura global a los diversos

²⁴ "Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios" (Rom 3,23). La redención de Cristo nos ha liberado de toda culpa, ya que hemos sido "justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que hay en Cristo Jesús" (Rom 3,24).

Los frutos de la redención son la vida eterna (Ap 5,9-10), el perdón de los pecados (Ef 1,7), la justicia (Rom 5,17), la liberación de la maldición de la Ley (Gal 3,13), la adopción en la familia de Dios (Gál 4,5), la liberación de la esclavitud del pecado (Tito 2,14; 1 Pedro 1,14-18), la paz con Dios (Col 1,18-20) y la presencia del Espíritu Santo en nosotros (1 Cor 6,19-20). Ser redimido es, pues, ser perdonado, justificado, liberado, adoptado y reconciliado con Dios.

elementos que entraban en la composición de este proceso de reconciliación, construyó todo un sistema teórico tanto para justificar su necesidad como para hacerlo racionalmente aceptable para los creyentes. Ha nacido el mito de la Redención. El mosaico estaba terminado.

El gran artista y teórico del mito de la redención fue el obispo Anselmo de Canterbury (1033-1109). Le dará una apariencia de coherencia y estructura lógica. Desarrollará sus diversas implicaciones y facetas para los creyentes, utilizando el lenguaje y los conceptos de la cultura de su tiempo²⁵.

A través del mito de la redención, Anselmo busca fundamentalmente reconciliar el dilema del amor con la justicia en Dios. Si bien es correcto que Dios sea bueno, no lo es que sea bueno y deje impunes a los culpables. Dios, siendo esencialmente un ser justo por naturaleza, no puede tratar indistintamente a los buenos y a los malos. Incluso para Dios, su misericordia y su magnanimidad tienen límites. Si los humanos delincuentes y pecadores quieren recuperar sus buenas gracias y su amistad, ¡en algún lugar deben pagar el precio!

²⁵ La concepción de San Anselmo de la Redención será adoptada por Santo Tomás de Aquino (1224-1274), que la utilizará, (sin citar su fuente) en la tercera parte de la Suma Teológica donde trata de la idoneidad de la Encarnación. Santo Tomás dice esto: *Se puede decir que la satisfacción es suficiente en dos sentidos. En primer lugar, perfectamente, porque compensa con una equivalencia absoluta la falta cometida. En este sentido, la satisfacción ofrecida por un simple ser humano no podía ser suficiente, porque toda la naturaleza humana estaba desorganizada por el pecado, y el bien de una persona, o incluso de varias, no podía compensar de manera equivalente el desastre de toda una naturaleza. Además, el pecado cometido contra Dios reviste una cierta infinitud en razón de la infinita majestad de Dios; pues cuanto más alto es el rango del ofendido, más grave es la ofensa. Entonces, era necesario, para una adecuada satisfacción, que el acto tuviera una eficacia infinita, como procedente de Dios-hombre (Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica, Parte III, La conveniencia de la Encarnación; Art. 2: ¿Era necesaria la Encarnación para la restauración del género humano?)*

No podemos ofender impunemente a Dios Todopoderoso y pensar que podemos salirnos con la nuestra.

Por lo tanto, era necesario que alguien realmente importante y verdaderamente representativo del género humano aceptara convertirse en una especie de chivo expiatorio, o en una especie de cabeza turca sobre la que Dios pudiera, de una vez por todas, descargar completamente su ira y su agresividad, para poder liberarse finalmente de ella y vivir en paz consigo mismo y con los demás. Tenía que haber alguien cuyo valor de sacrificio, sufrimiento y expiación pudiera estar a la altura de la ofensa infligida a la majestad divina.

El relato mítico de la redención describe entonces la muerte violenta de Jesús de Nazaret en la cruz, por un lado, como si se tratara de un gesto de expiación²⁶ planeado y querido por Dios y que el dios-hombre Jesús realizó en nombre y lugar de todos los humanos, y, por otro lado, como si se tratara de un gesto deslumbrante de amor infinito, capaz de hacer desaparecer a los ojos de Dios todas las demás faltas de amor (pecados) cometidas por toda la humanidad²⁷.

El mito canta entonces esa muerte que apacigua la agresividad de Dios e induce en él mejores sentimientos hacia los humanos, permitiendo ahora a éstos entrar por fin en su Gracias y en la felicidad eterna de su hermoso paraíso²⁸.

²⁶ Estos teólogos también encontraron apoyo y confirmación de este espantoso y atroz escenario en ciertas afirmaciones encontradas en las cartas de Pablo de Tarso, el fariseo judío que, hacia mediados del siglo I, se había adherido al Camino, y que sembró las primeras semillas de contaminación del pensamiento del Nazareno, que se infiltraron y extendieron por casi todos los escritos del Nuevo Testamento. (Cf. 1 Cor 15,3-56; 1 Cor 11,25; 2 Cor 5,1521; Fil 2,7; Rom 5,10-19; Rom 8,32, etc.)

²⁷ "La muerte violenta de Jesús no fue el resultado de la casualidad en una desafortunada combinación de circunstancias. Pertenece al misterio del plan de Dios" (Catecismo de la Iglesia Católica del Papa Juan Pablo II, (CIC) n. 599.

El mito de la redención, tal como lo elabora Anselmo, pasará en la teología cristiano-católica especialmente bajo el nombre de "satisfacción expiatoria", realizada por la muerte voluntaria de Jesucristo como Hombre-Dios.

Llegados a este punto de mi exposición, para placer y asombro del lector moderno, no puedo dejar de ilustrar el relato de este mito con algunas perlas extraídas del Catecismo de la Iglesia Católica del Papa Juan Pablo II²⁹. En este Catecismo todos los componentes del mito de la Redención han encontrado una expresión precisa, una forma de "consagración" papal oficial y una sedimentación teológica definitiva. Aquí están las citas:

"La Iglesia, en el Magisterio de su fe y en los testimonios de sus santos, nunca ha olvidado que los propios pecadores fueron los autores y como instrumentos de todos los sufrimientos soportados por el divino Redentor... Debemos considerar a los que siguen cayendo en sus pecados como culpables de esta horrible falta (la muerte violenta de Jesús en la cruz). Ya que fueron nuestros crímenes los que hicieron que Nuestro Señor Jesucristo sufriera el tormento de la cruz..."

"Y hay que reconocer que nuestro crimen, en este caso, es mayor que el de los judíos. Porque ellos, según el testimonio del apóstol, "si hubieran conocido al Rey de la gloria,

²⁸ Así se expresa el mismo CIC: "En el sufrimiento y en la muerte, la humanidad de Cristo se convirtió en el instrumento perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los seres humanos. En efecto, aceptó libremente su pasión y muerte por amor a su Padre y a los que quiere salvar (nº 609).

²⁹ El Catecismo de la Iglesia Católica (CIC) es una obra de instrucción de la doctrina católica, que resume la fe, la enseñanza y la moral de la Iglesia Católica. Fue promulgada el 11 de octubre de 1992 y publicada solemnemente el 7 de diciembre de 1992. Fue sugerido por la Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos de 1985, veinte años después del final del Concilio Vaticano II, y aprobado por el Papa Juan Pablo II el 7 de diciembre de 1985 (Wikipedia).

nunca lo habrían crucificado" (1Cor 2,8)". Nosotros, por el contrario, profesamos conocerlo. Y cuando lo negamos con nuestros actos, llevamos nuestras manos asesinas sobre Él (598)".

Este mito de la redención y la reconciliación a través del sacrificio, la sangre y el sufrimiento de un inocente no sólo transformó al cristianismo en una religión lúgubre, pecaminosa y llena de culpa, sino que también contaminó profundamente todos sus dogmas, doctrinas, espiritualidad y todas las expresiones de su oración, culto y ritos.

La contaminación del pensamiento cristiano por este mito ha penetrado tan profundamente en la configuración del paisaje católico que, dentro de él, los cristianos ya ni siquiera son conscientes del carácter paradójico, rebuscado y absurdo de este mito. Tanto es así, que incluso hoy en día la noción de redención es aceptada por los creyentes de a pie como una obviedad que a nadie se le ocurriría rebatir – mucho menos advertir su perversidad–.

El mito de la Redención está demostrando ser el más dañino y fallido de todos los mitos cristianos, aunque sólo sea porque, por un lado, el Dios colérico y cruel de este mito está en total contradicción con el Dios Padre-Madre todo amor, ternura, misericordia y piedad de Jesús de Nazaret; y porque, por otro lado, a lo largo de los siglos sus consecuencias en la calidad de vida de los cristianos han sido dramáticas.

Hoy en día, una religión que propone un Dios así a la adhesión de sus fieles tendrá dificultades para enfrentarse al razonamiento crítico de la modernidad.

1- La apología del sufrimiento

Así, el cristianismo como religión se construyó principalmente sobre la premisa de que el sufrimiento es una fuente privilegiada de salvación. Este principio se ha integrado plenamente en el desarrollo de todos sus dogmas y doctrinas. Las siguientes afirmaciones, que encontramos como estribillo

en todas las exposiciones teológicas y catecismos de la fe cristiana católica, se han convertido en axiomas aceptados como evidentes: "Con su pasión y muerte Jesús nos ha reconciliado con Dios. Es por sus sufrimientos que hemos sido salvados; es por su pasión y muerte que Jesús nos obtuvo la reconciliación con Dios y el perdón de nuestros pecados; es por sus sufrimientos y muerte que hemos sido salvados; la muerte de Jesús es un sacrificio agradable a Dios". Y la lista de citas podría ser interminable³⁰.

La doctrina y la ascesis cristianas piden así a los fieles que sufran para compartir y unirse a los sufrimientos de Cristo. Sufrir para contribuir a la redención y la salvación del mundo. Sufrir para ser perdonado. Sufrir para expiar los pecados. Sufrir para agradar a Dios. Sufrir para santificarse. Sufrir en la tierra para ser feliz en el cielo. Sufrir para ganar el paraíso. Porque el sufrimiento del ser humano es el placer de Dios; mientras que el placer del ser humano es el sufrimiento de Dios.

Por eso, el cristiano que quiere ser ejemplar siempre tendrá que negociar compromisos con el sufrimiento. Siempre tendrá que tenerlo en cuenta en sus planes, para seguir teniendo a su favor al Dios de la religión. Siempre tendrá que hacerse un hueco en su vida, aunque sea a regañadientes, para merecer o alcanzar su salvación. Incluso tendrá que mantener siempre algo en reserva, como una especie de seguro de vida o una moneda de cambio en sus relaciones con Dios, cuando necesite pedir su perdón, su ayuda o sus favores.

³⁰ El Catecismo de la Iglesia Católica (CIC) está lleno de estas expresiones que exaltan el carácter benéfico y redentor del sufrimiento. Sin embargo, la apología más completa sobre la capacidad y el poder redentor del sufrimiento se encuentra en la Carta Apostólica *Salvifici Doloris* (1984) del mismo Papa, de la que se ofrecen los siguientes extractos significativos:

De modo que el mito de la redención por el sufrimiento atrapa finalmente a la persona humana cristiana en el callejón sin salida de una situación contradictoria de la que nunca podrá salir a buen precio. Pues este mito, inventado para salvar al ser humano, sólo consigue, en realidad, aprisionarlo en su obligación de sufrir para agradar y atraer la benevolencia de la divinidad, y así estropea su felicidad de vivir.

Es sobre la base de esta insistencia malsana en el dolor y de esta exaltación impía y mórbida del sufrimiento como, a lo largo de los siglos, se han desarrollado las manifestaciones de la piedad y de la espiritualidad cristiana.

La pregunta que la persona de nuestro tiempo no puede dejar de hacerse es: ¿puede una religión que hace del sufrimiento la condición indispensable para la realización espiritual, la felicidad y la salvación personal seguir teniendo algún atractivo para los hombres y mujeres de nuestro tiempo que miden su salud, su bienestar, su felicidad y su calidad de vida por las victorias que consiguen en la lucha contra el dolor y el sufrimiento?

El lector que quiera saber más sobre esta extraña ideología sacrificial, propia de la religión cristiana, que ha contaminado todas sus doctrinas y, en particular, su cristología, podrá leer con provecho el libro del teólogo Roger Lenaers, cuya referencia está en nota aquí³¹.

2 - El sufrimiento para construir el poder

Como he tenido ocasión de señalar anteriormente en este estudio, las religiones nacieron en el Neolítico como organizaciones al servicio del poder civil y de las estructuras sociales que estaban surgiendo en aquella época. La principal tarea de la religión era encontrar formas de poner paz y orden en las sociedades humanas que se estaban formando.

³¹ Roger Lenaers, *Un autre christianisme est possible*, Éd Golias, 2011, pp. 228-235. *Otro cristianismo es posible*, disponible en internet.

¿Qué mejor manera de lograr este objetivo que atribuir a la voluntad de los dioses las reglas, leyes, normas y directivas establecidas para garantizar una vida comunitaria ordenada y vincular la transgresión a los castigos y penas que los dioses infligirían a los transgresores?

El establecimiento de este sistema de orden fue una forma muy ingeniosa y extremadamente eficaz de forzar el cumplimiento de las leyes. Colocaba la coacción y la obligación en el individuo como un requisito y una necesidad moral y espiritual para asegurarse la benevolencia y la protección de los dioses en los caminos de la vida presente y la felicidad eterna en la vida futura.

Convencer a los creyentes de la severidad y también de cierta crueldad de los dioses constituía también para la institución religiosa una táctica muy útil para justificar, por un lado, el poder mediador que se atribuía a sí misma y, por otro, para mantener a raya la maldad de los humanos.

A lo largo de los siglos, la religión cristiana ha perfeccionado sus estrategias de manipulación, influencia y poder para inducir a los creyentes a hacer depender su vida de la voluntad de Dios. Esto se ha hecho de dos maneras.

La primera forma ha sido convencer a sus seguidores de que su felicidad no estaba en el presente, sino en el futuro; no en esta vida en la tierra, sino en otra vida en el cielo, que Dios tenía reservada para ellos después de su muerte.

El segundo medio consistía en hacer de las desgracias, las pruebas, los sacrificios y los sufrimientos de la vida, soportados en una actitud de fe y de sumisión a la voluntad divina, el parámetro de la perfección espiritual y de la "santidad" personal digna de la canonización.

Hacer del sufrimiento y del sacrificio una especie de regalo que agrada a Dios y que podemos ofrecerle para mostrarle nuestro pesar, para implorar su ayuda y su protección,

para manifestarle nuestra fidelidad y nuestra gratitud, ha sido siempre una actitud que la religión ha fomentado y que le ha proporcionado el medio seguro de construir estabilidad, fidelidad y cohesión a lo largo de los siglos.

¿Qué sacerdote, qué misionero se atrevería a renegar o abandonar su Iglesia si, por haber creído que "fuera de ella no hay salvación", sacrificara su existencia en una parroquia rural, o en una selva del Amazonas para intentar sacar a los "pobres salvajes" de las llamas del infierno? Es seguro que, mientras viva, este sacerdote o misionero permanecerá fiel a su Iglesia. De hecho, le resultaría insoportable admitir que ha desperdiciado estúpidamente toda su vida por creer en semejantes sinsentidos.

Cuando por un ideal, un proyecto, una religión, un país, una patria, has invertido tus mejores energías; has sacrificado los mejores años de tu vida; te has comprometido, has combatido en guerras, has luchado, o puedes haber perdido una pierna, los dos ojos, tu equilibrio psíquico, etc., es seguro que permanecerás para siempre convencido de la verdad, de la grandeza y de la importancia de la causa por la que has sufrido tanto.

Nunca podrás admitir que la nación, la patria, el partido, la religión, por los que has soportado tantas pruebas y sufrimientos, en realidad sólo te han adoctrinado, programado, manipulado, para utilizarte en la defensa de sus ideologías, en la protección de sus intereses, en la realización de sus ambiciones y en la construcción de su poder explotando tu juventud, tu idealismo, tu ignorancia y tu ingenuidad.

Para no sucumbir a la vergüenza, a la decepción y a la rabia del que ha sido engañado por el sistema, buscarás entonces proclamar la rectitud de la causa por la que has luchado. Buscarás convencerte de la sacralidad y el valor de los principios e ideales por los que has sufrido (patria, democracia, libertad, progreso, evangelización, salvación eterna de

paganos y pobres pecadores...). Te aferrarás con todas tus fuerzas a los mitos y a los dioses en los que creías y a los que sacrificabas lo que poseías de mayor valor y valía³².

Sobre el tema de la exaltación e interiorización personal del sufrimiento como medio de valorización y realización cristiana de la existencia, quisiera citar aquí el caso emblemático de Thérèse Martin (1873-1897). Esta joven de quince años, enamorada de la "santidad", quería retirarse a un monasterio carmelita de clausura en Lisieux (Francia) para realizar su sueño. Pasó su corta vida sin vivir y sufriendo hasta la muerte, convencida de que agradaba a Dios que, a cambio de sus maceraciones y sufrimientos, habría concedido el perdón a los "pobres pecadores" que, de otro modo, estarían destinados a los tormentos eternos del infierno y a su felicidad eterna en su hermoso paraíso.

En vísperas de los tiempos modernos, esta figura de mujer puede verse como el resultado más triste y patético de esa ideología perversa que infectó el pensamiento y la espiritualidad del cristianismo institucional durante quince siglos, haciendo innumerables víctimas inocentes que sacrificaron innecesariamente sus vidas y su felicidad en el altar de un Dios masoquista y de una ideología nefasta inventada por los propios humanos.

Creo que se puede decir, a modo de conclusión, que es en gran parte por los sufrimientos y sacrificios que la Iglesia ha exigido a sus miembros, como ha logrado mantener su adhesión y fidelidad a lo largo de los siglos.

3- El mito del "resentimiento" de Dios

Hasta ahora he tratado la aporía inherente al mito de la redención por el sufrimiento. Ahora me gustaría llamar la

³² Cfr. Yuval Noah Harari, *Homo deus. Une brève histoire du futur* (A. Michel, 2017 pp 323-334).

atención sobre otro mito, que ya he mencionado en páginas anteriores, pero que ahora me gustaría enfocar y analizar con más detalle. Es el mito del rencor de Dios. En pocas palabras, este mito narra la persistente susceptibilidad e irritabilidad que caracteriza al Dios de esta religión, así como las resonancias y consecuencias que los estados de ánimo divinos tienen en sus relaciones con el mundo de los humanos.

Este mito, aunque no está clasificado entre los dogmas cristianos oficialmente definidos, constituye sin embargo el presupuesto ideológico básico en torno al cual las religiones del Libro han construido todas sus doctrinas y ritos. Este mito es especialmente honrado en la versión católica del cristianismo.

El mito cristiano del resentimiento de Dios es una extensión del mito de la Redención, del que es un corolario. Según el mito de la redención, el sufrimiento y la muerte violenta que el Hijo-Dios aceptó voluntariamente constituyeron una especie de gesto terapéutico (o cura) que permitió al Dios-Padre liberarse de su cólera y agresividad y recuperar la calma, así como sentimientos más benévolos hacia la humanidad.

El mito del resentimiento de Dios especifica ahora que, aunque Dios, satisfecho y apaciguado por los sufrimientos de su Hijo, decidió abrir todas las puertas de su paraíso a todos, no entra en el paraíso quien quiera. Se aplican ciertas condiciones. El billete de entrada no se distribuye gratuitamente a todo el mundo. No está disponible en ningún stand, ni a ningún precio. Hay que dar pasos, enviar solicitudes, firmar alegatos, obtener autorizaciones, realizar comprobaciones y controles, y obtener líneas de crédito.

Para atravesar las puertas del paraíso y ser admitido en la mesa del banquete celestial, hay que tener papeles en regla, un pasaporte válido, un carné de socio, un vestido adecuado, un certificado de fidelidad, un certificado de buena

conducta expedido aquí abajo por los representantes oficiales de la empresa divina. Si no se cumplen estas condiciones, las puertas de la hermosa casa de Dios permanecerán cerradas sin piedad, a pesar del sangriento sacrificio y la muerte expiatoria del Hijo de Dios en la cruz.

Este mito del resentimiento de Dios pretende, por tanto, dejar claro que mientras la muerte sacrificial del Hijo de Dios mejoró la disposición de Dios hacia los humanos, no mejoró la disposición del ser humano hacia Dios. Y que, si Dios está dispuesto a abrir las puertas de la salvación a los seres humanos ahora, aun deben merecerla, desearla, ser dignos de ella, poniendo en práctica una forma de vida recta y decente.

Porque, aunque Dios sea ahora benevolente y misericordioso con los «pecadores», no desea sin embargo traer a su casa a matones que persisten en el mal, que se entregan a sus vicios y no tienen ningún deseo de mejorar. Este mito, por tanto, advierte a quienes lo escuchen que, incluso después de la redención, Dios sigue sintiéndose indisposto hacia los "malvados", a los que no puede amar ni perdonar mientras persistan en sus malas disposiciones.

El mito nos cuenta, pues, la historia de un Dios que siempre conserva un cierto resentimiento y rencor del que no es capaz de deshacerse.

En realidad, por tanto, la Redención no habría conseguido cambiar prácticamente nada, ni tampoco mejorar mucho la relación entre el hombre y Dios, ya que Dios sigue tan "en contra" de los impíos y los malhechores como antes.

Es sorprendente que la religión cristiana no se haya dado cuenta de que, al fomentar la creencia en el mito del resentimiento de Dios, ha dejado sin efecto el mito de la redención, con el que creía haber encontrado la solución a la felicidad estable de Dios y a la salvación eterna de la humanidad.

El mito del resentimiento de Dios nos obliga a reflexionar sobre el carácter potencialmente peligroso del Dios cristiano, ya que incluso una ligera indisposición suya hacia el ser humano pecador puede tener consecuencias catastróficas para su destino eterno.

En efecto, si el individuo gravemente culpable no toma las medidas necesarias; si no se apresura a encontrar y utilizar los remedios, las fórmulas, los ritos y las personas apropiadas para hacer desaparecer el disgusto de Dios y obtener su clemencia, corre el riesgo de arder en el fuego del infierno por toda la eternidad.

¿Hay entonces una puerta de escape para el pobre pecador atrapado entre su pecado y el rencor de Dios? Sí, responde este mito, pero ahora la salvación de la persona del pecador ya no viene directamente de Dios, sino de su Iglesia.

Este mito nos dice entonces que, puesto que Dios se ha reconciliado con la humanidad pecadora gracias a la muerte redentora del Hijo, también se ha liberado definitivamente de la inquietante cuestión de la salvación eterna del ser humano, que no deja de angustiarle. Lo hizo confiando la espinosa cuestión del perdón de los pecados a la Iglesia católica, para que ella lo gestione y resuelva en su lugar como mejor le parezca, en virtud de un contrato de distribución exclusiva del perdón celebrado con ella.

El mito es que debido a este contrato exclusivo, las manos de Dios están ahora atadas. A partir de ahora estará obligado a respetar el acuerdo y a someterse a las decisiones de la Iglesia, que ahora tiene el monopolio de la concesión del perdón y de la salvación eterna de los humanos. Esto significa, en otras palabras, que sólo gracias a la Iglesia el ser humano puede acceder a su salvación eterna.

El mito del resentimiento de Dios no niega que Dios sea la única fuente de perdón y justificación, pero proclama que el perdón de Dios sólo beneficia a la humanidad por la

mediación y la acción de la Iglesia, que se convierte así en la única autoridad que decide sobre la vida o la muerte eterna de los "pobres pecadores".

Es fácil comprender que la religión cristiana (imperial) inventó este mito no sólo para ilustrar a los fieles su importancia y su valor casi "divino", sino también y sobre todo para justificar el poder que las autoridades clericales se arrogan sobre las conciencias de los creyentes, así como el monopolio exclusivo que creen tener sobre el establecimiento y la gestión de los medios de salvación.

El mito del resentimiento de Dios dará lugar entonces al mito misionero de una "Iglesia indispensable" para la salvación de todos los seres humanos. Pero lo veremos con más detalle en un capítulo posterior.

Por último, nos damos cuenta de que el mito del rencor de Dios contradice un punto central del dogma cristiano sobre la universalidad de la salvación obtenida mediante la muerte redentora de Jesucristo. En realidad, esta muerte sólo habrá sido útil y provechosa para unos pocos, ya que, a pesar de todo, las puertas del paraíso permanecen inexorablemente cerradas tanto para los cristianos obstinados en el mal como para la mayoría de los humanos no cristianos, incapaces de obtener el perdón de Dios por estar fuera de la santa Iglesia católica³³.

³³ El dicho latino "Extra Ecclesiam, nulla salus" ("Fuera de la Iglesia, no hay salvación") resonó durante mucho tiempo en innumerables documentos oficiales del Magisterio católico. No fue hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965) que los teólogos católicos se atrevieron a negar esta creencia y plantearon tímidamente la hipótesis de una posibilidad de salvación ofrecida por Dios a las personas de "buena voluntad" que pertenecen a otra religión.

El historiador Jean Delumeau, en su libro *La peur en Occident* (Fayard, 1978, p. 69), señala con razón que "durante mucho tiempo, y hasta hace muy poco, la doctrina de los "elegidos" fue aceptada por la mayoría de los teólogos católicos y protestantes, incluidos San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl. San Buenaventura escri-

Una última observación para concluir. A veces se tiene la impresión de que todo el conjunto de mitos cristianos ha sido elaborado apresuradamente, con la urgencia de establecer una estructura lógica global en la que cada afirmación de la doctrina y la fe cristianas encaja perfectamente en la disposición general de todos los elementos, como una tesela en un mosaico. En realidad, sin embargo, el hermoso mosaico completo nunca vio la luz del día. El resultado ha sido una pintura al estilo de Jerome Bosch, Peter Breughel o Picasso, en la que las contradicciones, las incoherencias, las incongruencias y, a menudo, los absurdos parecen extenderse por todas partes ante los ojos atónitos del observador.

El mito de la encarnación de Dios

1 - El nacimiento del mito del "Hombre-Dios"

Digamos de entrada que, en primer lugar, en la religión cristiana, nacida de la paz constantiniana, el mito de la divinidad de Jesús de Nazaret no se convirtió en dogma de fe hasta el Concilio de Nicea; y, en segundo lugar, que la divinidad de Jesús de Nazaret nunca ha sido un hecho evidente, ni siquiera para los teólogos de aquella época, y que se ha impuesto en la creencia de los fieles de forma lenta, penosa y tardía.

Se puede decir que la divinización de Jesús de Nazaret es el resultado de un largo proceso que comenzó a gestarse muy pronto en las primeras comunidades cristianas, ya en la segunda mitad del siglo I. Es posible seguir el progreso de este proceso a partir de la cronología de los escritos del Nuevo Testamento. Para información del lector, trazaré aquí un breve recorrido de este proceso que creó las condicio-

bía: "Todos los que pertenecen a la masa de la perdición van a ser condenados. Hay más réprobos que elegidos, para que se vea que la salvación proviene de una gracia especial, mientras que la condenación resulta de la justicia ordinaria".

nes teológicas e históricas para la completa divinización del Nazareno en el siglo IV, al metamorfosearlo en un ser divino, como ya hemos visto anteriormente en este estudio.

Hay que reconocer que, si el Hombre de Nazaret fue muy pronto objeto de un proceso de exaltación y "divinización" por parte de sus discípulos y admiradores, ello se debió principalmente a la originalidad y pertinencia de su mensaje y, por tanto, al extraordinario impacto que tuvo en la gente de su tiempo,

Está claro que en el origen de la experiencia humana y espiritual de los primeros discípulos y admiradores de Jesús de Nazaret estaba el asombro y la fascinación que sentían por la compañía de este hombre. La fascinación y el asombro eran suscitados por varios factores: la percepción de la maravillosa calidad de la personalidad del Maestro; la exquisita armonía humana y espiritual que emanaba de su persona; una conciencia cada vez mayor de la extraordinaria novedad de sus percepciones, de los valores que proponía y de las ideas y el mensaje que proclamaba.

Era, en efecto, un mensaje que abría a todos la perspectiva de un mundo totalmente diferente del antiguo; una sociedad animada por otros principios, otras prioridades, otros valores; un mundo que todos podrían habitar ahora, en igualdad, respeto mutuo, justicia y una paz definitivamente restaurada; una comunidad humana en la que todos encontrarían su lugar y el pleno reconocimiento de su dignidad, así como la posibilidad de vivir una existencia diferente.

Era un mensaje que tenía todo el sabor de una buena noticia para los pobres, oprimidos y desamparados de la tierra. Era un mensaje que revelaba otra forma de ser humano, otro Dios y otra forma de relacionarse con él. En este nuevo mundo, soñado por Jesús, la energía que hacía funcionar todo era exclusivamente la del amor.

Fue a raíz de esta profunda e impactante experiencia espiritual y personal como los discípulos de Jesús no pudieron evitar imaginar, pensar y, al final, convencerse, de que todo esto era demasiado nuevo, demasiado original, demasiado hermoso, demasiado "maravilloso" para venir de un hombre. Y que, en ese hombre y a través de ese hombre, el cielo bajó a tocar la tierra; que Jesús fue un hombre de Dios, habitado por Dios y por su espíritu; que Dios habló a través de él y que Jesús vivió en una relación única de intimidad y familiaridad con "su" Dios, al que llamaba tiernamente "padre".

¿Por qué estos discípulos no tuvieron simplemente la reacción que cada uno de nosotros tendría hoy ante un hombre excepcional? Habríamos dicho: "¡Este hombre es un ser extraordinario! Es un genio, un prodigio, un fenómeno". Así es como solemos reaccionar cuando, por ejemplo, hablamos de Miguel Ángel, Shakespeare, Mozart, Beethoven o Einstein. Nunca se nos ocurriría relacionar a estos personajes con Dios.

Estos discípulos relacionaban, casi de forma espontánea, la persona del Maestro, con Dios, porque estaban inmersos en una cultura mítica, formada por un pensamiento y unas creencias que les llevaban a entender y percibir la Realidad como totalmente impregnada de la presencia y proximidad de los dioses o de Dios; a imaginar su universo como un escenario en el que había una continua interacción entre el mundo de los dioses y el de los humanos. Recordemos que el universo estaba formado para ellos por dos mundos reales y paralelos, separados únicamente por un "cielo" o bóveda celeste (que constituía el techo de la casa de los humanos y el suelo de la morada de los dioses) que las criaturas divinas del cielo podían traspasar y atravesar fácilmente para bajar a la tierra a mostrarse y comunicarse con las criaturas humanas.

También hay que tener en cuenta que, durante los tres primeros siglos, el pensamiento cristiano se extendió y desa-

rolló casi exclusivamente en los países del Mediterráneo de cultura grecorromana y, por tanto, familiarizados con los relatos mitológicos paganos de las hazañas de los dioses del Olimpo, que a menudo descendían a la tierra, bajo apariencia humana, para relacionarse con los mortales.

Esta cosmología primitiva, y la influencia de este pensamiento mítico, unidas a la percepción de Jesús como hombre de Dios sobre el que descansaba su Espíritu, constituyeron el soporte cultural que hizo posible los primeros pasos hacia un proceso gradual pero constante de divinización de Jesús operado por la reflexión, el entusiasmo y la fe de las primeras comunidades cristianas. Este proceso de exaltación y divinización del hombre de Nazaret, iniciado en el siglo I, encontró su apoteosis y culminación definitiva en las declaraciones dogmáticas de los concilios ecuménicos de los siglos IV y V.

Éstos son los inicios de este proceso de divinización de la persona humana de Jesús que vemos actuar en los cuatro Evangelios. Este proceso se acentuó y radicalizó posteriormente en las cartas de San Pablo³⁴ y, bajo su influencia, en los demás escritos del NT.

Así, en el evangelio de Marcos (Mc 1,9-13), el más antiguo de los evangelios, escrito a finales de los años sesenta, Jesús, tras su bautismo en el Jordán, sigue siendo presentado sencillamente como el hombre elegido por Dios sobre el que reposa su Espíritu; un espíritu que viene de lo alto, a través de la bóveda celeste. En Marcos, Jesús aparece como el hombre elegido, que es guiado e inspirado por un Espíritu que viene de otra parte. Se trata de un Espíritu diferente del

³⁴ Para Pablo, Jesucristo es anterior a todo, y en él subsisten todas las cosas (Col 1,17)... En él habita verdaderamente la plenitud de la divinidad (Col 1,19)... Siendo del pueblo de Israel según la carne, está sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos (Rom 9,5). Siendo de condición divina, no quiso reclamar su derecho a ser tratado como igual a Dios (Flp 2,6-7).

espíritu humano y que explica entonces la extraordinaria originalidad y novedad de su pensamiento y de su predicación.

En los Evangelios de Mateo y Lucas, escritos entre los años 80-90, Jesús ya no es sólo el hombre que posee el Espíritu y es guiado por el Espíritu de Dios, sino que ahora se convierte en el lugar de la presencia humana de Dios en este mundo. No es un ser plenamente humano, ya que no tiene un padre biológicamente humano, y nace en el mundo a través de una mujer fecundada por el Espíritu Santo de Dios. Ahora es un ser que pertenece a la clase de los dioses inmortales; sobre el que la muerte humana no tiene ningún poder, de la cual escapará victorioso; y, que, cruzando de nuevo, pero en dirección contraria, los espacios celestiales de los que había descendido, volverá a Dios, como triunfador que cumple la misión que se le encomendó.

En el Evangelio de Juan, escrito entre finales del siglo I y principios del II, la persona de Jesús perdió su consistencia humana y adquirió una configuración fundamentalmente divina. Es el Verbo de Dios que existe con Dios desde toda la eternidad. Él es la Luz de Dios que ilumina a todo hombre y mujer que vienen a este mundo. Es el Verbo de Dios que se hace carne y viene a habitar entre los humanos. Es la forma humana que el Dios del cielo asume aquí en la tierra. Él es un solo ser con Dios, de modo que quien ve a Jesús, ve a Dios mismo. Él es la resurrección y la vida. Hace que los que creen en Él pasen de la muerte a la vida. Él da la vida eterna a todos los que lo reciben y escuchan su palabra. Ahora bien, es obvio que, para el autor de este evangelio, decir todo esto sobre Jesús es afirmar y proclamar abiertamente que es Dios e igual a Dios.

Este proceso progresivo de transfiguración y glorificación de la persona del Maestro, realizado a través de la veneración, la admiración, el amor y la fe entusiasta de las primeras generaciones cristianas, servirá más tarde de base

y referencia escrituraria para los dogmas de la divinidad de Jesús, la Encarnación y la Trinidad.

La conciencia de este proceso, que concluirá con la proclamación en el Concilio de Nicea de la verdadera divinidad de la persona humana del Nazareno, nos sirve también hoy para comprender mejor el fondo, el porqué y el sentido de ciertas descripciones y afirmaciones, a veces sorprendentes, sobre la persona y la actividad de Jesús que se encuentran en los Evangelios y en otros libros del Nuevo Testamento. Cabe señalar que, sin esta conciencia, gran parte del contenido de estos escritos puede ser difícil de entender y aceptar.

2 - La explotación religiosa del mito del "dios-hijo-encarnado"

Ya hemos visto que el mito cristiano de la Trinidad imagina la naturaleza de Dios como compuesta por tres personas divinas y masculinas, distintas y separadas: Padre-Hijo-Espíritu Santo. El mito cuenta que el Hijo-Dios, "engendrado, no creado", por voluntad del Padre-Dios, abandonó un día la bendita intimidad de la trilogía divina para "encarnarse" en un mamífero del género "Homo" y de la especie "Sapiens", en una región del antiguo Oriente Medio. Este mito identifica a este Dios-Hijo Encarnado con un individuo que vivió en Palestina en la época del emperador romano Tiberio y que pasó a la historia como Jesús de Nazaret. Como ya hemos comentado en capítulos anteriores, según el mito, el propósito de esta encarnación era obtener el perdón y la reconciliación con Dios para la humanidad caída, pecadora y descarriada.

El mito de la Encarnación nos dice que este Hijo divino entró en el mundo de los humanos al nacer de una joven, María, que previamente había sido fecundada por la intervención del "Espíritu Santo". Este mito especifica además que el nacimiento humano de este Hijo de Dios no destruyó la virginidad de esta mujer, que seguiría siendo virgen antes,

durante y después de su nacimiento, a pesar de que luego se convertirá en madre de numerosos vástagos³⁵.

Si los emperadores romanos de los siglos IV y V, asesorados por las autoridades cristianas, insistieron en que los concilios ecuménicos de la época definieran e impusieran a toda la cristiandad el dogma de la encarnación de un Hijo de Dios en un judío de Galilea con el nombre de Jesús³⁶, no era sólo para poner fin a las apasionadas discusiones y luchas que dividían a las comunidades cristianas de aquellos tiempos y perturbaban la paz del imperio sobre la identidad (divina o no) del hombre de Nazaret. Este dogma se proclamó también porque las autoridades eclesiásticas cristianas comprendieron su enorme importancia, tanto para la consolidación de su poder como para conferir lustre, prestigio y valor al cristianismo como religión oficial del Imperio Romano.

Evidentemente, los líderes religiosos (papas y obispos) se habían dado cuenta de que poder declararse abiertamente como los representantes y portavoces designados de un Dios encarnado era una baza mucho más halagadora para ellos que ser vistos como meros continuadores del sueño de un gurú judío iluminado que acabó su vida en un patíbulo. De ahí la importancia, para las autoridades religiosas de aquellos tiempos, de proclamar el dogma de la divinidad de Jesús de Nazaret, realizador de un plan divino de salvación universal, y asegurar su aceptación e intocabilidad.

Sin embargo, para tener éxito en tal empresa, era necesario poder establecer un vínculo causal entre los planes de Dios y la estructura jerárquica de la Iglesia³⁷. Era necesario poder demostrar, y hacer creer, que el poder que ostentaban las autoridades eclesiásticas procedía directamente de Dios y

³⁵ Cfr. Mt 12,46; Mc 3,31; Lc 8,19.

³⁶ Concilio de Nicea (en 325) y Concilio de Calcedonia (en 451).

³⁷ En este estudio utilizo el término "Iglesia" como sinónimo de la religión cristiana católica-romana.

que, por tanto, de forma intermediaria pero real, tenían en la tierra los mismos poderes que Dios en el cielo.

El nuevo mito cuenta entonces que el Dios-Hijo-Encarnado tomó forma humana en la tierra, conforme a las instrucciones del Padre-Dios, recibidas en el seno de la Trinidad. Según el mito, el propósito de esta encarnación no era sólo llevar a cabo una misión de "redención" (como hemos explicado en capítulos anteriores), sino, también y sobre todo, establecer una "Iglesia", es decir, una institución religiosa estructurada jurídica y jerárquicamente a la que Dios pudiera confiar la continuación y realización práctica de su plan de redención universal.

Así, en los Concilios de los siglos IV y V, los Padres Conciliares propusieron a la fe de los fieles no sólo la historia de un Dios que se hace hombre, sino también la de una Iglesia una, santa, católica y Apostólica³⁸, que continúa su obra. Estos teólogos conciliares imaginan que la Iglesia católica ha estado siempre en los planes de Dios, prevista por Él desde toda la eternidad como instrumento necesario e indispensable de su gracia y perdón, así como herramienta para reunir a los seres humanos perdonados y justificados en una gran familia de salvados (¡la Iglesia!), fuera de la cual no hay posibilidad de salvación³⁹.

³⁸ El concepto de una "Iglesia" casi divina –como Dios mismo– y necesaria para la salvación de la humanidad, se encuentra en el Símbolo de Nicea, adoptado posteriormente en el año 381 por el Concilio de Constantinopla. Este símbolo, al tiempo que proclama: "Creo en Dios", proclama también: "Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica". Esta profesión de fe, que, junto con el Credo de los Apóstoles, es la más importante de la Iglesia antigua, ha sido durante siglos el credo de todas las Iglesias cristianas. Incluso cuando se inicia el tiempo de las divisiones confesionales, declararán su creencia en la Iglesia católica, independientemente de que su confesión sea la misma o diferente.

³⁹ La palabra "iglesia" viene del latín *ecclesia*, derivado del griego *ekklesia*, que significa asamblea. Deriva del verbo *ekkaleô*, "convocar".

3 - El nacimiento del poder absoluto

El mito del Hombre-Dios continúa su historia, contando que él, después de haber cumplido su misión en la tierra, no quiso volver al cielo sin nombrar antes un sustituto personal, con la función de velar para que en la Iglesia de los salvados todo ocurra conforme a los planes eternos del Padre-Dios.

El mito identifica a este sustituto con la persona del apóstol Pedro, considerado posteriormente como el primer Papa, a quien el Dios Hijo encarnado confía la plenitud de su autoridad, sus poderes y su Espíritu de sabiduría y verdad.

El relato mítico describe entonces el cuidado con que el Espíritu de Dios asiste y guía al Papa en la misión que le ha encomendado. Este Espíritu le protege del error y le asegura la infalibilidad en sus decisiones y enseñanzas. En virtud de los dones y privilegios que el Papa ha recibido de Dios, será considerado también su representante en la tierra y, por tanto, un ser casi divino, al que, a lo largo de la historia, los cristianos deberán dedicar una obediencia ciega, una fidelidad inquebrantable, una veneración y unas marcas de honor dignas de una divinidad⁴⁰.

⁴⁰ Los acontecimientos históricos contribuirían enormemente a la "exaltación divina" del obispo de la ciudad imperial de Roma y su transformación en un "papa" con poderes absolutos y universales sobre toda la cristiandad. En el año 476, con la caída del Imperio Romano de Occidente, el emperador de Oriente (Zenón), que ahora tenía su sede en Brisance, se convirtió en el único depositario de la autoridad imperial de Roma. Esta ciudad entonces, que desde 286 dejó de ser la residencia del Emperador, se convertirá definitivamente en la residencia del Papa.

El Papa León Magno aprovechará esta situación política para convertirse no sólo en el representante de la autoridad y el poder de Dios, sino también en el representante de la autoridad y el poder del emperador. Se irá a vivir a los palacios del emperador. Se adornará con sus ropas. Se apropiará de sus insignias y títulos. Se rodeará de su corte, con su ceremonial. Exigirá las mismas marcas de sumisión y los mismos honores. La pompa y el esplendor en que vivían los papas a partir de entonces no hacían sino alimentar y aumentar la

El mito del Dios Hijo Encarnado, transformado en dogma de fe por los Concilios de los siglos IV y V, constituye la piedra angular de la religión cristiana⁴¹; el fundamento y el marco sobre el que se edificará y en torno al cual se construirá la creencia en el poder divino, absoluto, supremo y universal del Papa⁴² y en una Iglesia querida por Dios como único lugar de verdad y salvación para todos los seres humanos.

Así, en el curso de la historia, los Papas de Roma, convencidos de que ocupan el lugar de Dios en la tierra, no dudarán en actuar como déspotas absolutos, atribuyéndose la autoridad y el poder supremo de un dios⁴³. El papado, para construir su poder y fortalecer cada vez más entre los cristianos la convicción de su supremacía, no dudará en recurrir

ilusión de su importancia, su poder y su grandeza, haciéndoles buscar más y más. Este lujo y estilo de vida acompañaron al papado hasta finales del siglo XX.

El mito de los poderes divinos transferidos por el Hijo de Dios Encarnado a la Iglesia se desarrolló y enriqueció con nuevos elementos y contenidos a partir del siglo V, bajo la influencia de papas autoritarios como León Magno (440-461), o papas especialmente ambiciosos y megalómanos como Gregorio VII (+1085), Inocencio III (+1216), Inocencio IV (+1254) y Bonifacio VIII (+1303).

⁴¹ Recordamos: nos referimos aquí al tipo de religión cristiana que se originó en el siglo IV y que se construyó no sobre la enseñanza, los valores y el espíritu de Jesús de Nazaret, sino sobre la forma imperial de autoridad y poder.

⁴² Cfr. Código de Derecho Canónico de 1983: "El Obispo de la Iglesia de Roma... es la cabeza del Colegio de los Obispos, Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia en esta tierra; por lo tanto, posee en la Iglesia, en virtud de su oficio, la potestad ordinaria, suprema, plenaria, inmediata y universal, que puede ejercer siempre libremente".

⁴³ La tiara representa los tres reinos o mundos sobre los que reina el Papa: el mundo superior o celestial, el mundo medio o terrenal y el inferior o inframundo.

incluso a la mentira, la falsificación y el fraude para demostrar el origen divino y apostólico de su poder⁴⁴.

Es a causa de esta supuesta autoridad divina atribuida a los Papas por el pensamiento mítico, como los Papas, en el curso de la historia occidental, han sido capaces de destituir y excomulgar a competidores y adversarios⁴⁵; de hacer y deshacer imperios y reinos; de doblegar reyes y príncipes a sus pies; lanzar cruzadas en nombre de Dios; autorizar guerras religiosas en nombre de la pureza de la fe; quemar herejes en nombre de la santa ortodoxia; apoyar y aprobar conquistas asesinas en países o continentes habitados por "salvajes" para llevarles la verdad y la salvación eterna.

Fue porque los papas creían estar en el lugar de Dios sobre la tierra, poseyendo el poder de Dios, la sabiduría de Dios, el espíritu de Dios, la infalibilidad de Dios, el apoyo de Dios y la comunicación directa con Dios... por lo que se sintieron calificados y facultados para establecer las normas de la buena moral; para definir las reglas del bien y del mal; establecer las condiciones de salvación y condenación; determinar el contenido de la verdad y del error; decretar lo que es y lo que no es conforme a la voluntad de Dios; lo que es un comportamiento natural y, por tanto, aceptable y lo que es antinatural y, por tanto, inaceptable.

Esto significa que, en el dogma de la divinidad de Jesús, el papado encontrará la justificación del poder absoluto que reclama para sí mismo. La Iglesia encontrará allí el fundamento teológico de su pretensión de ser una religión de ori-

⁴⁴ Aquí están las principales falsificaciones: Carta del Papa Clemente a Santiago, hermano del Señor; Donación de Constantino (bajo León I); Pseudodecretos de Isidoro; Código de Graciano (s. XIII).

⁴⁵ El Concilio de Calcedonia (451) proclamó la existencia de dos naturalezas en Cristo, y también la igualdad del Patriarca de Constantinopla y el Papa de Roma (can. 28e). Sin embargo, el Papa León rechazó esta decisión y afirmó su primacía.

gen divino, superior a todas las demás, depositaria exclusiva de las verdades divinamente reveladas y poseedora exclusiva de los medios de salvación.

Esto explica que, a lo largo de los siglos, la conservación y protección del dogma de la divinidad del hombre de Nazaret haya sido objeto de una vigilancia casi paranoica por parte de las autoridades eclesiásticas. En este punto, la Iglesia Católica nunca ha bajado la guardia. Era consciente de que, al defender, por todos los medios a su alcance, la fe en este mito, defendía y protegía no sólo el contenido de sus doctrinas, sino también y sobre todo su propio poder y razón de ser. Comprendió que, sin este dogma, se derrumbaría como un castillo de naipes.

La implacable lucha que las autoridades religiosas católicas han librado a lo largo de los siglos contra aquellas corrientes de pensamiento que querían criticar o cuestionar la divinidad del Nazareno, ha sido para la Iglesia una verdadera lucha de "autodefensa", en la que todos los medios estaban permitidos, incluso cuando iban en contra de los más elementales principios evangélicos. Por eso no dudó en recurrir a la fuerza, al miedo, a la intimidación, a la inquisición, a la tortura, a la pena de muerte, a la infantilización y a la tutela intelectual de los fieles, al control de las conciencias, a la supresión de la libertad de pensamiento, a la "demonización" de la duda, a la exaltación de las virtudes "cristianas" de la docilidad, la sumisión y la obediencia. Es por estos medios que, en la Iglesia cristiana, la fe en la divinidad de Jesús de Nazaret ha podido mantenerse y llegar hasta nosotros.

4 - La divinidad de Jesús destruye su persona y su obra

Como ya he señalado varias veces en este libro, el dogma de la divinidad de Jesús de Nazaret es el corazón que mantiene viva la religión cristiana y justifica su existencia. Sólo se sostiene por este mito y sólo por el dogma. Por ello,

la fe en la divinidad de Jesús es esencial para ser cristiano. Sin embargo, esta fe, precisamente por su absurdo, es, en mi opinión, el fenómeno cultural y religioso más extraño y curioso al que pueden enfrentarse el hombre y la mujer modernos. De hecho, a éstos les resulta difícil entender cómo una Institución puede seguir existiendo hoy en día proponiendo tales extravagancias.

La persona moderna está demasiado educada y marcada por el pensamiento positivista, racionalista, secular y científico como para tomarse en serio los relatos de intervenciones divinas en la historia de la humanidad. Hace tiempo que integró en su subconsciente la ley de la analogía que establece que lo que es absurdo o racionalmente inadmisibile en el presente siempre lo ha sido en el pasado. Por lo tanto, si las personas cultas de nuestro tiempo se niegan a conjugar en el presente la idea de un Dios que se hiciera hombre, o de un hombre que fuera Dios, y si necesariamente relegan tal idea a las categorías del pensamiento mítico, la institución religiosa pierde el tiempo tratando de convencerles de que eso fue posible en el pasado⁴⁶.

Cuando se considera todo esto, hay que concluir que el mito de la Encarnación y la divinidad de Jesús, que durante siglos ha sostenido el entramado de la Iglesia, corre ahora el

⁴⁶ Algunos pueden argumentar que si este pulmón de la fe en la divinidad de Jesús ha funcionado durante dos mil años, no hay razón para que deje de hacerlo ahora... Los que piensan así olvidan que los tiempos y las mentalidades han cambiado. La gente de nuestro tiempo hace tiempo que dejó la etapa del infantilismo y la ingenuidad. La fe en el dogma de la divinidad de Jesús siempre ha tenido un fundamento extremadamente frágil en la historia de la Iglesia, y sólo ha podido sobrevivir a los siglos gracias a la imposición de las autoridades eclesiásticas. Ahora la gente de la modernidad ya no teme una inquisición que la condene a la hoguera y ya no está dispuesta a someterse a los argumentos de su autoritarismo. Por ello, no dudan en deshacerse de doctrinas y creencias que consideran contrarias al sentido común y a la sana razón.

peligro de ser el que la haga caer. La Iglesia constantiniana del siglo IV no podía imaginar que, al querer honrar y exaltar la figura del Hombre de Nazaret de esta manera, sólo había conseguido, en realidad, que no sólo pasara a ser peligrosa, sino que un día resultara completamente insignificante.

Mientras en el pasado era imposible ser cristiano sin creer en la divinidad de Jesús, hoy muchos cristianos ya no ven la necesidad de adherirse a este dogma para considerarse discípulos del Nazareno. En general, se sienten incómodos con su "divinidad", que consideran un obstáculo que les impide apegarse verdaderamente a Jesús. Para estos cristianos, esta divinidad real que el dogma atribuye a Jesús socava la autenticidad humana de su persona y, en consecuencia, anula la importancia y el valor de referencia ejemplar que el Hombre de Nazaret posee para todo ser humano.

Lo que ahora interesa a los cristianos y lo que les atrae de Jesús de Nazaret no es su divinidad, sino su humanidad. No sienten necesidad de creer que ese hombre es un Dios, para pensar que es un regalo del cielo, para sentirse atraídos y fascinados por su persona y su enseñanza, para decidir adoptarlo como guía y maestro de sus vidas. Sobre todo, no necesitan creer en el valor "sacrificial", "redentor" de su muerte, para apreciar su vida y dar sentido y valor a la fe que les une a él.

Cuando en los Evangelios se lee que Jesús Dios se pasea por los caminos de Palestina, tratando de hacerse pasar por un hombre corriente, ¿no nos lleva este comportamiento a pensar que este individuo es un impostor que está representando una farsa? ¿Cómo creer en la autenticidad humana de sus actitudes, de sus sentimientos, de sus palabras, de su valor, de sus miedos, de sus luchas, de sus alegrías, de sus lágrimas, de sus sufrimientos, de su pasión y de su muerte... cuando sabemos que es Dios; que siempre ha sido de la misma sustancia que el Dios Eterno y Todopoderoso; que es

la segunda persona de la Santísima Trinidad y que, por tanto, está por encima y más allá de las angustias y las miserias humanas? ¿Cómo podemos tomarlo en serio? ¿Cómo podemos confiar en él? ¿Cómo podemos amarlo? ¿Cómo podemos querer seguirle, cuando sabemos que no es de nuestro mundo; que no es de nuestra raza; que no siente las cosas como nosotros; que no está sujeto a las mismas debilidades, a los mismos impulsos, a las mismas necesidades, puesto que no es realmente un hombre, sino un dios?

Al hacer de Jesús un Dios, la Iglesia ha matado en nosotros, los creyentes, la fe y la confianza que habíamos depositado en esta obra maestra de la humanidad. Mató en nosotros, sus discípulos, la alegría y el orgullo que sentíamos al pensar que esta maravilla de la humanidad nos enriquecía con los tesoros de sabiduría que salían de su mente y su corazón humanos. Al convertirlo en un Dios, la religión contaminó el agua que queríamos beber. Envenenó el pan que queríamos comer. Desfiguró el rostro de este hombre en el que tanto queríamos reconocernos. El rostro de Jesús que nos muestra la religión no se parece a nosotros, no es el de un individuo de nuestra especie.

Más bien aparece como un extraterrestre, un "alien" de un universo que no es humano y con el que no podemos ni queremos identificarnos.

Para que Jesús de Nazaret tenga sentido para nosotros hoy, creo que no necesitamos convertirlo en un Dios a toda costa. No hay nada vergonzoso en ser humano, plenamente humano y sólo humano. ¿Serían el testimonio y el mensaje de Jesús de Nazaret menos poderosos, menos revolucionarios, menos extraordinarios, menos eficaces, si vinieran sólo de un simple hombre? Si Jesús, por el contrario, es de origen y naturaleza divina, ¿no se corre el riesgo de evacuar o desvalorizar, a los ojos de nosotros los humanos, su testimonio, su palabra y su mensaje, porque consideramos perfectamente

normal, en definitiva, que un Dios y un Hijo de Dios hable y actúe así? ¿Es entonces indispensable hacer de Jesús un Dios para que su palabra y su mensaje adquieran la capacidad de maravillar, liberar, transformar y salvar?

La divinidad de Jesús desanima y, por tanto, corta de raíz cualquier aspiración de construir una espiritualidad basada en el seguimiento de este Maestro, haciéndola parecer una empresa imposible. De esa manera, la propuesta de Jesús a sus discípulos: "Venid y seguidme" (Lc 18,22), "Aprended de mí" (Mt 11,28), se convierte en una invitación insípida.

Hoy en día, la gente, cristianos y no cristianos, se siente mucho más a gusto en compañía de un Jesús que es ciertamente un hombre de Dios y una persona buena y santa, pero total y profundamente humana. Porque saben que cuanto más humano es un individuo, más entrañable es. Sienten que sólo con esta condición el hombre de Nazaret puede convertirse en su modelo, en su inspiración, en una luz en su camino y en el "Señor" en el que pueden depositar su confianza, sin peligro de quedar decepcionados.

5 - Hacia una interpretación laica de la Encarnación de Dios

La religión cristiana, al hacer de Jesús un Dios, ha robado verdaderamente a la raza humana un orgullo y un tesoro únicos que le pertenecen exclusivamente por ser el producto más exitoso de su evolución. El Hombre de Nazaret pertenece a la tierra; la religión lo ha preferido situar en el cielo. Aunque era hijo del hombre, la religión lo convirtió en hijo de Dios.

La religión al transformar al Hombre de Nazaret en el "hijo de Theos", ha vaciado todo el valor y la importancia que este hombre podría haber tenido para los que se acercan a él. Así, hoy, quienes admiran a Jesús de Nazaret y quieren adoptarlo como modelo de vida, como fuente de referencia e

inspiración, se ven obligados a alejarse de la Iglesia y de sus dogmas, a riesgo de abandonarlo.

Hay que concluir, pues, que el cristianismo institucional no tiene que temer convertirse en inútil e insignificante si renuncia al dogma de la divinidad de Jesús. Más bien, debe temer volverse inútil e insignificante si sigue apoyando tal absurdo. Hoy, los cristianos abiertos y cultos son cada vez más conscientes del enorme error que ha cometido el cristianismo, y del daño que ha causado, al transformar al Hombre de Nazaret en un Dios.

Por último, hay que admitir que los Concilios de los siglos IV y V, al imponer obligatoriamente a los cristianos la fe en la divinidad de Jesús, sólo consiguieron vaciar el "Camino" que Jesús había abierto, de su originalidad, de su carga innovadora y contestataria, de su carácter profundamente humano y del interés y la atracción que hubiera podido suscitar en los humanos a lo largo de los siglos.

Desde entonces, el dogma de la divinidad de Jesús de Nazaret se ha convertido en una especie de virus que ha contaminado totalmente la religión cristiana: su estructura jerárquica, el ejercicio del poder, sus políticas, doctrinas, leyes, espiritualidad y ritos. Este dogma transformó al cristianismo en una religión "divina", pero muy poco humana.

Estas consideraciones nos dan la clave para entender las razones del creciente desafecto y desinterés de la sociedad occidental moderna hacia la Institución Cristiana en general y la Católica en particular.

Creo que la única manera de conferir, tal vez, algún sentido y aceptabilidad hoy para la fe cristiana en la Encarnación de Dios sería interpretar este mito como una metáfora o símbolo de la encarnación de la Energía del Misterio Último que llamamos Dios, en el Universo, en el fondo de cada ser humano y, en particular, en Jesús de Nazaret.

¿Por qué un hombre no podría hacer brotar de lo más profundo de su ser aquellas actitudes, palabras y gestos que, como en el estallido de una supernova, harían aparecer lo divino que lleva dentro y serían capaces de incendiar con sus fuegos a quienes cayeran en el campo gravitatorio de su órbita?

Si se quiere decir que un hombre es una "encarnación de Dios", tal afirmación sólo puede ser admisible hoy en día si se entiende en un sentido simbólico. De hecho, el sentido común nos dice que un hombre nunca será Dios y que Dios nunca será un hombre. Podemos inventar una cierta semejanza de calificaciones, pero nunca podemos afirmar una identidad de esencia y naturaleza. Podemos forjar correspondencias analógicas, pero nunca simetrías ontológicas, como sostiene la religión.

Si hoy somos incapaces de creer en el gurú indio que se hace pasar por la encarnación de Visnú, ¿por qué estaríamos dispuestos a creer y tomar en serio las afirmaciones de los padres de Nicea de que Jesús de Nazaret es "el único Hijo de Dios, de la misma sustancia que Dios Padre"⁴⁷? Si es cierto que no podemos saber absolutamente nada de Dios, ni siquiera que existe, ¿cómo podríamos saber que tiene un Hijo y que este Hijo se encarnó históricamente en un individuo de nuestra raza?⁴⁸ ¿No estamos aquí en un puro delirio teológico?

⁴⁷ Credo de Nicea.

⁴⁸ Entiendo que el Universo, percibido por los modernos como la manifestación de un Misterio Último responsable de su surgimiento y evolución hacia una complejidad asombrosa, puede ser visto como una forma de manifestación o encarnación de ese Misterio al que habitualmente hemos dado el nombre de "Dios". Sin embargo, debemos tener la honestidad intelectual de reconocer que esta imagen de la "encarnación" es precisamente una "imagen" creada por nuestra "imaginación". Hay que admitir que, al final, todo esto es pura especulación (o suposición), de la que no tenemos ni idea de si tiene algún fundamento de verdad en la realidad.

El dogma cristiano de la Encarnación de Dios y de la divinidad de Jesús seguirá siendo el escollo contra el que chocará y se derrumbará cualquier intento de reformular en un lenguaje más conforme a nuestros conocimientos actuales la observación de una Energía amorosa e inteligente que se manifiesta en todas partes del Universo y que realmente "se encarna" en las profundidades más secretas de la materia que lo constituye.

En lo que sigue de este estudio, detallaré más adelante las consecuencias negativas del mito de la Encarnación de Dios y de la divinidad de Jesús de Nazaret en la configuración, las políticas y las prácticas de la religión cristiano-católica.

El mito de la superioridad del cristianismo

1 - Las religiones, estructuras divisorias

La búsqueda del Misterio Último llamado "Dios" ha acompañado al ser humano desde la aparición de su conciencia y es un fenómeno común a toda la humanidad.

A lo largo de la historia de la humanidad, las religiones han aparecido y desaparecido por miles. Uno no puede dejar de maravillarse ante esta increíble biodiversidad religiosa; ante esta ingeniosa facultad del espíritu humano de crear mundos imaginarios habitados por los dioses, ante la inmensa variedad de caminos por los que los hombres de todos los tiempos y culturas han creído poder ir al encuentro de lo divino y encontrar la felicidad duradera.

En el pasado, cada religión solía ser un sistema cerrado de creencias. Cada religión vivía y operaba con la convicción de que su visión de Dios y del mundo era la única que correspondía a la verdad. Cada religión creía que era la única que había conseguido desvelar los misterios del misterio divi-

no y compartirlo con sus seguidores. Cada religión estaba convencida de que su conocimiento del misterio divino era único y que le garantizaba una "cercanía" única a Dios, un trato especial por parte de Dios y el estatus de "mejor religión" entre todas las demás.

Es este fenómeno antropológico, social y cultural el que dio origen no sólo a la multiplicidad de religiones, sino sobre todo al exclusivismo, al fundamentalismo, al dogmatismo y al fanatismo que caracterizan a muchas de ellas. Es también este fenómeno el que, dentro de cada religión, ha producido innumerables actitudes y episodios de enfrentamiento, hostilidad, persecución y violencia contra los seguidores de otras confesiones.

Nos encontramos, pues, ante un fenómeno paradójico. Si bien el Misterio de Dios es el mismo para todos y une a todos los seres humanos, sucede que cuando su búsqueda se organiza, se estructura en un sistema de creencias y doctrinas, tomando la configuración de una "religión", termina inevitablemente por dividir a los pueblos. Así, hay que decir que mientras Dios une a los seres humanos, las religiones siempre consiguen separarlos.

2 - Exclusivismo de la religión cristiana

Las religiones judeocristianas siempre han considerado la multiplicidad y diversidad de creencias religiosas como algo negativo, como un "mal", una "falta", un "pecado", una "torre de Babel"⁴⁹, un castigo divino que estas religiones tenían la misión de reparar.

⁴⁹ Gn 11. Según la Biblia, el pueblo de Babilonia hablaba una sola lengua y era un solo pueblo. Un día pensaron en construir una torre que llegara hasta el cielo y les diera acceso directo al Paraíso. Esta torre se llamaba "Torre de Babel", que significa "Puerta del Cielo". Pero Dios, encontrándolos demasiado orgullosos, los castigó haciéndoles hablar lenguas diferentes, de modo que la gente ya no podía

Durante dos milenios, el cristianismo oficial (especialmente el catolicismo) estuvo impulsado por la firme convicción no sólo de que era la única religión de origen divino y la única capaz de salvar a los seres humanos de la perdición eterna, sino también de que era la religión que Dios había elegido para acabar con la plaga del pluralismo religioso en el mundo. Debido a esta creencia, el cristianismo ha mostrado a lo largo de su historia una actitud de constante hostilidad, agresividad, recelo y desconfianza hacia otras religiones, a las que consideraba meras invenciones humanas, cuando no diabólicas, sin ningún valor salvífico, y que alejaban a sus seguidores de la verdad.

Esta actitud de rechazo a otras religiones, en la jerga teológica, se llama "exclusivismo" religioso. Esta disposición de ánimo, típica de la Iglesia católica, está hoy en las antípodas de la mentalidad y la cultura liberal, tolerante, abierta y "omnicomprensiva" de la modernidad. Ésta reconoce, casi instintivamente, todas las religiones como igualmente válidas y en adelante acepta positivamente el fenómeno del pluralismo religioso. De forma que la pretensión de esa religión de considerarse exclusiva, mejor, superior a las demás, se percibe ahora como sectaria, intolerante, ridícula y sin sentido. Qué inaceptable, anacrónico y perverso parecería hoy un régimen autoritario que despliega abiertamente políticas y estrategias de proselitismo, propaganda, adoctrinamiento y conquista, con el objetivo de suplantar otras formas de civilización, cultura y creencias. Sobre todo, si se hace con la convicción de cumplir una misión divina y de obedecer la voluntad explícita de su Dios.

entenderse. Entonces se vieron obligados a abandonar su empresa y se dispersaron por la tierra, formando pueblos extraños entre sí. En referencia a este relato del Génesis el término "Torre de Babel" se utiliza a veces para referirse a un lugar de alboroto y confusión.

El mejor conocimiento histórico del ser humano moderno, su capacidad de análisis crítico sobre el origen y la naturaleza de las instituciones humanas, ya sean políticas, sociales o religiosas, hace que hoy esté mejor equipado que en el pasado para darse cuenta de que esa "superioridad" sobre otras religiones que el cristianismo se atribuye, es en realidad sólo el resultado de su autoexaltación, autoproclamación, autoentronización, autoelección... que tienen sus raíces en la creencia mítica, y que no tienen ninguna base en la realidad.

Este tipo de arrogancia se nutre, pues, de una teología o, mejor dicho, de una ideología que la Iglesia ha hecho a su medida y que justifica y fomenta la percepción histérica y exaltada de su superioridad.

3 - Se abre una brecha en el exclusivismo

La convicción de la Iglesia católica de que es la única religión querida por Dios y de que tiene la exclusividad de la verdad y la salvación se ha transformado, a lo largo de la historia, en una terrible y poderosa arma de dominación, opresión y "destrucción masiva". Esta convicción ha justificado las guerras de religión, el imperialismo de las naciones cristianas y la conquista de otros continentes por parte de los monarcas cristianos, los horrores de la Inquisición, los movimientos misioneros de evangelización, las masacres de los pueblos indígenas y la destrucción de sus culturas, la esclavitud, la desvalorización de la mujer...

No fue hasta los siglos XIX y XX cuando empezaron a formarse algunas grietas en los muros de hormigón del exclusivismo católico. Habrá que esperar a que surjan las democracias liberales, el liberalismo cultural, económico y social. Habrá que esperar a la globalización, la mezcla de razas, culturas y religiones, provocada por la sociedad de mercado, la internacionalización del comercio, la facilidad de los viajes, los intercambios, la comunicación, así como el

reciente fenómeno de la inmigración masiva provocada por la pobreza y las guerras.

Han sido necesarias todas estas transformaciones, que han derribado prejuicios, han provocado relaciones más tolerantes, una nueva sensibilidad, nuevos paradigmas de comprensión de la realidad, para que la reflexión teológica de la Iglesia haga un esbozo de evolución y revisión de las posturas tradicionales, y para que la Iglesia acepte cierta suavización de su intransigencia y algunas concesiones en sus relaciones "ecuménicas" con otras confesiones.

Para que se acepte la misma importancia y valor de todas las religiones, la modernidad ha tenido que librar el mismo tipo de lucha contra la religión católica que ha tenido que librar, al menos en los países occidentales⁵⁰, contra la lacra social de la homofobia, para conseguir la despenalización y el pleno reconocimiento legal, político y social de los derechos y libertades de los homosexuales.

Creo que debemos alegrarnos de los progresos realizados por la secularización moderna en la mejora de las relaciones humanas. En efecto, al menos en Occidente, la democracia, el laicismo y la secularización han conseguido, en el espacio de unas pocas décadas, que el pensamiento humano pase de la estigmatización y condena de la homosexualidad a la estigmatización y condena de la homofobia; y que el pensamiento cristiano pase de la condena del "pluralismo" de las religiones a la condena de su "exclusivismo", que durante siglos había caracterizado la teología y la praxis de esa religión.

⁵⁰ Desde al menos los años sesenta, y especialmente desde el acontecimiento histórico de la gran manifestación gay en el parque Stonewall de Nueva York, en mayo de 1969. Este acontecimiento fue el origen del movimiento por los derechos de los homosexuales y de la "revolución gay" en Occidente y, posteriormente, en todo el mundo.

Así, al igual que hoy en día en Occidente (¡y subrayo la palabra Occidente!), sería difícil encontrar a una persona culta, abierta y cuerda que piense que la homosexualidad debe ser tolerada como un mal menor, o como un mal inevitable (porque sería una inclinación maligna, contra la naturaleza o "contra la voluntad de Dios"), del mismo modo, sería difícil encontrar a una persona (incluso en los círculos religiosos) que se atreviera a hacer este mismo tipo de discurso sobre las religiones no cristianas.

En la institución católica, este cambio de postura comenzó con el Concilio Vaticano II (1962-1965). Este Concilio reconoció finalmente que los creyentes de otras confesiones religiosas podían salvarse sin abandonar su religión. Sin embargo, se afirma esta posibilidad, precisando que los seguidores de las religiones no cristianas son, en realidad, cristianos en potencia. En efecto, si la institución cristiana (Iglesia) está dispuesta a reconocerles una posibilidad de salvación, esto es posible gracias a la presunción de que, si estos buenos paganos conocieran el verdadero valor y la verdadera naturaleza (¡divina!) de la religión cristiana, se adherirían a ella espontáneamente y de todo corazón. Por lo tanto, según este Concilio, los buenos creyentes de otras religiones se salvan por su deseo inconsciente e implícito de convertirse en cristianos.

Por último, incluso para el Vaticano II, que inventó esta nueva teoría del "inclusivismo", ¡el cristianismo católico sigue siendo la mejor religión!

Hoy en día esta doctrina conciliar está totalmente desfasada. A partir de ahora, en nuestra cultura actual, la variedad y multiplicidad de confesiones y creencias religiosas, lejos de ser considerada una desgracia, una falta, un defecto o un castigo divino, es más bien sentida como uno de los logros más extraordinarios de la espiritualidad humana.

4 - Pluralidad de religiones: una riqueza para la humanidad

Hoy en día, los especialistas en ciencias humanas consideran la diversidad de las religiones como uno de los tesoros más preciados producidos por el espíritu humano. A través de esta polifacética búsqueda de Dios, el ser humano ha manifestado a lo largo de su historia la sublimidad de sus aspiraciones, la profundidad de su sensibilidad y el extraordinario poder de su inventiva.

Los antropólogos e historiadores consideran ahora la exuberante profusión de imaginación, símbolos, creencias, narraciones y doctrinas contenidas en las religiones como obras maestras de la imaginación, la intuición y la sabiduría, a través de las cuales nuestros antepasados fueron capaces de dar forma y vida a la asombrosa variedad de mundos sobrenaturales y paisajes interiores, adaptados al genio, la sensibilidad y las necesidades de cada pueblo y cultura. En estos mundos maravillosos y mágicos frecuentados por los dioses, los individuos de cada país y de cada cultura han podido encontrar, en el transcurso del tiempo, las respuestas a sus interrogantes, los planes y modalidades de la construcción de un buen vivir humano, así como los caminos a seguir para ir al encuentro de lo divino y de su propia felicidad.

La multitud de voces de las religiones del mundo siempre han servido de relevo para que los seres humanos transmitan la infinita variedad de esfuerzos y balbuceos a través de los cuales, en un esfuerzo angustioso, a veces patético, pero siempre admirable, han tratado, desde el alba de los tiempos, de decir algo significativo sobre la naturaleza de Dios y su Misterio.

Los esfuerzos que la persona religiosa realiza a través de la diversidad de religiones para decir Dios, aunque quizá sean inútiles desde el punto de vista cognitivo, son sin embargo muy eficaces para construir la calidad humana y espiritual de

su persona. Estos esfuerzos profundizan su sensibilidad y su profundidad y permiten a su mente y a su corazón acercarse al Misterio Último y, en cierto modo, domesticarlo y sentirlo como una presencia inefable, pero familiar, amorosa y reconfortante, que le ayuda a vivir mejor.

Así que hoy comprendemos mejor que en el pasado que ya no es posible hablar de una "religión verdadera", porque todas las religiones, en cierto modo, lo son. Y todas las religiones, en cierto modo, son falsas, porque todas contienen su parte de errores, supersticiones, faltas, actitudes y comportamientos erróneos y a menudo inhumanos. Por tanto, hoy en día ya no tiene sentido hablar de una religión "superior" a las demás, o "mejor" que otras, como ha hecho la religión cristiana durante dos milenios.

Sin embargo, es necesario aclarar el concepto de "igualdad" de todas las religiones. Es evidente que las religiones no son iguales en el sentido de idénticas. Cada religión tiene su propia fisonomía o rostro, que la identifica y la hace diferente. Pero es cierto que, aunque cada religión prepara la sala del banquete a su manera, aunque los adornos, la ropa de los invitados, la vajilla y la comida sean diferentes, todas las religiones buscan satisfacer el hambre y saciar la sed que la búsqueda de Dios y del sentido ha despertado en el corazón humano. ¡Y esto es lo que cuenta! También es lo que une a todas las religiones. Y en esto, sí, todas las religiones son iguales y todas son igualmente respetables y aceptables⁵¹.

Este reconocimiento de la misma importancia y valor de las diferentes religiones se ha convertido hoy, para la mayoría de la gente, no sólo en una reacción casi instintiva y una actitud psicológica que se da por descontada, sino también

⁵¹ Véase el exhaustivo estudio de José María Vigil: *Teología del pluralismo religioso. Hacia una relectura pluralista del cristianismo*. Colección Tiempo axial, Abya Yala, Quito, 2007, disponible en la red en varios idiomas.

en una obligación y una necesidad social, dada la urgencia actual de frenar el terrorismo y construir la paz.

5 - Aceptación de las diferencias religiosas para construir la paz

Las guerras, las persecuciones a los cristianos, los atentados, el terrorismo de carácter confesional y las motivaciones religiosas que, desde finales del segundo milenio, han trastornado la configuración de nuestras sociedades en todo el mundo, han creado en muchas personas la convicción de que la pretensión de superioridad y la actitud excluyente de las religiones son todavía hoy la causa principal de las divisiones, del odio, de la violencia y de los conflictos sangrientos que padece nuestro mundo. Estas calamidades también han convencido a la gente de que, en el futuro, el mundo sólo vivirá en paz si las religiones consiguen abandonar sus posturas exclusivistas, sus prejuicios condenatorios y discriminatorios y adoptar el comportamiento adulto y civilizado del respeto, la benevolencia y la aceptación mutua de las particularidades y las diferencias.

Una religión que no es capaz de reflejar en la vida cotidiana de las personas a las que se dirige las múltiples facetas de la misericordia, la compasión, la bondad y el amor de Dios que tiene el mandato de promover, no tiene razón de ser. Por el contrario, dicha religión constituye un tumor maligno en el cuerpo de la humanidad que debe ser erradicado a toda costa. Por otro lado, cualquier religión que consiga hacer a las personas mejores y más humanas merece ser preservada, prosperar, ser reconocida y honrada en igualdad de condiciones que todas las demás religiones que hacen lo mismo.

La nueva mentalidad moderna, "integradora" y respetuosa con la diversidad confesional, marca ahora, al menos en Occidente, el fin de los movimientos "misioneros" propios del cristianismo tradicional. También marca el fin del dogmatismo, el adoctrinamiento, la propaganda, el proselitismo

y las estadísticas triunfantes sobre los índices de conversión. Marca el fin de las políticas colonialistas de conquista y la imposición de los "valores cristianos y occidentales" a los pueblos de otros continentes⁵².

Evidentemente, es muy difícil que una Iglesia que ha vivido durante casi dos milenios en una posición de poder, prestigio, auto-exaltación y superioridad, acepte su "degradación" o "retroceso" para pasar a ser una religión entre otras muchas, donde la modernidad la ha colocado ahora. Por lo tanto, podemos comprender la decepción y la frustración de sus dirigentes y el extravío de sus teólogos que construyeron todos sus dogmas y doctrinas sobre el postulado de su origen divino y su superioridad imperecedera.

Terminaré esta sección con una cita de Hubert Reeves, tomada de uno de sus últimos escritos autobiográficos, que confirma maravillosamente lo que acabo de decir: "Confieso que nunca me he sentido cómodo con la palabra 'verdad'. Con los años, he desarrollado una gran desconfianza hacia esa palabra. Es demasiado pesada, demasiado llena de historia... Rezuma censura e inquisición. Oprimimos, quemamos y masacramos en su nombre. La idea misma de la verdad me parece que se basa en una ilusión tenaz: la de encapsular toda la realidad en palabras, la de agotar su sustancia con conceptos claros. No puedo evitar verlo como una estrategia de la mente humana para convivir con el misterio del mundo"⁵³.

⁵² Estos "valores cristianos" fueron considerados en su día como los portadores de la civilización y la salvación eterna. En realidad, muy a menudo resultaron ser "regalos" envenenados, destruyendo innumerables tesoros de arte, conocimiento, sabiduría, espiritualidad en las tradiciones y culturas locales de los países colonizados y "evangelizados".

⁵³ Cfr. Hubert Reeves, *Le banc du temps qui passe. Méditations cosmiques*, Ed. Seuil, 2017, p. 96.





Québec, Paroisse St. Joseph Hull, Primera Comuni3n.



Québec, primeras Cmuniones, 1949



3

LA RELIGIÓN CRISTIANA EN LA MODERNIDAD

Colapso de la religión en Occidente

1 - La muerte de una religión es un fenómeno natural

Hoy sabemos que, a grosso modo, la religión fue una herramienta temporal fabricada en el Neolítico para ayudar a la humanidad a atravesar la difícil etapa evolutiva de su infancia. Durante este período, que duró unos diez mil años (el tiempo de un guiño en el curso global de su viaje evolutivo), la religión cumplió la función parental y autoritaria de guardián, guía, apoyo, compañera, legisladora, maestra... para que los humanos pudieran afrontar más fácilmente las vicisitudes de su crecimiento hacia la edad adulta de responsabilidad, autonomía y conocimiento.

Como toda misión parental y formativa, la de la religión es necesariamente una tarea temporal. Normalmente cesa cuando los niños, convertidos en adultos independientes, que ya no necesitan el apoyo de sus padres, y abandonan el hogar de su infancia. Este abandono es un fenómeno completamente natural e incluso necesario para cualquier progenitor que quiera realizarse humanamente.

Si aceptamos como plausible la hipótesis de que, unas decenas de miles de años después, la humanidad haya conseguido superar la fase de su infancia y adolescencia y que ahora haya alcanzado la edad de la madurez, podemos suponer que el actual abandono de la tutela de la religión por parte de la mayoría de los occidentales es quizá un fenómeno perfectamente natural. Este fenómeno puede considerarse incluso una buena noticia. Es, de hecho, una prueba positiva más de la realidad y la eficacia de la dinámica evolutiva que está moviendo continuamente nuestro Universo y sus partes componentes hacia formas de ser más logradas.

Es entonces tal vez normal que una estructura de apoyo (religiosa), puesta en marcha en el Neolítico por el ingenio y la inventiva humana para ayudar a las sociedades primitivas de aquellos tiempos remotos a organizarse y funcionar, se convierta, diez mil años después, en una estructura obsoleta que hay que dejar de lado.

La concepción actual del mundo ya no tiene el carácter estático, fijo y definitivo que tuvo en el pasado. La percepción moderna de la realidad se guía ahora por el sentimiento y la convicción instintivos de la "impermanencia" –dicen los budistas– de todas las cosas. En su evolución mental, la persona moderna ha comprendido, como lo hizo en su día el filósofo griego Heráclito (siglo VI a.e.c.), que en el Universo en el que vivimos todo es flujo, cambio, variación y transición; que nada es fijo, absoluto, determinado y establecido de una vez por todas. La ciencia moderna, en cambio, aborrece las afirmaciones categóricas y definitivas.

2 - Una crisis de la religión mayoritaria en Occidente

Si tenemos en cuenta que en la historia evolutiva de la humanidad el abandono de la religión es probablemente un fenómeno evolutivo normal, este fenómeno no es sin embargo uniforme. De hecho, hoy es más visible y está más

extendido en Occidente. Esto se debe probablemente a que, debido a sus propios factores y circunstancias históricas, Occidente ha logrado la independencia de la religión más rápidamente que otras culturas del mundo, mientras en otros continentes las creencias continúan siendo fuertes, la práctica religiosa es saludable y las religiones prosperan.

La desafección de la religión cristiana que afecta hoy al mundo occidental es esencialmente cultural. Tiene sus raíces en el humanismo del Renacimiento italiano del siglo XV; en el movimiento de la Ilustración de los siglos XVII y XVIII; y en la revolución industrial del siglo XIX. Se desarrolló especialmente a partir de la Revolución científica del siglo XVI, y con el acúmulo de la ciencia y el conocimiento de los siglos XX y XXI.

La cultura occidental es, pues, heredera de un proceso ininterrumpido de secularización y descristianización que dura ya al menos cinco siglos. Es el producto de la "razón pura", de la "muerte de Dios", del progreso industrial, tecnológico y científico, del conocimiento, de las ecuaciones, de la experimentación científica como único criterio de verdad, de los algoritmos informáticos, de la realidad virtual, de la inteligencia artificial, de las cartas de derechos y libertades, del valor absoluto e inalienable de la persona....

La crisis religiosa actual en Occidente es también una crisis de identidad. Occidente ya no se reconoce en las "verdades", principios, convicciones, creencias y valores que ha recibido de su pasado cristiano y que lo han "programado" casi totalmente, forjando su "personalidad" y construyendo su identidad.

La continua acumulación de transformaciones desde el siglo XVII hasta nuestros días ha conducido, en Occidente, a la "emergencia" de un nuevo tipo de ser humano que piensa, sabe, conoce, siente, reacciona de forma radicalmente distinta a sus homólogos del pasado y a los actuales de otras par-

tes del globo. Casi podría decirse que se trata de una nueva especie humana que funciona según otros criterios de juicio, otros paradigmas de pensamiento, y que habita otro mundo.

Hoy, por primera vez en la centenaria historia de Occidente, asistimos a la aparición de una generación de individuos que han crecido sin ningún contacto con la religión. Son niños nacidos a principios del tercer milenio de padres que ya habían adoptado la indiferencia religiosa como forma de pensamiento y de vida. Esta generación de indiferentes ya no se preocupa por la religión y no siente la necesidad de pertenecer a ninguna iglesia o denominación. Para esta categoría de personas el fenómeno religioso no sólo es insignificante, sino simplemente inexistente. Esta generación está evolucionando y prosperando en un universo sin religión y, probablemente, sin Dios.

Para este tipo de individuos, las discusiones sobre las religiones, tanto las buenas como las malas, ya no tienen sentido, y esa idea ni siquiera les pasa por la cabeza. Y aquellos de entre ellos que son conscientes de que todavía existe una religión, la ven como un fósil del pasado y, por tanto, como un fenómeno completamente superado, que sólo interesa a minorías marginales con las que no quieren tener ninguna relación⁵⁴.

Los antropólogos modernos nos dicen que la aparición de este nuevo tipo de humano marca probablemente el comienzo de una nueva época, un "tiempo axial"⁵⁵ en la

⁵⁴ Esta nueva cultura de indiferencia religiosa lleva a historiadores y antropólogos a afirmar que Occidente está "perdiendo su alma". Con esto quieren decir que Occidente corre el peligro de perder no sólo sus tradiciones religiosas, prácticas, creencias y conocimientos, sino que, al desconectarse de su pasado cristiano, también corre el peligro de perder su identidad y la capacidad de comprender y apreciar las extraordinarias riquezas de su patrimonio cultural y artístico.

⁵⁵ La expresión es de Karl Jaspers, tomada de su libro: *The Origin and Goal of History*, Yale University Press, New Haven, USA, 1953. *Origen y meta de la Historia*. Alianza, Madrid 1980.

historia evolutiva de la humanidad, porque se encuentra en la línea divisoria (el eje, un antes y un después) de dos mundos diferentes e incompatibles.

Sin embargo, hay que admitir que si en Occidente una gran parte de la población ha dado la espalda a la religión cristiana, no es porque los occidentales se hayan vuelto repentinamente insensibles a la búsqueda de Dios⁵⁶, o indiferentes a una dimensión más espiritual de su existencia. De hecho, Occidente abandonó la religión sólo porque ya no podía adherirse ni al pensamiento mítico ni a la visión precientífica de la Realidad que la religión seguía proponiendo; y que, por tanto, existía una incompatibilidad radical entre estos dos antiguos socios que hacía imposible cualquier forma de diálogo e interacción.

En estos dos sistemas (la sociedad civil secular y la religión) los conceptos ya no tenían el mismo contenido; las palabras ya no tenían el mismo significado; las personas ya no tenían la misma percepción de los valores; funcionaban según otras reglas, estaban motivadas por otros sentimientos y otros propósitos. Los antropólogos dicen que, en Occidente, el divorcio de esta pareja que siempre había vivido y funcionado junta en un estado de unión existencial casi fusional es la consecuencia inevitable del movimiento evolutivo de la historia humana.

Este cambio de actitud hacia la religión, típico de Occidente, está destinado casi inevitablemente a afectar a otras poblaciones del globo, cuando, tras el paso del tiempo, dejen de sentir la necesidad de la tutela de una religión.

⁵⁶ Para muchos modernos Dios se entiende como la Energía Fundamental, el Misterio Último, la Fuente Primordial en el origen del "Universo" o "Multiverso", así como del proceso evolutivo de la materia cósmica hacia la complejidad.

3 - Una religión que ha venido a hacerse imposible

Para entender las causas del fenómeno de la "secularización" y "descristianización" del Occidente moderno, es importante tener en cuenta que históricamente la cultura occidental se formó bajo la influencia del cristianismo. Pues bien, todo el universo doctrinal de esta religión se basa en una representación o comprensión "heterónoma"⁵⁷ de la Realidad. Esto significa que, según esta religión, la Realidad está formada por dos mundos superpuestos y diferentes, que se desarrollan en paralelo y en interdependencia esencial. El mundo de arriba (superior, más perfecto, espiritual, sede y morada de una deidad omnipotente y omnisciente) domina, dirige y ordena el mundo de abajo (inferior, imperfecto, maligno, material, habitado por miserables mortales).

La convicción de la existencia de estos dos mundos ha constituido el axioma que, durante siglos, ha impregnado todo el universo mental tanto del mundo religioso como del civil o profano. La fe en esta "heteronomía" ha sido la harina con la que se ha amasado el pan de la cultura, el conocimiento, la teología, la ética y la espiritualidad en Occidente. Nada se le ha escapado. En la religión, los dogmas, la catequesis, el magisterio oficial, la reflexión teológica, los ritos, la oración, todo, absolutamente todo, se tocaba con esta música, se tejía y se desarrollaba con el telón de fondo de este mito.

Hoy en día las mentalidades son tales que los individuos son ya incapaces de adherirse a afirmaciones basadas exclusivamente en argumentos de autoridad y en "verdades" que no están respaldadas, verificadas o comprobables por los procedimientos de la sana lógica o por las técnicas de análisis y experimentación. El tiempo del pensamiento mítico y su imposición autoritaria ha terminado definitivamente.

⁵⁷ El adjetivo "heterónomo" proviene de la palabra griega *eteros*, que significa "otro", "diferente".

Sería demasiado largo hacer una lista exhaustiva de las aporías, paradojas y extrañezas propuestas por las Iglesias cristianas a la fe y al asentimiento de sus fieles. Me limitaré a presentar aquí algunos ejemplos, para ayudar al lector a comprender mejor las razones básicas que llevan a muchos cristianos de hoy a distanciarse de la religión.

En la sociedad occidental actual, cada vez hay menos personas capaces de tomarse en serio un discurso que les habla de un Dios (Theos) en el cielo, rodeado de ángeles; que revela su voluntad y las "verdades" que hay que creer en la Biblia; que vela por los humanos; que se inmiscuye continuamente en sus asuntos; que se enfada y castiga a los malvados.

En la cultura occidental, es difícil creer las historias de una institución religiosa que justifica su existencia, autoridad, poder y doctrinas por la voluntad divina o un mandato de un Theos de allá arriba.

Ya no es posible tomar en serio una religión que pretende haber sido fundada por un Hijo de Dios que vino a la Tierra en forma humana y que permanece siempre entre nosotros, escondido en unas hostias, "consagradas" en el curso de un rito religioso.

Uno se resiste a la proclamación de un Dios que habla infaliblemente a través del Papa de Roma. Uno ya no es capaz de escuchar las palabras de un Sumo Pontífice que, auto-convencido convencido de conocer las exigencias de la voluntad de Dios, prohíbe a las parejas el uso del preservativo; les ordena que se casen por la iglesia, que tengan muchos hijos y que permanezcan juntos el resto de sus vidas, aunque su amor haya muerto y haya sido enterrado hace tiempo.

Se niegan a aceptar la idea, propuesta por la religión como una verdad dogmática, de que todo niño que viene al mundo es un ser loco, una criatura fundamentalmente mal-

vada y contaminada por un defecto transmitido desde los orígenes de la humanidad.

La historia de un "pecado original" que se adhiere a la piel del ser humano, y que es la causa de su corrupción de bienes y de su predisposición al mal, sólo puede considerarse estúpida y ridícula. Un mal, además, del que el ser humano es considerado responsable y, por tanto, tratado por Dios y su Iglesia como culpable y delincuente.

Hoy en día no podemos seguir una religión que se proclama portadora de verdades definitivas y absolutas contenidas en libros sagrados (la Biblia), dictados o inspirados a los humanos directamente por Dios. Más bien se prefiere considerar estos libros, así como los mitos, cuentos, visiones y "revelaciones" que contienen, como contribuciones humanas al desciframiento del Misterio Último, y como el "diario" de las aventuras de los diferentes pueblos en su viaje en busca de Dios.

Hoy ya no queremos una religión que imponga, obligue, dicte, dirija, prometiendo a cambio una felicidad que no es de este mundo.

Ya no es posible entender y aceptar la espiritualidad "dolorista-masquista" de una religión que celebra el dolor como medio de salvación, haciendo del sufrimiento, del sacrificio, de la mortificación voluntaria, de la "renuncia al mundo y a sus pompas" la medida de la perfección y de la santidad de los creyentes.

La mentalidad occidental moderna nunca podrá entender las contorsiones teológicas o psicológicas con las que la espiritualidad cristiana ha llegado a advertir a los humanos contra los peligros del placer (especialmente el de la "carne"), haciéndoles creer que, cuantos menos placeres tengan en esta vida, más tendrán en la otra. Intentando convencerles de que el placer sexual, que parece tan bueno para sus cuerpos, es, en realidad, muy malo para sus almas. Porque el placer

que agrada mucho al humano en la tierra, no agrada en absoluto al Dios del cielo. Por ello, Dios sólo se deleita y se complace en ver la castidad, la continencia, las privaciones y los sufrimientos de sus adoradores⁵⁸.

Hoy en día, un discurso que pretende presentar el "cuerpo" y la "materia" como algo negativo y malo, ya no es aceptable. Después de Max Planck, Schrödinger, Einstein, Heisenberg... la gente culta sabe ahora que la materia es buena, incluso sorprendente; que la materia es todo lo que existe y todo lo que somos. En efecto, han aprendido que lo que solemos llamar "materia" no es más que la forma "visible" de la energía, hecha de ondas, vibraciones, interacciones y elecciones cuánticas de partículas elementales que se convierten en quarks, hadrones, nucleones, átomos, materia, acción, vida, conciencia, inteligencia, mente e impulsos de amor en el ser humano. Materia que, por tanto, puede considerarse como una forma de "encarnación" de las Fuerzas Misteriosas que sustentan la existencia y la evolución de nuestro Universo.

Rechazamos, hoy en día, el discurso derrotista de una religión que pretende convencer de que la vida del ser humano es un tiempo que Dios le ha asignado para su salvación; que es, por tanto, esencialmente un tiempo de luchas y pruebas ("un valle de lágrimas"), una vida de miseria y sufrimiento que debemos soportar con resignación y paciencia, para "ganar" o "merecer" nuestro paraíso.

Hoy en día, las personas inteligentes sienten y saben instintivamente que es un puro disparate hacer de Dios la causa de nuestra felicidad o desgracia. Saben que los humanos somos los principales responsables del bien y del mal que nos sucede. Así que se rechaza y se descalifica de ante-

⁵⁸ Cfr. Frédéric Martel, *Enquête au cœur du Vatican*, Éd. Robert Laffont, París, 2019,

mano una religión que atribuya todo a una voluntad divina y fomente una actitud de sumisión pasiva que produzca resignación y fatalismo.

Hoy, en Occidente, entre los cristianos todavía practicantes, a muchos les resulta cada vez más penoso participar (en las iglesias) en ritos religiosos en los que se les empuja continuamente a la autoacusación, al autodesprecio y a la confesión de su estado de "pecadores" empedernidos.

Otros, simplemente ya no aceptan formar parte de una religión que les considera y trata como individuos fundamentalmente malos y culpables; eso destruye su autoestima, así como su sentido de valía y de bondad.

En Occidente hace tiempo que se dejó de creer en una religión que sigue predicando que "el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios", es el "centro" del Universo, el amo y señor indiscutible de la Tierra, el interlocutor privilegiado de Dios y el objeto principal de sus intereses y preocupaciones.

Hoy hemos aprendido, quizá más que en el pasado, a relativizar y relativizar los acontecimientos. Hoy sabemos y sentimos instintivamente que si Dios existe, tendría otras cosas de las que preocuparse, más que de entrometerse en los asuntos cotidianos de un pequeño mamífero, dotado de una pequeña inteligencia, viviendo una vida pequeña, en un pequeño planeta que gira alrededor de una pequeña estrella, perdido entre miles de millones de otras estrellas en una pequeña y banal galaxia, situada en un Universo donde las galaxias se cuentan por cientos de miles de millones y los planetas (casi seguro que habitados por otras pequeñas inteligencias) por cientos de miles de millones de millones.

Cuando se considera todo esto, se entiende por qué, finalmente, el hombre occidental ya no tiene gran necesidad del dios (theos) de la religión, de sus mitos y creencias para caminar con confianza y seguridad por los caminos de la vida. Lo que percibe, lo que sabe, lo que siente, gracias a su

nuevo conocimiento y a su nueva espiritualidad, le basta para sentirse una parte importante del Todo, una nota indispensable en la inmensa sinfonía cósmica y para dar plenitud y sentido a su existencia.

Las religiones: un peligro para la humanidad

Hoy vemos que nuestro Planeta está gravemente enfermo. Nos damos cuenta de que la supervivencia de la humanidad está amenazada por la lucha por el poder, la codicia y la estupidez humana. Estos factores son responsables de los nacionalismos que se afirman, del resurgimiento de los conflictos armados y de la proliferación de las armas nucleares. A esto hay que añadir el nuevo fenómeno del continuo deterioro ecológico del Planeta (contaminación de la biosfera, calentamiento global y cambio climático), provocado por la explotación insensata de los recursos naturales y la destrucción salvaje de los ecosistemas indispensables para salvaguardar los equilibrios y las condiciones necesarias para el mantenimiento de la vida.

Hoy sabemos que, para asegurar un futuro a nuestra humanidad, la única solución no sólo pasa por renunciar al engaño capitalista del crecimiento económico continuo, y del consumo excesivo, sino también por la voluntad de los humanos de renunciar a sus particularismos, para convertirse en una comunidad de "terricolas" responsables y dispuestos a compartir. Renombrados filósofos y economistas han denunciado hace tiempo el absurdo y la sinrazón del individualismo (capitalista) de nuestra cultura⁵⁹.

Los ecologistas y los científicos nos advierten que, si no se hace nada, si el compromiso común, la cooperación, la solidaridad y la buena voluntad de todos los humanos no se hacen realidad, la casa común se derrumbará y todos pereceremos bajo sus ruinas.

⁵⁹ Cfr. Thomas Piketty, *Le Capital au XXI^e siècle*, Seuil; Capital et idéologie, Seuil 2019.

Sólo la conciencia global de nuestros excesos, la responsabilidad de los gobiernos con la de sus ciudadanos y la participación de todos los países, podrán evitar la catástrofe. Desgraciadamente, los seres humanos seguimos divididos en etnias, pueblos, naciones, culturas y religiones que no muestran signos de unión. La causa principal de esta división no se encuentra principalmente en las diferencias y las divisiones que existen a nivel de los sistemas económicos, las estructuras políticas y el rendimiento tecnológico, sino en las mentalidades y, sobre todo, en las creencias religiosas.

Los gobiernos siguen contrayendo matrimonios de conveniencia e intereses con las religiones para reforzar sus políticas nacionalistas de hegemonía y poder, como ha ocurrido en la América cristiana de Donal Trump, la Rusia ortodoxa de Vladimir Putin, la Arabia Saudí suní de Mohamed ben Salman, el Estado judío de Israel, el Irán chií de Jomeini.

Es un hecho que, en el mundo, las religiones han sido, y siguen siendo, una de las principales causas de división en el pasado y en el presente. Debido a sus dogmas revelados, a sus convicciones de poseer la verdad y de estar del lado de Dios, que a menudo degeneran en fundamentalismos y actitudes fanáticas e intolerantes, las religiones crean, mantienen y fomentan los exclusivismos, los particularismos y los enfrentamientos entre las personas.

Como señaló Y. N. Harari, en el siglo XXI las religiones ya no traen la lluvia; ya no salvan las cosechas de la plaga de langostas; ya no curan las enfermedades. En cambio, ayudan a determinar el "nosotros" frente al "ellos". A través de sus tradiciones y su fe, las religiones unen a ciertas clases de personas, pero las distinguen y las diferencian de todas las demás⁶⁰.

⁶⁰ Cfr. Harari, *Homo Deus*.

Las religiones siguen siendo importantes mientras produzcan cohesión, colaboración, fraternidad y paz en una sociedad y entre los pueblos. Sin embargo, pueden convertirse fácilmente en calamidades si se convierten en causas de antagonismo y rivalidad.

En la actualidad, por desgracia, según la perspicaz opinión de Harari, las religiones tradicionales son más parte de los males y problemas de la humanidad que sus remedios y soluciones. Por lo tanto, sería insensato subestimar su importancia y su peso en el equilibrio de poder mundial. Las religiones siguen teniendo un gran poder político, ya que pueden cimentar las identidades nacionales e incluso desencadenar la Tercera Guerra Mundial⁶¹.

En el estado actual de las cosas, puede decirse que las religiones son uno de los obstáculos para reunir, colaborar y poner en común la inteligencia, las técnicas, los esfuerzos y el capital necesarios para contrarrestar o limitar las consecuencias de un desastre ecológico global.

En los anales de la historia de la humanidad, sería un capítulo de humor trágico, casi burlesco, si un día hubiera que contar que la raza humana desapareció de la faz de la tierra porque los humanos del siglo XXI o XX fueron incapaces de unirse para salvar a su Planeta de la catástrofe, debido a las creencias religiosas que los dividían y oponían. La ironía final sería entonces que las religiones, nacidas para salvar a la humanidad, habrían sido de hecho la causa de su perdición.

La Iglesia católica en la trampa del poder

El movimiento espiritual que surgió de la predicación de Jesús de Nazaret y que los escritos del Nuevo Testamento

⁶¹ Cfr. Harari, *21 lecciones*, pp.151-156 .

llaman "el Camino"⁶², duró apenas tres siglos. Durante este tiempo, los discípulos de Jesús caminaron con fervor y alegría por el Camino marcado por Jesús, buscando conformar su vida y su praxis al estilo de vida y al espíritu de su Maestro.

Este período puede considerarse la juventud del cristianismo. Un período marcado por el ímpetu de los comienzos, la frescura del mensaje recibido, el entusiasmo de la novedad y la alegría de poder compartir, entre hermanos, las riquezas de la herencia espiritual dejada por Jesús. Esta fase, por desgracia, llegará a su fin en el siglo IV, cuando el Camino sea reclamado por la política imperial y transformado en una religión de Estado. Esta transformación vaciará al movimiento cristiano de su originalidad, de su novedad y de la carga humana y contestataria que hasta ahora lo había hecho triunfar.

La nueva religión, nacida de la paz constantiniana, se separará progresivamente del Camino y se desarrollará al margen, y a menudo en oposición a él y lejos de la figura histórica del Hombre de Nazaret.

A partir del siglo IV, pues, el cristianismo, reforzado en adelante por la protección y el favor de los emperadores, se configurará sobre el modelo de la antigua religión imperial pagana (grecorromana), adoptando su vocabulario, sus ritos, así como las formas de su gobierno y su estructura jurídica. Así es como entran en el lenguaje cristiano los conceptos de sagrado y profano, pontífice, sacerdocio, cura, altar, sacrificio, jerarquía, autoridad, poder, etc., completamente ajenos al contenido y al espíritu de sus orígenes.

Los dignatarios cristianos se dividirán en "órdenes" jerárquicos (como en la religión pagana imperial) y dotados de parte de la autoridad y el poder imperial. Además, se

⁶² Cfr. Hch 9,2; 16,17; 19,9; 19,23; 22,4; 24,14.

instalarán en ricos palacios, se rodearán de una corte, mantendrán el sentimiento de su dignidad y los escalofríos de su vanidad mediante la fantástica multiplicación de títulos e insignias, mediante el lujo y la elegancia de sus vestidos y mediante la solemnidad de su ceremonial. Los cristianos laicos, por su parte, saldrán de la oscuridad de las catacumbas para reunirse triunfalmente en suntuosas basílicas.

La nueva religión imperial con coloración cristiana acabará teniendo poco en común con el Camino. Su fundador ya no es el humilde profeta de Nazaret, sino dos emperadores romanos⁶³, y cuatro concilios ecuménicos⁶⁴.

A partir de entonces, todo cambió muy rápidamente. En el siglo IV, el cristianismo apenas representaba una décima parte de la población del Imperio Romano (unos cincuenta millones) y estaba presente principalmente en Asia Menor (actual Turquía) y el norte de África. Nacido entre las clases trabajadoras, se fue ganando el favor de las clases altas y de las élites intelectuales y urbanas. Ahora, con el apoyo imperial, despegaría y se convertiría en pocas décadas en la única religión oficial del imperio.

⁶³ El 13 de junio de 313, el emperador Constantino, de acuerdo con su homólogo en Oriente, Licinio, promulgó en Milán un edicto de tolerancia que reconocía el derecho de todo individuo a seguir la religión de su elección. El Edicto de Milán también levantó las prohibiciones contra la comunidad cristiana. Su sucesor Teodosio, con el Edicto de Tesalónica, en 380, proclamó el cristianismo como la única "religión" oficial del Imperio Romano. El emperador Teodosio, al transformar "el Camino" en una "religión", no sospechó que estaba cambiando el espíritu del movimiento espiritual lanzado por Jesús de Nazaret y que, en cierto modo, lo estaba condenando a muerte por segunda vez.

⁶⁴ Nicea (325), Constantinopla (381), Éfeso (431), Calcedonia (451). En el siglo IV, el cristianismo apenas contaba con una décima parte de la población del Imperio Romano (unos cincuenta millones). Estaba especialmente presente en Asia Menor (actual Turquía) y en el norte de África. Nacida en las clases populares, en pocas décadas despegaría y se convertiría en la única religión oficial del imperio.

Fue entonces cuando se crearon las premisas y condiciones para que la nueva religión tomara la configuración y estructura jurídica que la caracteriza hasta hoy: la de una monarquía absoluta y totalitaria, con un soberano (el Papa) que tiene la autoridad suprema y los poderes inmediatos y universales sobre toda la Iglesia⁶⁵.

Con el tiempo, el Papa, a la cabeza de la nueva religión cristiana, asumirá la postura enfática del Gran Monarca y del *Summus Póntifex* (Sumo Pontífice) que cree que el humilde campesino de Nazaret, el hijo del carpintero, el rebelde y el manifestante inconformista, ejecutado como un vulgar delincuente, no era la persona más adecuada para representar dignamente a una religión "imperial", ni para ser su héroe y principal protagonista. Una religión imperial necesitaba ahora una figura mucho más noble, más elevada y, sobre todo, mucho más "divina" que aquel extraño y extravagante campesino de Galilea, para ser presentada a la admiración y adoración de los fieles.

Como ya hemos señalado anteriormente en este estudio, la nueva religión se encargará entonces de divinizar al Hombre de Nazaret, transformándolo en Hijo de Dios, Pantocrátor, Cristo y Señor, para sentar de una vez por todas las bases "divinas" de su poder. También lo dotará de títulos y poderes imperiales: pontifex maximus, "sumo pontífice", sacerdote, "sumo sacerdote", que con su sacrificio personal realizará la salvación del mundo.

En este nuevo contexto histórico, el mensaje original de Jesús pasará pronto a un segundo plano frente a los intereses y preocupaciones de las autoridades eclesiásticas. El "cristianismo" de Jesús (que critica y condena el poder, la riqueza, los títulos, los honores y la vanidad) es, de hecho, arduo, desestabilizador, perturbador, indigesto para aquellos grandes

⁶⁵ Canon 331 del Derecho Canónico, ya citado, nota 42.

jerarcas (papas, cardenales, obispos...) que están mimados por el lujo, la riqueza y el poder y que, por tanto, prefieren no enfrentarse demasiado a ellos.

En consecuencia, a lo largo de los siglos, los contenidos más inquietantes del Evangelio han sido lenta pero sistemáticamente reinterpretados, atenuados, suavizados, alterados y, a menudo, dejados de lado o abandonados. Y esto, a pesar de que la Iglesia siempre se presentó abiertamente como la custodia fiel y la intérprete fiable de la herencia y el proyecto de Jesús.

Por otro lado, los contenidos de las doctrinas y dogmas establecidos por los concilios ecuménicos de los siglos IV y V invadieron casi todo el escenario de la fe y la actuación religiosa de la Iglesia, y sustituyeron prácticamente, en la fe de los cristianos, los contenidos de los Evangelios, marginando gran parte de la enseñanza original de Jesús de Nazaret.

La Iglesia romana logró imponerse y extenderse en Occidente durante más de quince siglos en virtud de una política constante de acuerdos y alianzas con las monarquías y gobiernos seculares de cada época, pero sobre todo mediante un estricto sistema de vigilancia y represión destinado a sofocar y eliminar de raíz toda desviación, contestación, duda y oposición a la "sana y santa ortodoxia".

Si esta Iglesia, a lo largo de su historia, ha conseguido mantener casi intacto el "depósito" de su fe (es decir, el patrimonio de sus creencias y dogmas) y la sumisión de sus fieles, no ha sido tanto en virtud de sus convicciones y de la libre adhesión de éstos, como, principalmente, a través de un despiadado sistema represivo basado en la constricción, la amenaza, el miedo y el castigo.

Durante siglos, este régimen de vigilancia produjo no sólo enormes rebaños de "ovejas", sino también un gran número de herejes y cismáticos. Provocó guerras y feroces

persecuciones. Ha encendido innumerables hogueras y se ha cobrado miles de víctimas dentro de la "santa Iglesia", nacida del espíritu de Jesús para encarnar la acogida, la ternura, la compasión y el amor de Dios en el mundo.

La Iglesia católica y el rechazo de la modernidad

Cuando la Iglesia, a mediados del siglo XIX, se vio obligada a abandonar sus políticas opresivas de control y sus prácticas inquisitoriales, como consecuencia de los cambios de mentalidad provocados por la revolución cultural de la Ilustración y la secularización de las mentalidades, comenzó su lento pero constante e inexorable descenso hacia la insignificancia y la decadencia⁶⁶.

Sin embargo, uno no muere sin una última salida y una última lucha. La religión imperial que ha conocido siglos de triunfo, esplendor, éxito y gloria no se resignará a desaparecer en el mar del rechazo, el olvido y la indiferencia sin luchar, gritar y lanzar los últimos salvavidas al agua. Aunque sus antiguos dogmas y doctrinas van perdiendo interés y tienen cada vez menos fuerza entre los creyentes, se niega a representar el papel de la esposa abandonada que acepta su destino con estoicismo y resignación, tratando de sobrevivir lo mejor posible en un hogar que ya parece definitivamente acabado.

⁶⁶ La Ilustración es un movimiento cultural, filosófico, literario e intelectual que surgió en la segunda mitad del siglo XVII con filósofos como Spinoza, Locke, Bayle y Newton, antes de desarrollarse en toda Europa, especialmente en Francia, en el siglo XVIII. Por extensión, este periodo se llamó la Ilustración. Esta corriente filosófica combate la irracionalidad, la arbitrariedad, el oscurantismo y la superstición de siglos pasados y celebra el triunfo de la razón sobre la fe y las creencias religiosas. A la larga, el movimiento ilustrado privó a la Iglesia católica del apoyo de los Estados seculares, que habían puesto a su disposición su "brazo secular" para llevar a cabo las torturas y ejecuciones del tribunal eclesiástico de la Inquisición (1834: fin de la Inquisición española; 1856: último juicio de la Inquisición en Ciudad de México).

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la Iglesia católica, a través de sus papas, adoptó, frente al mundo moderno, la actitud gruñona y cascarrabias de la esposa traicionada y abandonada. Por lo tanto, irá a la guerra contra la modernidad, acusándola de anticlerical y atea. Combatirá las nuevas ideas representadas por el racionalismo, el modernismo, el laicismo, el socialismo, el comunismo y especialmente el "liberalismo". Se enfadará a muerte con este "liberalismo" que proclama y propone actitudes tan inauditas y, para ella, absurdas, como la libertad de conciencia, de culto, de religión, de pensamiento, de opinión, de prensa y de enseñanza. Libertades malditas que le privan a ella del control de las conciencias, de su autoridad moral, de su influencia, y del monopolio de la verdad.

Esta negación global de la modernidad y de sus corrientes de pensamiento, por parte de los papas de la época, en ningún sitio está mejor expresada que en la lista de errores modernos del *Syllabus* del Papa Pío IX (1864)⁶⁷, y en la encíclica *Libertas Praestantissimum* de León XIII.

Los textos delirantes y el tono altivo, presuntuoso, arrogante e intransigente de los documentos papales de este período, son la reacción típica de cualquier institución de poder cuando descubre su vulnerabilidad y sus debilidades y se enfrenta inexorablemente a la amenaza real de su colapso. El contenido del *Syllabus* será explotado, durante los debates de 1905 sobre la separación de la Iglesia y el Estado, por los opositores de la Iglesia, para mostrar lo incompatible que es la religión católica con la modernidad y el laicismo.

⁶⁷ Pío IX, en la encíclica *Quanta Cura* (1864), condenó los "monstruosos errores" del liberalismo en la sociedad moderna. En un documento anexo ("*Syllabus*"), elabora una lista de 80 errores graves, el principal de los cuales, situado al final de la enumeración, sería afirmar que "el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y comprometerse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna".

Sin embargo, con el paso del tiempo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, el papado pareció estar dispuesto a romper su rigidez y hostilidad y a firmar compromisos con la modernidad. Con el Concilio Vaticano II de los años sesenta, la Iglesia católica quiere mostrar su intención de acercarse al mundo moderno y reconciliarse con el espíritu de los tiempos que exige más apertura, más flexibilidad de ideas, más libertad, más tolerancia, más espontaneidad y corresponsabilidad dentro de la Iglesia.

Si embargo, el idilio de la Iglesia con la modernidad, que el Concilio Vaticano II parecía haber suscitado, tendrá una vida corta y durará sólo unos quince años. La estructura, las doctrinas y las prácticas del catolicismo estaban demasiado arraigadas en una "tradición" secular de conformismo dogmático, dominación y poder, como para que las altas esferas de la dirección eclesial se resignaran a abandonarla.

Así, primero tímidamente, el Papa Pablo VI (*Encíclica Humanae Vitae*), y luego decididamente el Papa Juan Pablo II de Polonia, se apresuraron a recuperar todo lo que el Concilio había cambiado; a cerrar todo lo que el Concilio había abierto, instituyendo, a lo largo de su pontificado, una política de liquidación sistemática de los avances del Vaticano II.

Mirando hacia atrás, nos damos cuenta hoy de que el Concilio Vaticano II murió antes de nacer. Nació de la utopía e ilusión de una franja de obispos y teólogos más abiertos y liberales de los años 50 y 60. Éstos habían creído que era posible "*aggiornare*", es decir, poner al día, actualizar, modernizar, renovar la Iglesia católica, sintonizándola con el "espíritu de los tiempos". Lo que faltaba, sin embargo, era una verdadera determinación de cortar las creencias, doctrinas, prácticas y estructuras eclesíásticas obsoletas, y a menudo perniciosas heredadas del pasado, así como una verdadera preocupación por mejorar la conformidad general de la Iglesia-institución con el espíritu original de Jesús de Nazaret.

Los padres del Concilio Vaticano II creyeron que podrían renovar la Iglesia introduciendo, aquí y allá, algunas concesiones a la modernidad, algunos ajustes en el sistema totalitario de gobierno; algunos enfoques nuevos en la interpretación de los textos bíblicos; algunas transformaciones en el idioma del culto; algunos ajustes en el Derecho Canónico, sin tocar el fondo de la estructura absolutista e imperial de la Iglesia católica romana, causa principal de muchos de los males y atolladeros de los que el Concilio Vaticano II quiso liberarla.

Pensar que se puede hacer caminar a la Iglesia por la senda de una mayor sensibilidad democrática; pensar que se puede convencer al Papado para que suelte y descentralice su poder; pensar que se puede establecer un sistema de corresponsabilidad y auténtica colaboración en la Iglesia, dando mayor libertad, derechos y poder de decisión tanto a los obispos como al "Pueblo de Dios"; pensar que todo esto se podía conseguir sin tocar la estructura dictatorial de esta teocracia y sin la voluntad de recuperar el Espíritu perdido del Camino original... ésa fue la ilusión y el error de los padres del Vaticano II.

En realidad, el Papa polaco Wojtyla, elegido unos años después del fin del Concilio Vaticano II, al frente de la Iglesia, católica bajo el nombre de Juan Pablo II y que la gobernó durante 27 años (1978-2005) con el espíritu y la autoridad de un monarca de la Edad Media, consideró las innovaciones y las propuestas del Vaticano II como ataques y traiciones contra la tradición sagrada de la Iglesia y su patrimonio doctrinal. Consideraba que las propuestas deseadas y recomendadas por los padres conciliares eran concesiones imprudentes a la modernidad, grietas peligrosas que podían agrietar y poner en peligro la solidez del marco de la Institución católica, construida esencialmente sobre el poder absoluto de los papas. Las libertades que el Concilio permitió a los cristianos

fueron percibidas e interpretadas por este papa polaco como ataques a su autoridad soberana y, por tanto, como un debilitamiento de la estructura divina de la Iglesia que Dios le había confiado.

El pontificado de Juan Pablo II, seguido del de Benedicto XVI que continuará y exacerbará su espíritu y sus prácticas medievales, marcará el fin del Concilio Vaticano II y el inicio de una involución y descarrilamiento ideológico que, en las dos primeras décadas del siglo XXI, llevará a la Iglesia católica a enfrentarse a una crisis "existencial" de una magnitud e intensidad nunca antes conocidas⁶⁸.

La Iglesia Católica y la obsesión moral

A falta de seguir los pasos del Vaticano II, la Iglesia católica, con los Papas Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI, descubrirá una nueva vocación y una nueva misión en el mundo.

Como acabamos de ver en el capítulo anterior, los papas de las últimas décadas del siglo XIX se rebelaron contra la llegada de la modernidad, soñando con la Edad Media, deseando el regreso del "Antiguo Régimen"⁶⁹, luchando por la conservación del statu quo, el mantenimiento de su poder, su autoridad y sus privilegios en la sociedad.

Los papas de la primera mitad del siglo XX (de Pío X a Juan XXIII), ya resignados a tocar la partitura del segundo violín en la orquesta de la modernidad, se preocuparon más por las cuestiones sociales relacionadas con el marxismo, la

⁶⁸ Cfr. Frédéric Martel, *ibid.*, p. 582 .

⁶⁹ El Antiguo Régimen es un periodo histórico que comenzó en el siglo XVI y terminó en 1789, cuando se creó la República Francesa. El Antiguo Régimen es, pues, un modo de gobierno basado en la monarquía cristiana y católica.

lucha de clases, el fenómeno del proletariado, las condiciones de trabajo de la clase obrera, los problemas de justicia social y el equilibrio político entre naciones asoladas por dos guerras mundiales y continuamente amenazadas por movimientos extremistas e ideologías totalitarias y expansionistas, como el comunismo, el fascismo y el nazismo.

Desde el último cuarto del siglo XX, más concretamente bajo el pontificado de Pablo VI (1963) hasta la abdicación de Benedicto XVI (2013), las preocupaciones de los Papas cambiaron por completo. Los papas de esta época ya no parecen tan preocupados por la situación religiosa, política, económica, social y ecológica del mundo, sino por cuestiones de moral sexual.

A los papas les molestan ahora sobre todo los excesos de la vida sexual de las personas, los libertinos éticos y la cultura moderna del disfrute y el placer, que ignora las normas, directivas y prohibiciones de la moral católica y las encíclicas papales.

Todos estos pontífices están igualmente convencidos de que la libertad sexual, la tolerancia de los comportamientos amorosos atípicos y "desviados", la prevalencia del hedonismo sobre la responsabilidad en la procreación, son la causa principal del ateísmo imperante, de la indiferencia religiosa, del abandono de la fe y de la práctica religiosa, y de la creciente insignificancia de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Parecen pensar que la urgencia que tiene ahora la Iglesia no es llevar a la gente a Jesús, sino hacer que los cristianos vuelvan a la Iglesia. Para ello, lo único que hay que hacer es rectificar sus innumerables discrepancias morales, cuya conformidad con la "ley natural" (expresión de la voluntad divina) ha sido confiada a la supervisión y cuidado de la Iglesia y, en particular, del magisterio papal.

Los Papas de esta época se comportaron, pues, como si estuvieran convencidos de que, en el ser humano, Dios da

más importancia al buen uso de su sexo que al buen uso de su libertad, inteligencia, riqueza y responsabilidad. Y que, al final, no importa que desperdicies tu inteligencia construyendo bombas atómicas. No importa que malgastes tu dinero en un lujo descarado; o que desperdicies tu tiempo y energía acumulando capital en beneficio de los accionistas, explotando a los pobres, envenenando la atmósfera, destruyendo ecosistemas esenciales para la conservación de la vida... Lo que, en cambio, es un pecado muy grave, "mortal", un pecado castigado con la pena eterna, es si, adolescente o no, desperdicias tu semen en el placer de la masturbación, un coito interrumpido o la eyaculación en un preservativo.

En la primera década del siglo XXI, tras la explosión de la pandemia del sida, que en 2007 habrá infectado a más de 30 millones de personas, asistimos, en el seno de la jerarquía católica (Papa, cardenales, obispos), a un resurgimiento del interés por la sexualidad humana que roza la obsesión. Todo ello va acompañado de un endurecimiento de la norma ética en todas las cuestiones relacionadas con este tema, especialmente las relativas al uso del preservativo, la fecundación humana asistida, la práctica de la homosexualidad y las uniones civiles (o matrimonios) de parejas homosexuales.

Así, en medio de la epidemia de sida, los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI se embarcaron en una cruzada histérica e irresponsable (hasta el punto de ser acusados de criminales) contra el uso de preservativos, visto, en la opinión del papa Benedicto XVI, como un medio de "agravar" aún más esta calamidad⁷⁰.

Si a todo esto añadimos la magnitud de los escándalos provocados por el descubrimiento de innumerables casos de abusos sexuales a menores por parte del clero católico en todo el mundo; la revelación de la presencia homosexual

⁷⁰ Benedicto XVI en entrevista a Philippe Visseyrias, de France-2, el 17 de marzo de 2009, en el avión de ida a Camerún.

en este mismo clero católico y, a menudo, su doble vida, entonces es suficiente para empañar de forma definitiva la reputación y la credibilidad de la Iglesia católica y para romper irremediablemente el vínculo de confianza que un gran número de cristianos y no cristianos aún mantienen con esta institución. Al final, esto es suficiente para dar el golpe final a la autoridad y credibilidad de esta religión, así como a la práctica religiosa de sus fieles.

Nos encontramos, pues, con una Iglesia que no supo o no quiso evolucionar con los tiempos. Una Iglesia que parece haber perdido el sentido de la realidad, la percepción de las prioridades, la capacidad de poner las cosas en perspectiva y de darse cuenta de dónde están los verdaderos asuntos y problemas que hay que resolver.

En un momento en el que el Planeta está gravemente enfermo, en el que la gente de todo el mundo sufre y muere a causa de la avaricia, la injusticia, la pobreza, la violencia, el fanatismo, la ignorancia y la estupidez humana, los líderes de la Iglesia se dedican hoy a hablar de sexo, de preservativos, de los beneficios de la virginidad y de la castidad, prohibiendo la "comunión" a los divorciados vueltos a casar, midiendo el largo de las faldas y la profundidad del escote de las mujeres que visitan la Basílica de San Pedro en Roma, a hablar del daño que el uso de la píldora o del preservativo causa al alma, o del imposible acceso al sacerdocio de los bautizados nacidos con vulva en lugar de pene; del celibato como única opción para el ministerio sacerdotal en la Iglesia, etc.⁷¹

Siempre me ha intrigado la obsesión sexual de los clérigos. A menudo me he preguntado por qué los Papas de nuestro tiempo se han movilizado con tanta persistencia y determinación en la defensa de una "moral católica", por qué

⁷¹ El debate sobre la denegación de acceso a la mujer a los ministerios ordenados en la Iglesia, a pesar de que Juan Pablo II intentó cerrarlo, se mantiene como una herida en carne viva que no puede cerrar.

se han preocupado tanto por las cuestiones de la sexualidad humana. A menudo me he preguntado qué tipo de intereses, inclinaciones, represiones o inhibiciones hay detrás de esta obsesión moral. La actitud rígida, sin matices, a menudo intolerante, del Magisterio romano y del clero católico en cuestiones de conducta sexual, ¿es una manifestación incontrolada e inconsciente de la represión del deseo y de los impulsos eróticos, provocada por el celibato y la castidad auto-impuestos, mal o nunca integrados en la trama profunda de sus vidas?

¿Es esta tendencia obsesiva de las autoridades eclesíásticas a querer regular y estropear la vida sexual de las personas una especie de venganza no reconocida, producida por una forma lujuriosa de celos clericales hacia este mundo moderno que tiene acceso libre, abierto y gozoso a las relaciones amorosas, a la felicidad íntima y a los placeres carnales que les están estrictamente prohibidos a ellos, los clérigos de la Iglesia?

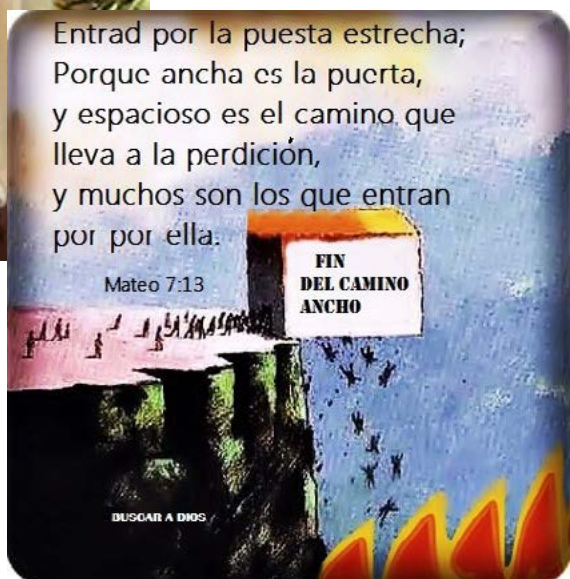
¿No es un fenómeno extraño y contradictorio que esta actitud provenga de personas instruidas e informadas (y, por tanto, necesariamente familiarizadas con las conclusiones de las ciencias antropológicas modernas sobre el carácter normal y natural de las tendencias homosexuales en muchas especies animales) que, por un lado, se obstinan en condenar categóricamente la homosexualidad, pero que, por otro lado, no dudan en practicarla en secreto? ⁷²

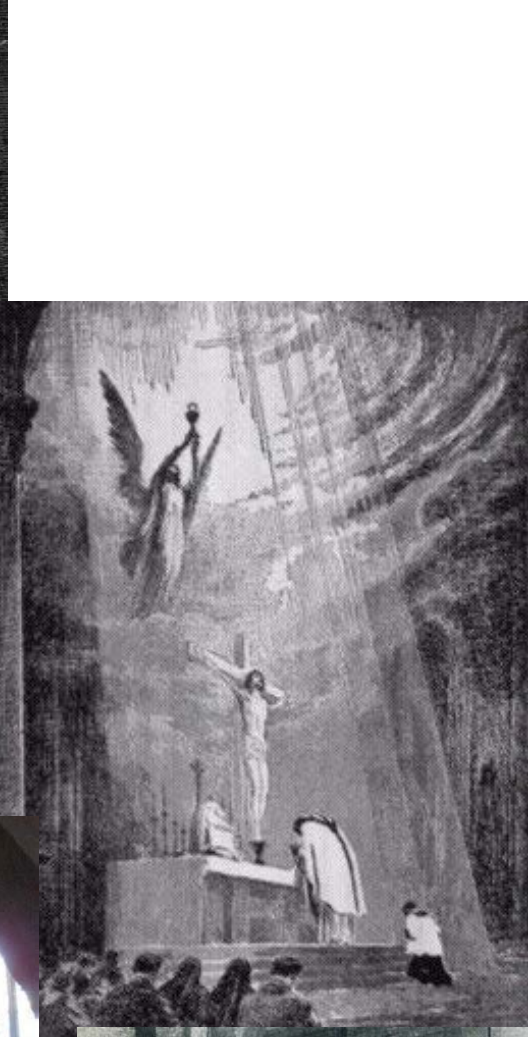
¿Piensan realmente los Papas que los argumentos que esgrimen sobre la voluntad divina y la ley natural en apoyo de sus exigencias éticas pueden seguir impresionando y con-

⁷² Se calcula en alrededor del 8% la población humana homosexual. Sin embargo, la doctrina católica oficial sigue considerando la homosexualidad como "antinatural", desviada, no conforme a la voluntad del Creador y, por tanto, pecaminosa y culpable. Esto lleva a la estigmatización y condena de las personas homosexuales y fomenta comportamientos homófobos hacia estas minorías.

venciendo a la gente de la modernidad sin arriesgarse a la burla o al sarcasmo?

Creo que es totalmente legítimo plantear estas preguntas, porque son las únicas que hoy pueden, tal vez, explicar y hacer comprender, al menos en parte, actitudes clericales que de otro modo sólo parecerían patéticas, ridículas y sin sentido a los ojos de la modernidad.





4

NUEVAS HISTORIAS PARA UNA NUEVA HUMANIDAD

En el camino hacia nuevos horizontes

En un mundo que se desenvuelve bajo la bandera del progreso, del cambio, del cuestionamiento continuo; donde todo es transición, transformación... donde nada puede establecerse y fijarse para siempre, donde todo es inestable y temporal, donde todo se hace y se deshace para recomponerse de nuevo de forma diferente en una dinámica de mutación y evolución sin fin... en este tipo de mundo, la gente rechaza los dogmas inalterables, las verdades eternas, las declaraciones infalibles, las proclamas autoritarias, las imposiciones sin apelación.

Las nuevas generaciones buscan visiones, ideales. Sueñan con nuevos horizontes, nuevos proyectos, nuevos descubrimientos, nuevos caminos, que conduzcan a nuevos mundos, habitados por nuevos seres humanos y donde puedan realizar mejor sus aspiraciones y la calidad de su humanidad. Sueñan con una espiritualidad libre y creativa, sin creencias rebuscadas, sin doctrinas fijas, sin dogmas revelados. Buscan auténticos maestros que les inspiren y les ayuden a captar las vibraciones del Misterio que nos rodea por todas partes y en el que siempre hemos estado inmersos.

Hoy la gente quiere escuchar historias que le digan que Dios odia el mal tanto como el sufrimiento; que sólo desea la plenitud de la vida, la alegría y la felicidad para cada uno; que, por tanto, quiere que cada uno se realice a sí mismo y encuentre la felicidad en la libertad de sus elecciones, conforme a sus aspiraciones y actitudes. Por eso rechazan instintivamente una religión que les presenta a un *Theos* que pretende subyugarlos, dirigirlos e imponerles su voluntad por medio de las amenazas y el miedo al castigo.

Para la persona moderna, el valor fundamental es la libertad. Quiere ser y sentirse libre. Odia los regímenes absolutos, opresivos y totalitarios, así como cualquier movimiento, partido o institución que pueda impedir, delimitar o dificultar el abanico de sus opciones. Por eso, necesita historias que lo liberen. Ya no quiere una religión que le imponga por la fuerza y de forma coercitiva el comportamiento que debe tener y las "verdades" que debe creer, con el pretexto de la docilidad y la obediencia a la autoridad, la fidelidad a la tradición, la sumisión a la voluntad de Dios. Rechaza una religión que domina, que subyuga, que exige fidelidad incondicional, sumisión total y obediencia ciega. Se rebela contra una religión que defiende la duda, que no admite el desacuerdo, que rechaza la discusión, que condena el cuestionamiento de sus dogmas, sus doctrinas y su autoridad. Es incapaz de adherirse a una religión que se aferra a un pasado totalmente desfasado y que es fundamentalmente alérgica al cambio y a la renovación.

Ésa es la necesidad de relatos liberadores, más reconfortantes, más atractivos para la persona moderna. Historias que puedan satisfacer su necesidad de independencia y libertad, así como sus exigencias intelectuales de lógica y racionalidad. Las personas modernas necesitan narraciones que estén en armonía con sus nuevos conocimientos y su nueva sensibilidad espiritual; más "ecológicas" y, por lo mismo, más "cos-

mológicas" y, por lo tanto, más abarcadoras, más universales; y, por lo tanto, más inclinadas tanto a la adoración extática de las bellezas naturales del Cosmos, como a la maravillosa aceptación del pluralismo de las religiones y de la diversidad de las creencias.

Es este tipo de relato el que queremos proponer para la reflexión del lector en el resto de esta sección.

Historias para una nueva sabiduría

La inteligencia humana parece haber sido infectada por el egoísmo y la codicia, que la han convertido en una forma sutil pero muy perniciosa de demencia, que, aunque todavía no ha sido catalogada y clasificada por el catálogo oficial de enfermedades mentales⁷³, no por ello es menos real, endémica y peligrosa. Esta locura, oculta bajo el manto del rendimiento, el poder y el beneficio, es en última instancia la causa fundamental de las calamidades que ha sufrido y sufre el Planeta y de una posible desaparición de la raza humana en un futuro que puede resultar bastante cercano⁷⁴.

Personalmente, he llegado a la conclusión de que la insensatez es tan omnipresente y habitual en nuestro mundo que ya no sorprende a nadie. De modo que la mayoría de las veces pasa desapercibida. Si alguien es rico y ambicioso, si se dedica a la política, si es capaz de hacer payasadas o muecas, si tiene la capacidad de hacer sarcasmos, la capacidad de hacer pasar mentiras por verdades; si es un buen hablador y un buen manipulador, si se le da bien la puesta en escena histriónica y burlesca para entretener al público y conseguir la atención de gente tan estúpida como él, es muy posible

⁷³ El DSM, catálogo oficial estadounidense de enfermedades mentales: *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*.

⁷⁴ Imposible comentar los numeros ejemplos de la estupidez humana.

que consiga su voto y se convierta en el Presidente de los Estados Unidos de América⁷⁵.

Edgar Morin, que ya en su época se había percatado de la frecuencia de este fenómeno, catalogó a este tipo de personas en una nueva clase de humanos a la que llamó *homo demens* (el hombre loco). Sin embargo, según este filósofo⁷⁶, este fenómeno no debería sorprender, ya que parece ser una característica natural de la naturaleza de esta especie de humanos. Según Morin, es con la aparición del *homo sapiens* "cuando aparece el exceso, no sólo la racionalidad... En efecto, el reinado del *sapiens* corresponde a una introducción masiva del desorden en el mundo.

Dicho esto, a modo preliminar, quisiera ahora indicar en qué dirección creo que deben moverse los hombres y mujeres de nuestro tiempo para valorar y explotar mejor el aspecto *sapiens* en lugar del aspecto *demens* de su naturaleza.

Hoy vivimos en una época en la que todo nos lleva a tomar conciencia de la unidad fundamental de todo lo que existe. Experimentamos cada día y en la concreción de nuestra existencia lo conectados, interconectados y totalmente dependientes que estamos de los demás y de la naturaleza en la que vivimos, y finalmente lo indispensable que es todo lo que nos rodea para nuestro bienestar.

La humanidad parece haber llegado ahora a la fase de evolución de la globalización de las relaciones y de la universalidad de los intercambios, de la homogeneidad de los conocimientos, de la ciencia, de la tecnología, de las competencias y de los sistemas y métodos políticos, médicos y económicos. Hoy en día, hemos tomado conciencia de la identidad biológica de nuestra especie, que comparte un mismo código

⁷⁵ La prueba la dio la elección "democrática" de Donald Trump a la presidencia de EEUU en 2017.

⁷⁶ Cfr. Edgar Morin, *Le paradigme perdu : la nature humaine*, Paris, Seuil, 1973, pp. 23-26.

genético (ADN), resultado del mismo proceso evolutivo dentro de la misma Madre Planeta que nos dio la vida, después de habernos formado y llevado durante miles de millones de años en las profundidades de sus entrañas.

Todos nos hemos enamorado de nuestro Planeta, fascinados por su belleza, delicadeza y fragilidad. En ese momento, comprendimos que la Tierra es realmente la joya más preciosa que posee el ser humano. Desde ese momento, hemos tomado conciencia de que la Tierra es la madre de todos nosotros y que, por lo tanto, es única para nosotros, al igual que la madre que nos engendró es única. Hemos comprendido que es el único lugar donde podemos respirar y vivir, nuestro único "nicho ecológico", nuestro verdadero "hogar", nuestro único puerto de escala, donde un día podremos atracar, con confianza y seguridad, las naves de nuestros viajes cósmicos.

Esta experiencia debe constituir en adelante el marco de las nuevas narraciones sagradas, así como la revelación de dos evidencias fundamentales: la importancia y la singularidad de nuestro Planeta, y la unidad de todos los "terricolas". Esto nos lleva a afirmar, por un lado, lo absurdo de nuestra indiferencia ecológica, así como el drama y la vergüenza que constituye para nuestra inteligencia la explotación salvaje y demencial a la que sometemos a la Tierra; y, por otro lado, el anacronismo y la incongruencia de nuestras divisiones, rivalidades y nacionalismos que todavía levantan muros, tejen alambradas y construyen hostilidades.

Por eso, hoy, más que nunca, necesitamos relatos que nos digan que la única forma verdaderamente humana de relacionarnos con nuestros semejantes es situarnos frente a ellos en la misma dinámica "amorosa" del Universo de la que surgimos, y adoptar una actitud constante de benevolencia y ayuda hacia todas las estructuras animadas e inanimadas que conforman la Realidad natural y cósmica en la que vivimos.

Es una actitud en la que el asombro, el respeto y el cuidado de cada uno de sus componentes se combinan con la conciencia de que cada parte del Todo Cósmico sólo puede subsistir, evolucionar y florecer al amparo de una relación de interacción, de intercambio y, por tanto, finalmente, de profunda comunión.

Por desgracia, en el pasado sólo se han contado historias de miedo, horror y enemistad sobre este tema. Ahora sabemos que la gran responsable de este tipo de literatura ha sido de nuevo la religión que ha inculcado y mantenido, en la cultura de los países cristianos (Occidente) y en la espiritualidad personal de los creyentes, el "contemptus mundi"⁷⁷, es decir, la indiferencia y el desprecio hacia la realidad "material" en la que vivimos.

Necesitamos nuevas visiones que tengan el valor de condenar tanto a los regímenes totalitarios como a las oligarquías que fabrican nacionalismos, que mantienen la hegemonía económica de las corporaciones multinacionales, que protegen los intereses personales y los privilegios de una casta gobernante de plutócratas, que legitiman los demenciales gastos militares (con el pretexto de la defensa nacional), que quieren y exigen los lobbies de la innoble industria armamentística y bélica; que alimentan el resentimiento, la paranoia, la histeria, el miedo, la necesidad imaginaria de defenderse como individuos y como naciones⁷⁸.

Necesitamos hombres y mujeres convencidos de que no hay ninguna utopía que no pueda hacerse realidad, nin-

⁷⁷ El famoso *contemptus mundi*, el desprecio del mundo, la espiritualidad monástica y la *Devotio Moderna* (siglo XIV-XV), cuya obra más representativa es la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis (+1471).

⁷⁸ Estos dirigentes ciertamente no brillan por su perspicacia e inteligencia al no ser capaces de comprender que este Planeta es nuestro único nido.

gún sueño que no pueda pasar a la vida real. Necesitamos figuras modélicas, como Buda, Lao Tse, Confucio, Jesús de Nazaret, Giordano Bruno, el Maestro Eckhart, Teresa de Ávila, Spinoza, Gandhi, Einstein... Así como poetas, artistas, músicos, pensadores, espirituales, científicos y astrofísicos, para que nos ayuden a mantener viva la esperanza.

Historias para un nuevo enfoque de la realidad

Al principio de la cuarta sección de este libro, aludí a la necesidad de que aparezcan en el mundo actual nuevas visiones, nuevos sueños, nuevas revelaciones, nuevas relaciones con la Realidad.

Ahora sabemos que el mundo de nuestros antepasados neolíticos no tenía otra verdad y realidad que las de su imaginación y sus mitos. Por eso sus historias, utilizadas y transmitidas por las religiones, ya no son adecuadas para la persona moderna, y por eso los creyentes modernos abandonan poco a poco la religión.

Hoy, la ciencia moderna también nos obliga a abandonar definitivamente el antropocentrismo que ha caracterizado a la religión judeocristiana y a la cultura occidental durante siglos. En consecuencia, la religión pierde ahora su tiempo tratando de hacer creer que el hombre fue creado directamente por un Dios (Theos) de allá arriba, que es su predilecto, el centro del Universo, la meta de toda la creación, el amo y señor indiscutible del Planeta y de todo lo que contiene.

Los ciudadanos del siglo XXI están ahora convencidos de lo contrario. Saben que el Homo sapiens-demens no tiene un origen ni un estatus especial en la tierra. Saben que es una de las especies emergentes que surgieron del mismo proceso evolutivo en el origen de todas las demás especies vivas que aparecieron en el Planeta. Hoy sabemos que el ser humano no es algo producido aparte. No tiene un origen diferente. Es

sólo uno de los resultados del movimiento o de la alquimia del cosmos hacia una mayor complejidad.

Hoy en día, la gente entiende y espera que la religión les diga que, como humanos, no tienen más derechos que la Tierra y otros seres vivos. Por eso quieren planteamientos que denuncien el enorme daño que ha hecho a la sociedad y al Planeta la creencia religiosa en la primacía y superioridad del ser humano sobre el resto de la creación.

Quieren oír que la Tierra nunca debe ser tratada por los humanos como un bien que les pertenece, como un objeto del que pueden disponer a su antojo, como una mercancía con la que comerciar, como un recurso que explotar, como un depósito que bombear, como una prostituta a la que no hay que dispensar cuidado, respeto, amor y compasión.

Hoy en día, los individuos necesitan enfoques y perspectivas que les hagan sentirse parte de la Tierra y de su destino. Visiones que les animen a pasar de una sociedad centrada exclusivamente en el interés económico, a otra centrada en el interés ecológico. Necesitan síntesis que les hagan comprender la urgencia de entrar en la lógica de la "cosmogénesis", que se caracteriza por la sinergia, la interdependencia y la cooperación de todos con todos, y por la igualdad de valor e importancia de todas las criaturas.

Hoy, en un mundo en el que los medios de comunicación siguen confrontándonos brutalmente con el estado de pobreza endémico de gran parte de la humanidad, y en el que la brecha entre ricos y pobres no hace más que crecer, deseamos más que nunca escuchar voces indignadas que denuncien los procedimientos que crean la injusticia y la desigualdad por parte del sistema capitalista moderno, así como su carácter fundamentalmente voraz, egoísta e irresponsable.

No es de extrañar, por tanto, que en esta sociedad inhumana de la competitividad, la excelencia y el éxito a toda

costa, las generaciones más jóvenes que se incorporan al mundo laboral sufren cada vez más un síndrome crónico de desánimo, de amargura y revuelta hacia un tipo de estructura social que pone el listón del éxito y el rendimiento tan alto que se convierte en una fuente constante de estrés, ansiedad y angustia para todos y, para los menos dotados, en un objetivo prácticamente inalcanzable.

En definitiva, necesitamos historias que nos hagan comprender que la felicidad del individuo, así como la buena salud del Planeta, ya no reside en la satisfacción de nuestros caprichos, en las extravagantes exageraciones del lujo, en la abundancia del tener, sino en la moderación, en la sobriedad, en la capacidad de cada uno de contentarse con poco y de adoptar un estilo de vida más modesto, más responsable y, por eso mismo, más humano. Estas actitudes y comportamientos deben derivar en lo sucesivo de la atención y el cuidado esencial que debemos prestar a la Naturaleza, a la Tierra y a cualquier otro ser vivo.

Por ello, para salvar el Planeta y dar a la humanidad una oportunidad de vida en el futuro, es imprescindible elaborar visiones que nos hagan descubrir que la actitud de cuidar a los demás es un componente esencial del ser humano, sin el cual nadie puede sobrevivir, y una constante cosmológica sin la cual nada existiría. En efecto, las cuatro fuerzas primordiales que rigen el Universo⁷⁹ interactúan con extrema delicadeza, precisión y cuidado, sin lo cual no estaríamos aquí para hablar de ellas.

Además, la pandemia de coronavirus que ha puesto de rodillas a la humanidad desde finales de 2019 nos ha hecho más conscientes de la importancia de la solidaridad como actitud básica que debe comandar y guiar ahora la progra-

⁷⁹ Las cuatro fuerzas fundamentales que rigen la estructura física de nuestro Universo son: la gravedad, la fuerza electromagnética, la fuerza nuclear débil y la fuerza nuclear fuerte.

mación de las políticas gubernamentales y de la vida social, así como de la vida individual, en el futuro de nuestras sociedades⁸⁰.

La pandemia de Covid-19 nos ha permitido darnos cuenta de la inhumanidad, la perversidad y, sobre todo, la inutilidad de la mentalidad capitalista a la hora de intervenir para asegurar la salvación y la verdadera felicidad de la humanidad⁸¹.

Una cosa es cierta: mientras los seres humanos sigan confiando su felicidad y su destino a la dictadura del mercado y a la falsa ilusión de una economía transformada en un "dios salvador" de todos los males, la humanidad y el Planeta no tendrán grandes posibilidades de un día mejor⁸².

Es de esperar, por tanto, que el ser humano, a través de nuevos relatos. y recurriendo a las reservas de inteligencia, sentido común y sabiduría de que le ha dotado la evolución, sea capaz de convencerse un día de la urgencia de reprogramarse para que sus relaciones con los demás y con la Naturaleza se basen en adelante en el respeto, el cuidado, la solidaridad, la corresponsabilidad y el amor.

⁸⁰ Los investigadores han descubierto que cuando, hace unos dos millones de años, los primitivos homínidos sintieron la necesidad de compartir los productos de la caza con sus congéneres, en lugar de comerlos solos, aceleraron considerablemente el proceso de su humanización. Según los científicos, parece que la práctica de la solidaridad fue uno de los factores que facilitaron el salto evolutivo que nos llevó de la animalidad a la humanidad.

⁸¹ Un triste ejemplo viene de EEUU, que, durante el primer tiempo de la pandemia del coronavirus, se ha mostró indiferente a su peligro e incapaz de defenderse del virus que, proporcionalmente, le causó más estragos y víctimas que en cualquier otra parte del mundo.

⁸² Cfr. La Columna Semanal de Leonardo Boff, nºs 615, 657, 658 y 659, en Servicios Koinonia (servicioskoinonia.org/boff).

Historias para una nueva revelación

1 - Un libro sagrado para todos los humanos

Ahora vivimos en un mundo que, al menos en Occidente, ha abandonado los fundamentos sobre los que, durante milenios, había construido su conocimiento y ha adoptado ahora el método de la investigación científica, la prueba y la demostración matemática como criterio provisional de la verdad.

Realizamos observaciones empíricas e instrumentales para descubrir los secretos de la Naturaleza y sus leyes. Lo hacemos de forma humilde pero rigurosa, sin prejuicios, sin ideas o convicciones preestablecidas, sin actitudes dogmáticas, siempre dispuestos a aceptar cualquier nueva hipótesis, teoría o nueva interpretación de los datos que resulte más plausible y más apta para explicar la naturaleza de los fenómenos y el funcionamiento de todo nuestro Universo.

La historia y la visión del mundo que ofrece la nueva cosmología ya no encajan con la percepción que las religiones del "Libro" tenían de ella. Ya no es un mundo estático y fijo, como aparece en las Escrituras judeocristianas, sino un Universo en continua evolución y desarrollo a través de un proceso de perpetua autogénesis.

Ya no es un mundo adormecido por el peso de la materia maligna y enlazado por la maldición de un "pecado original", sino un mundo bendecido por la presencia de la materia portadora de una "bendición original"⁸³.

De esta nueva historia y de esta nueva comprensión de nuestra Realidad, nacerá inevitablemente una nueva humanidad. Nos encontramos, pues, en un eje temporal que probablemente abrirá una nueva forma de evolución tanto de la humanidad como de su relación con la Tierra⁸⁴.

⁸³ Cfr. Matthew Fox, *Original Blessing*, Bear Com, N.Y., 1983, 364 pp.

⁸⁴ Cfr. J.M. Vigil, *Pascua Cósmica. Celebración del Nuevo Universo*, ServiciosKoinonia.org, Relat, 453.

En el pasado, las religiones del Libro (el judaísmo, el cristianismo y el islam) se han presentado como instituciones portadoras de una revelación divina y sobrenatural para las personas, sedientas de explicaciones y de sentido. Esta pretensión de las religiones de transmitir el conocimiento recibido de los dioses ha sido siempre aceptada por los fieles como una verdad indiscutible.

Sin embargo, recientes trabajos de arqueología bíblica han aportado la evidencia científica de que un número muy elevado de relatos sagrados (tanto bíblicos como coránicos) carecen de fundamento histórico y son, en realidad, sólo sagas, cuentos y leyendas (hoy diríamos una "novela histórica") inventados y elaborados en los círculos religiosos e intelectuales judíos durante la época del rey Josías (639-609, a.e.c.) y el exilio post-babilónico (el llamado período persa, 538-330 a.e.c.)⁸⁵.

⁸⁵ El objetivo de los autores judíos de esta época fue crear una gran epopeya que fundara la identidad judía como pueblo elegido por su Dios (el único y verdadero Dios), y crear así un fuerte sentimiento de pertenencia y orgullo nacional que diera valor, impulso y esperanza a un pueblo destruido por la invasión, la guerra y la deportación a Babilonia por Nabucodonosor (582 a.e.c.).

Para más información sobre el carácter no histórico de los relatos bíblicos, véase: Thomson Thomas L., *The Mythic Past: Biblical Archeology and the Myth of Israel*, Basic Books, New York, 1999; Thomas L., *Early History of the Israelite People, from written and archeological sources*, Brill Academic Publisher, Leiden, 2000. 502 pp.; J. Maxwell Miller-J.H. Hayes, *A History of Ancient Israel and Juda*, Westminster John Knox Press, London, 2006; Shlomo Sand, *How the Jewish people were invented*, Fayard, Paris, 2008; Coll, *The invention of the Land of Israel : from Holy Land to Homeland*, Verso Book, New York, 2014 ; Revue Voies July-December 015, vol. XXXVIII, nn. 3-4, 328 pp. *The New Archeological Biblical Paradigm. El Nuevo Paradigma Arqueológico-Bíblico* (de la Comisión Teológica Internacional de Eatwot), ejemplar bilingüe inglés/español. Una excelente síntesis sobre esta cuestión ha sido realizada por José Maria Vigil, *El nuevo paradigma arqueológico-bíblico*, en <https://josemariavigil.academia.edu/research> > nueva arqueología.

Así pues, hoy en día las religiones del Libro corren el riesgo de perder el tiempo tratando de proclamar el origen divino de sus textos sagrados, de presentarlos como "la palabra de Dios" y de exigir a sus seguidores que crean y acepten su contenido como "verdades reveladas" definitivas e incuestionables.

De hecho, esta religión sigue proponiendo a los cristianos los antiguos relatos sobre los patriarcas, el cautiverio egipcio, el éxodo de Egipto, el cruce del Mar Rojo, los cuarenta años de peregrinación en el desierto, la conquista de la Tierra Prometida, las gestas de los grandes reyes de Israel (Saúl, David, Salomón, etc.), y muchos otros relatos, como hechos históricos reales. Pues bien, si estas historias imaginarias son el fundamento de la identidad judía, también lo son de gran parte de la teología cristiana y del ritual litúrgico de la Iglesia católica...

De ello se desprende que el cristiano moderno se enfrenta a un reto y un dilema importantes: el reto de tener que replantearse las doctrinas y los contenidos de su religión de arriba abajo; el dilema de seguir o no practicando una religión que exige a sus seguidores que se adhieran a fábulas, y que participen en ritos que celebran o se refieren a acontecimientos que nunca tuvieron lugar o que, simplemente, fueron inventados.

Si las religiones del Libro nacieron como instituciones que buscaban actualizar el encuentro del ser humano con un Dios imaginado, para interactuar con el mundo de los humanos, ¿qué será de estas religiones ahora que descubrimos que aquel Dios nunca ha existido? ¿Qué será de sus creyentes cuando aprendan, o se den cuenta, de que ninguna Entidad Divina ha bajado nunca del cielo para iluminar la ignorancia de los humanos, ni para ayudarles a resolver sus problemas, ni para pedirles sumisión y adoración, ni para mostrarles el camino de la salvación?

Los "creyentes" de nuestro tiempo, después de haber experimentado durante mucho tiempo la angustia del miedo, la frustración, la insatisfacción y, a menudo, el desconcierto intelectual dentro de una religión que les ha desviado en su búsqueda del verdadero Dios, buscan ahora otros caminos hacia una forma más plena y satisfactoria de su religiosidad.

Esto explica, en parte, por qué la gente, habiendo salido de su ignorancia e ingenuidad a través de un mayor conocimiento y una mejor educación, ya no es capaz, en este momento histórico, de confiar en la religión y ya no es capaz de alimentar su espiritualidad en su mesa y en la frecuentación de sus dogmas y ritos.

Como ha señalado José María Vigil, después de milenios de creencias religiosas, somos hoy, al menos en Occidente, la primera generación que siente deseos de ser religiosa y espiritual, sin recurrir a los servicios de una religión instituida y sin tener que basar nuestras creencias en el mito de una "revelación" directa o una intervención histórica de Dios en la historia de la humanidad⁸⁶.

Hoy en día, quienes están familiarizados con los conocimientos y descubrimientos de la astrofísica moderna, o con la nueva forma de reflexión "religiosa" que ésta ha hecho posible, están ahora convencidos de que la verdadera revelación de Dios al ser humano –si es que existe tal revelación–, ya no se hace a través de los libros de las religiones, sino a través del libro del Universo...

En ese libro, ante los ojos fascinados de los seres humanos, el Misterio Último se manifiesta y despliega todas las virtualidades de su grandeza y poder. Este Misterio habla ahora

⁸⁶ Cfr. El nuevo paradigma arqueológico bíblico: en "HORIZONTE" 14/42 (abril-junio 2016) 337-376, Belo Horizonte, Brasil, por José María Vigil, localizable en el buscador de Academia.edu, en josemariavigil.academia.edu/research

a la mente y al corazón del ser humano no sólo a través del lenguaje de una intencionalidad inexplicable y una finalidad sorprendente, sino también a través del relato igualmente cautivador de un flujo abismal de atracciones, relaciones, interdependencias y comunión que conecta a Todo con todas las cosas, activado por una profunda Energía "voluntaria" que busca extenderse por todas partes para crear complejidad, belleza, vida, conciencia y amor.

Por tanto, hoy en día, es sobre todo en la historia del origen, la formación y la evolución del Universo, contada por los nuevos "sabios" de la cosmología moderna, donde los hombres y mujeres de nuestro tiempo descubren las posibles huellas de una "cierta divinidad" en/de nuestro mundo.

Ahora han interiorizado la convicción de que el Universo astronómico (uni o multiverso) es la única Realidad existente y que, por lo tanto, todo lo que existe, incluido Dios, forma parte necesariamente de ello; y que el Misterio Último que los humanos han llamado "Dios" es, quizá, como ya dijo Lenaers, la esencia más profunda de todos los seres existentes, y que, por lo tanto, es insensato buscar en otra parte rastros de su presencia.

2 - Una nueva historia "santa" para todos los seres humanos

Las ciencias antropológicas modernas, ahora iluminadas por los avances combinados de la astrofísica, la física cuántica, la paleontología y la microbiología, nos dicen que el ser humano no está hecho de una "sustancia" diferente a la del Universo, sino que él es Universo, una expresión del Universo y que todo el Universo se refleja y condensa en él.

Como ya hemos dicho muchas veces, hoy sabemos que el Universo es la única realidad con la que podemos relacionarnos; la única realidad con la que podemos dialogar; la única que puede hablarnos, que es accesible para nosotros y

que podemos observar y comprender. Nada viene a nosotros, nada se nos revela, nada puede darnos una señal, sin pasar por la realidad material de este mundo. Nuestro conocimiento del Misterio Último no es una excepción.

Thomas Berry dijo que llevamos el Universo en nuestro ser, así como el Universo nos lleva en su ser. Cada uno está totalmente presente en el otro y en el Misterio Último del que hemos surgido (al igual que el Universo). Si fuéramos capaces de percibirnos a nosotros mismos como una dimensión o una expresión del Todo Cósmico, ello podría ayudarnos a realizar un nuevo tipo de humanidad y una nueva forma de pensamiento capaz de orientar mejor nuestro comportamiento y construir un mundo mejor⁸⁷.

Tomar conciencia de nuestros orígenes cósmicos es una conquista humana impagable. Porque lo que nos salvará no son las innovaciones tecnológicas –que, al final, son casi exclusivamente antropocéntricas–, sino una relación amistosa y "amorosa" del ser humano con el Cosmos y la Tierra.

Además, la historia del Universo, tal como la presenta la ciencia moderna, es una historia mucho más antigua, mucho más verdadera y fascinante que la que cuentan las narraciones más bien pueriles y "provincianas" de la Biblia hebrea y otros textos sagrados. La historia del Universo es la historia de todos los seres, en cuyo desarrollo hemos participado todos y cada uno de nosotros, y del que todos somos a la vez protagonistas y resultado.

De hecho, esta historia cuenta que todos los humanos estamos hechos de polvo de estrellas⁸⁸, y que todos somos hijos del mismo planeta madre, que durante millones de años

⁸⁷ Thomas Berry, *The Dream of the Earth*, Sierra Club, San Francisco, 1988, pp. 132-133.

⁸⁸ "Stardust" (1984) es el título de un álbum de gran éxito de Hubert Reeves publicado en 1984.

guardó en las profundidades de su vientre materno todos los elementos químicos de nuestro cuerpo, que luego ensambló según las órdenes codificadas de un mismo ADN⁸⁹. Se trata de un ADN que compartimos con las bacterias, los gusanos, los peces, los reptiles, las aves, los mamíferos y todas las demás criaturas que ha generado el Planeta.

Es una historia que habla tanto de convulsiones apocalípticas, como de continuas oleadas de energía, de partículas elementales, de singularidades, de inmensas y repentinas inflaciones, de galaxias, de estrellas, con sus combustiones nucleares internas y explosiones que siembran los espacios galácticos con los elementos pesados que están en el origen de la materia y de continuas emergencias de nuevas formas de vida.

Es una historia que habla del caos, pero también del orden, de la armonía, de la diversidad, de las transformaciones incesantes, de las complejidades compuestas por la belleza, los colores, las flores, las mariposas, la inteligencia, la conciencia, el espíritu, la vida, la muerte... Y también de los seres humanos capaces de crear relaciones entre los seres, entretejidas en el tejido del cuidado, la bondad, la gratuidad, la ternura y el amor.

Sin embargo, es una historia que, a diferencia de las historias que cuentan las religiones, nunca habla de Dios, y no necesita hablar de él para convencernos de la extraordinaria precisión y complejidad de los fenómenos que describe, de la grandeza de los acontecimientos que presenta y de la genialidad de las hazañas de sus protagonistas. Es, sin embargo, una

⁸⁹ Los ingredientes que entran en la composición de la molécula de ADN humano (especialmente el carbono), no se distinguen de los que forman el ADN de otros seres vivos ni por su estructura ni por su composición química, sino únicamente por las secuencias de las bases nucleicas que codifican y transmiten la información sobre la arquitectura y la estructuración específica del organismo vivo.

historia a lo largo de la cual se adivina el talento, se siente la inspiración y, a veces, casi se vislumbra la presencia de ese Superartista, siempre oculto, que compuso esta maravillosa sinfonía cósmica.

Debemos entonces reconocer que la nueva historia cósmica, mejor que todas las demás, retira el velo ("desvela") que nos ocultaba un Misterio Fundamental en el que todos hemos vivido y evolucionado desde el alba de los tiempos.

Esta historia también tiene el poder de reunir a todos los habitantes de la Tierra en torno a la misma hoguera, para que se den cuenta de que todos pertenecen al mismo clan; que todos viven en la misma aldea; que todos están iluminados por la misma luz y calentados por el mismo calor.

Es capaz de despertar en todos los humanos una fuerte conciencia de su origen único, de su interdependencia y unidad fundamentales, de su destino común donde, todos juntos, se salvarán o se perderán.

3 - Un nuevo rostro de Dios

Como he recordado ya alguna vez, la cultura occidental ha sido moldeada por la religión cristiana. Sin embargo, el mundo occidental se caracteriza actualmente por el fenómeno del abandono gradual y generalizado de esta religión. Hoy, Occidente, en sus instituciones, legislación, políticas y mentalidad, es fundamentalmente laico y secular. Al contrario de lo que ocurría en el pasado, parece que hoy no necesita recurrir a la fe en Dios para funcionar. Sin embargo, no está en contra de Dios como tal (como a veces la susceptibilidad herida y la actitud amargada de algunas autoridades religiosas nos quieren hacer creer), sino que simplemente ya no le interesa la imagen de Dios (theos) y las doctrinas sobre Dios que la religión sigue transmitiendo.

Es sintomática de esta mentalidad la reciente confesión del astrofísico Hubert Reeves, quien ha escrito: "Al no sen-

tirme en posesión de ninguna verdad absoluta ni de ningún mensaje, nunca asumiré que la verdad cristiana es ilusoria, sino sólo que yo ya no puedo entrar en ella (Camus escribió: *Nunca he podido entrar en ella*)"⁹⁰.

Al igual que Reeves, muchas personas en Occidente son ahora "sin Dios" y por lo tanto son "ateos" (lo que no significa "sin espiritualidad"). Así, para muchas de estas personas, el "ateísmo" parece ser la única actitud lógica y coherente, así como la forma de pensamiento más adecuada para vivir en la modernidad. Hay que reconocer, sin embargo, que para muchos de estos "ateos" no se trata en realidad de un ateísmo absoluto y radical, sino de una imposibilidad racional de adherirse a la concepción imaginaria, mítica y antropomórfica de Dios transmitida por la creencia religiosa tradicional, concepción que rechazan a sabiendas. Y, en este sentido, yo también soy incuestionablemente ateo.

Hoy en día, los occidentales que siguen siendo creyentes suelen sentirse más cómodos en una forma de espiritualidad libre y personal activada por su nuevo conocimiento del Universo y por la melodía secreta⁹¹ que les llega desde sus profundidades.

El "nuevo dios" de los tiempos modernos está, pues, más bien en la precisión de la "singularidad" del Big Bang, en las ondulaciones de cada átomo, en la imprevisibilidad y la incertidumbre cuántica, en los hornos nucleares del corazón de las estrellas donde se fabrican los ladrillos de la materia y la vida, en la suntuosa elegancia de las espirales galácticas, en la energía oscura que expande el Universo, en los colores vertidos con profusión en los pétalos de las flores,

⁹⁰ Hubert Reeves, en *Le banc du temps qui passe*, p. 67.

⁹¹ Expresión tomada del título de un libro del astrofísico Trinh Xuan Thuan, *La mélodie secrète : et l'homme créa l'univers*, Gallimard, París, Fayard, 1988; Folio Essais, 1991.

en las variaciones melódicas de los cantos de los pájaros, en la majestuosidad del viejo roble, en la discreta belleza de la campanilla de invierno y de la tímida violeta a principios de la primavera, en el resplandor de una puesta de sol sobre el océano, en la disposición de las sinapsis de nuestro cerebro, en el metabolismo de las bacterias que nos colonizan, en la pureza de los ojos de un niño, en los rasgos extáticos del amor...

El Dios de los modernos no está, pues, en la Biblia, en el dogma de la Santísima Trinidad, en el Cristo de Pablo de Tarso, en el Santísimo Sacramento del altar, en el Espíritu Santo que fecundó a la Virgen María y que ahora asegura la infalibilidad de las declaraciones papales...

Es en esta misteriosa Energía Cósmica y en las hazañas que realiza donde un gran número de modernos se inclinan a reconocer las características de lo "divino" y, por tanto, los rasgos de un "nuevo dios" que sólo tiene la consistencia y la realidad del Universo que impregna con sus virtualidades.

Cabe señalar que este "nuevo" Dios es el opuesto al que proponen las religiones tradicionales⁹². En efecto, ya no hay que buscarlo allá arriba, en el cielo, fuera de nuestro mundo, sino dentro de él, pues se presenta como un fenómeno "natural" que se sitúa en el nivel de las profundidades más abisales de la realidad física del Cosmos.

Si los descubrimientos de la astrofísica permiten hoy pensar que la Realidad Última (que de algún modo podríamos llamar "el nuevo Dios" del creyente moderno) se revela a través de las aventuras evolutivas de un Universo que se despliega en el espacio-tiempo, tal vez sea posible pensar también (y Jesús de Nazaret ya estaba convencido de ello en su época) que es sobre todo en el ser humano donde este

⁹² Un Dios allá arriba, en el cielo, separado y distinto del mundo, sobrenatural, trascendente, Ser Supremo, personal, antropomórfico, "religioso", "clerical", etc.

"nuevo Dios" logró manifestarse, tanto en la materia espiritual como en el espíritu material, y asumir la transparencia de la conciencia, el resplandor de la inteligencia, la delicadeza de la ternura y el rostro del Amor⁹³.

Este Dios "natural" del mundo moderno, ya sugerido por Jesús de Nazaret, es indiscutiblemente más atractivo, más fascinante, más cercano y, por tanto, más fácil de amar, que el Dios "sobrenatural", antropomórfico, masculino, distante y gruñón de la religión.

4 - Una nueva historia de amor

Esta confrontación del espíritu humano con el Misterio Último que penetra y sostiene la Realidad, contribuye, pues, en gran medida al nacimiento en el ser humano de sentimientos de fascinación contemplativa y de admiración extática: actitudes que constituyen los ladrillos con los que está construyendo hoy el "castillo interior"⁹⁴ de su nueva religiosidad y espiritualidad.

Podemos entonces afirmar que la nueva historia del Universo constituye ahora la nueva historia de Dios. Nos muestra, de hecho, en qué dirección debemos buscarlo.

Esto explica la propensión de las nuevas generaciones a "ver" y "sentir" la presencia de un misterio divino más en la belleza de la naturaleza que en los ritos, oraciones, sacramentos, conjuros y mantras de las religiones.

Si los humanos formamos parte del Universo, y si el Universo está impregnado por esa Energía Original amorosa

⁹³ He aquí algunos nombres de cosmólogos y pensadores representativos de esta nueva concepción "religiosa" y, diría incluso, algo "mística" del Universo: Trinh Xuan Thuan, Hubert Reeves, Brian Swimme, Thomas Berry, Matthew Fox, John Van Hagen, Diarmuid O'Murchu, Roger Lenaers, Leonardo Boff...

⁹⁴ El *Castillo Interior* o *El Libro de las Moradas* (escrito en 1577) es la obra maestra de Teresa de Ávila. Es una de las obras más importantes de la espiritualidad y la experiencia mística occidentales.

y benévola a la que nos referimos con el nombre tradicional de "Dios", entonces debemos concluir que nosotros también estamos impregnados por Dios y que el amor que sentimos es la forma humana de manifestar la presencia de lo "divino" en nuestro mundo.

Al fundamentar la presencia de Dios en la presencia del amor en el mundo, la nueva historia del Universo constituye, para los cristianos de hoy, una prueba tangible de la increíble previsión del Profeta de Nazaret y una confirmación de la verdad y la validez de las palabras que pronunció en su tiempo y transmitió a sus discípulos. Además, la nueva historia del Universo puede considerarse la más fascinante "buena noticia" (evangelio) sobre Dios que la humanidad haya escuchado jamás. Esta nueva historia, al eliminar las diferencias de creencias, deja obsoletas las causas de las luchas y los conflictos que aún dividen y oponen a las religiones.

Para los cristianos que hoy habrían adoptado la nueva historia del Universo, la fe cristiana tradicional en la Encarnación de Dios y en la "divinidad" de Jesucristo puede resultar menos absurda y adquirir, en última instancia, un valor simbólico inspirador y aceptable.

Historias para un nuevo "humanismo"

1 - Aparición del ser humano "ateo"

El "humanismo", si fue un importante movimiento cultural y literario del pasado, se ha convertido ahora en el fenómeno social más marcante de los tiempos modernos. También ha nacido de la secularización de las mentalidades, pero sobre todo de una nueva cosmovisión que ha trastocado y cambiado totalmente los viejos paradigmas del pensamiento humano.

Hoy, la nueva cosmovisión empuja a muchos antropólogos, científicos y astrofísicos a admitir no sólo que el ser

humano representa un logro particularmente exitoso en la marcha evolutiva del Universo hacia la complejidad, sino que también constituye una manifestación particularmente llamativa de los campos de atracción originales que estructuran la Realidad. Se dice que se han condensado y sublimado en el ser humano en movimientos conscientes de relación y comunión, responsables del milagro de la aparición de la mente consciente e inteligente y del amor libre y gratuito en nuestro Universo.

De esta consideración deducen que, a través del ser humano, el Universo ha llegado a tomar conciencia de sí mismo y a maravillarse de su grandeza, armonía y belleza; y que el ser humano podría considerarse, por tanto, como la parte consciente e inteligente del Cosmos, así como de la Madre Tierra, que lo generó.

Esta forma de concebir la naturaleza y función del ser humano en la ordenación global de la Realidad, llega incluso a afirmar que sin la inteligencia y la conciencia que se ha encendido en él durante su proceso evolutivo, no habría Cosmos. De hecho, ningún ojo admirador estaría allí para contemplarlo, para darle una forma, un nombre, una función, un significado, un rostro, una belleza. No habría inteligencia para estudiarlo, para entenderlo.

El hombre y la mujer modernos, tras la "tábula rasa" del antiguo bagaje mítico transmitido por la religión, se han dado cuenta de que ellos son, en definitiva, la única fuente de inteligencia y sentido. Por eso han llegado a la conclusión de que son, en este mundo, los únicos "legisladores", la única fuente de la norma ética, la única medida de los contenidos del bien y del mal; las únicas criaturas capaces de pronunciarse sobre el valor o el no valor, la calidad humana o inhumana de sus decisiones y comportamientos.

Este nuevo tipo de ser humano parte de la premisa de que no existe ninguna Entidad divina, ni ninguna sabiduría sobrenatural que le guíe por los caminos de la vida.

En este nuevo tipo de "humanismo", la norma última para juzgar el valor moral, y por tanto "humano", de una acción suele venir dada por los sentimientos y reacciones de aceptación o rechazo, de aprobación o negación, de placer o disgusto, de satisfacción o insatisfacción, de alegría o tristeza, que el individuo "siente" en su interior en una situación concreta.

Como pertinentemente señaló Y. N. Harari⁹⁵, ante un problema, es difícil que los modernos consulten la Biblia o a un sacerdote para encontrar una solución o saber cómo actuar; preferiblemente consultarán a un terapeuta o a un psicólogo que les escuchará con simpatía, que no les propondrá ninguna solución, pero que probablemente les remitirá a sus sentimientos o a su forma de ver las cosas.

Incluso, tras de la muerte de un ser querido, cada vez son menos las personas que piensan que sigue teniendo sentido confiarlo a la bondad de Dios para que cuide de su alma... En lugar de ello, prefieren confiar los restos mortales al cuidado de un embalsamador profesional. El ejemplo actual de Quebec es sintomático en este sentido. La población francófona de esta provincia canadiense, que en el espacio de tres décadas (1960-1990) abandonó la religión por considerarla inútil y anticuada, no se quedó sin principios, ética o espiritualidad. Los quebequenses siguen viviendo y dejándose llevar por los valores que les llegan de un estado de humanización y civilización adquirido (que la religión católica tradicional había contribuido en parte a establecer y transmitir). Son estos valores seculares y simplemente huma-

⁹⁵ Harari en *Sapiens* y en *Homo Deus*.

nos los que ahora impregnan la cultura, la legislación y la política de esta provincia francesa de Canadá.

Son estos mismos valores los que ahora forman parte de los objetivos políticos y del nuevo patrimonio cultural y ético de Occidente y de muchos otros países "modernos" del mundo. Estos valores civiles y laicos han dado lugar, en todo el mundo, a Estados de derecho, Estados de bienestar, democracias liberales, libertades individuales, Declaraciones de derechos humanos y libertades, movimientos de emancipación de la mujer, de igualdad de género, sensibilidad ecológica, preocupación por la justicia, la igualdad y la paz, etc.

Todos estos valores no necesitaron de la religión para surgir, ni para ser conocidos, reconocidos y practicados. Por el contrario, a menudo han sido conquistados y adquiridos por la modernidad a pesar y en oposición a la religión, que ha predicado constantemente que la fe en la existencia de Dios y el "temor a Dios" eran necesarios para dar un propósito a la existencia humana y para asegurar la estabilidad del orden civil y moral, sin el cual el mundo "caería en la ruina".

Así, la práctica de una ética sólida, la tolerancia y la aceptación de las diferencias, la igualdad democrática, el valor de la mujer, la lucha contra el terrorismo y la violencia, el cuidado de la naturaleza (por citar sólo algunos ejemplos), están lejos de ser actitudes ordenadas o recomendadas por la religión. Son simplemente parte del comportamiento normal de individuos y ciudadanos responsables, civilizados, educados y humanizados.

Los nuevos paradigmas de pensamiento nos llevan entonces a darnos cuenta de que, en última instancia, son sólo la inteligencia (especialmente la guiada e iluminada por la sensibilidad y la sabiduría del corazón), el sentido común, el conocimiento y las experiencias acumuladas del homo sapiens, los únicos y verdaderos guías y maestros, los que siempre han apoyado y guiado el viaje ético y sapiencial de

la humanidad a través de los milenios. Esto significa también que ninguna intervención sobrenatural o sabiduría divina ha acudido nunca al rescate de la ignorancia humana y se ha inmiscuido en los asuntos de los humanos⁹⁶.

Por lo tanto, para esta nueva forma de pensamiento, las religiones no son más que "fórmulas" o modelos provisionales de comunicación contruidos por los seres humanos, encajados en la cultura de su época, para que los contenidos más valiosos de su sabiduría y humanidad, por boca y autoridad de los dioses, sean más fácilmente transmitidos y recibidos por las personas sencillas e incultas de las sociedades antiguas.

Este paso a una cultura laica y secular totalmente emancipada de la religión, calificado por algunos antropólogos y teólogos modernos como paso a una cultura "post-religional" ("después" o "más allá" de lo "religional", no simplemente de "lo religioso"), encuentra su fundamento en la constatación moderna de que, al igual que la "hipótesis de Dios" ya no es necesaria para que la ciencia explique los fenómenos del mundo físico, tampoco esta hipótesis de la religión es ya necesaria para explicar, apoyar o dirigir adecuadamente el mundo humano. En el mundo "posreligional", el ser humano se considera ahora el único responsable de su propia felicidad o desgracia.

Como señaló Harari, en este mundo de la "posmodernidad", que es también el mundo de la "pos-religión", todos

⁹⁶ Esto puede ilustrarse con la historia del ingenuo y cándido niño cuyos padres le han convencido de la existencia de Papá Noel, que hace regalos a los niños buenos que se lo piden. Sin embargo, con el tiempo, el niño crece. Un día descubrió que los regalos que había recibido de Papá Noel eran en realidad sólo de la atención, los sentimientos y la cartera de sus padres. Ese día, el joven se dio cuenta de que el sentimiento de felicidad que había experimentado durante las Navidades de su infancia no tenía nada que ver con un Papá Noel que no existía, sino con la presencia real y benévola de sus padres.

los preceptos y doctrinas de las religiones podrían sustituirse fácilmente por dos simples reglas de oro: 1) No hagas sufrir a nadie, y 2) Actúa con el otro como te gustaría que alguien actuara contigo⁹⁷.

2 - La muerte del hombre "religioso"

Con el cambio de la imagen tradicional de Dios, los nuevos paradigmas han cambiado también la imagen tradicional de ser humano transmitida por la religión. Al igual que ha habido una muerte del dios (theos) fabricado por la religión, también ha habido una muerte del humano "religioso" que, a lo largo de los siglos, la religión había moldeado. El ser humano ya no es considerado hoy como una criatura creada directamente por Dios, con un alma inmortal y "sobrenatural", atrapada en un cuerpo y perdida en un mundo material que le es ajeno y hostil.

La vida del ser humano en la tierra ya no se ve como un tiempo de prueba y exilio, a la espera de volver al paraíso de Dios, su verdadera patria.

En los nuevos paradigmas de pensamiento, el ser humano ya no viene de arriba, sino de abajo. La Tierra es su verdadero caldo de cultivo y su verdadera cuna. Está hecho de Tierra, pertenece a la Tierra, vive de la Tierra. Es un "terricola". La Tierra es la madre que lo concibió, lo formó en su vientre y lo dio a luz como su último tesoro. Y desde entonces, el pequeño nunca se ha separado de los generosos pechos de esta madre, donde encuentra su placer, su seguridad y todo lo que necesita para vivir, crecer y prosperar.

Hoy hemos comprendido que el ser humano procede directamente de la tierra y no directamente de Dios; que es, en sentido estricto, un hijo de la Tierra y no un hijo de Dios.

⁹⁷ Véase Harari, *21 lecciones*.

Y que, por tanto, no está hecho para residir un día en el cielo, sino para habitar la Tierra y vivir en total ósmosis y sintonía con ella. Ahora sabemos que la felicidad o infelicidad del ser humano, así como su éxito o pérdida, ya no dependen de la calidad de su relación con Dios, sino sólo de la calidad de su relación con la Madre Tierra y con las criaturas que la habitan.

Hoy también sabemos que el hombre ya no es, como se ha creído durante mucho tiempo, el "centro" del Universo, el "señor" indiscutible de la creación. Nunca ha recibido de Dios la autorización y los plenos poderes para administrar, utilizar y explotar la Tierra a su antojo, como si fuera de su exclusiva propiedad. Hoy nos hemos dado cuenta, como nunca antes, de que el hombre no es el dueño del Planeta, sino su servidor.

Ahora entendemos mejor que el hombre no tiene más derechos que las demás criaturas; que no tiene derecho a imponer sus derechos, pensando que los suyos están por encima de los de las demás criaturas y de los derechos del Planeta.

3 - El fin del "ministerio" de la religión

Ninguna persona inteligente y culta se atrevería hoy a negar el papel esencial que las religiones han desempeñado en la comunicación de valores y principios capaces de dar y asegurar el sentido, el orden y la estabilidad de las sociedades humanas en el pasado. Sin embargo, como resultado de los cambios de paradigma en Occidente durante los últimos tres siglos (del XIX al XXI), la mentalidad occidental moderna es actualmente incapaz de aceptar la antigua visión mítica de la Realidad; tampoco esta mentalidad está dispuesta a aceptar la forma terriblemente infantilizante y alienante en que la religión ha gestionado y cultivado la responsabilidad, la espiritualidad y el conocimiento humanos a lo largo de los siglos.

Por eso, el mundo occidental del siglo XXI prescinde muy fácilmente de la fe en Dios que la religión hizo obligatoria. Aunque reconoce que el Theos de la religión realizó en su día una labor útil, y, sin duda, necesaria, está convencido de que su presencia y sus habilidades ya no son necesarias en la actualidad. Por lo tanto, el viejo Theos puede retirarse y morir en paz.

¿Se derrumbará el mundo como consecuencia de ello? ¿Irán los humanos a matarse unos a otros porque han perdido el miedo a Dios y a su infierno, y los hitos éticos que él marcó, como se pensaba en la Edad Media? No, en absoluto.

Viendo con qué rapidez y en qué proporciones las poblaciones, tradicionalmente cristianas en Occidente, están abandonando, prácticamente en todas partes, tanto la fe como la práctica religiosa (como hemos visto con el ejemplo de Quebec), podemos concluir que la desaparición de theos no causa ni gran pesar ni gran agitación; y que la gente está muy bien, e incluso mejor, sin esta deidad que durante milenios la ha tiranizado y aterrorizado.

También hay que reconocer que en la sociedad occidental actual, fundamentalmente laica y secularizada, la gente ya no se siente en deuda con su pasado cristiano y religioso, ni vinculada a sus antiguas tradiciones. Saben, en efecto, con la certeza de la ciencia, que las creencias, doctrinas y normas que les han llegado del pasado han sido construcciones humanas válidas para estas sociedades antiguas, pero que sería absurdo atribuirles una calificación de perpetuidad e inmutabilidad, como ha sido el caso de la "tradición" dogmática, doctrinal y normativa de la religión cristiano-católica.

Con un asombro bastante amargo se ha comprendido finalmente que durante milenios los seres humanos se han sometido a dictaduras que ellos mismos habían erigido, a autoridades que ellos mismos habían inventado y reconocido, a autoridades normativas que ellos mismos habían estableci-

do, y que se han encerrado en prisiones que ellos mismos habían construido, esclavos de tradiciones y poderes que ellos mismos habían creado⁹⁸.

Y he ahí que, por fin, los ciudadanos descubren que son libres de tomar sus propias decisiones y son dueños de su destino. En consecuencia, se enfrentan a sus responsabilidades, como únicos portadores de la inteligencia, el orden y el sentido del mundo que habitan, y de gran parte del bien y el mal que les sucede.

Por lo tanto, se puede decir que el "teísmo" del pasado ha sido sustituido por el "humanismo" de hoy. El culto a Dios ha sido sustituido por el culto al Ser Humano. La antigua religión teísta ha sido sustituida por la nueva religión humanista. "La revolución religiosa central de la modernidad ha sido, por tanto, la ganancia de la fe en la humanidad, más que la pérdida de la fe en Dios"⁹⁹.

Relatos y planteamientos para una nueva ética

Desde la segunda mitad del siglo XX (hasta el pontificado del Papa Francisco), el Magisterio de la Iglesia Católica centró su enseñanza ética principalmente en las normas que regulan la vida sexual de las personas, descuidando cuestiones mucho más importantes para el futuro de la humanidad.

Así, pocos documentos oficiales de la Iglesia abordan cuestiones tan fundamentales en el mundo actual como, por ejemplo, la carrera armamentística; la proliferación de armas nucleares, el resurgimiento de los nacionalismos, la corrupción en los sistemas públicos y en las empresas privadas, la evasión fiscal, las diversas formas de esclavitud en el mundo,

⁹⁸ Cfr. J.M. Vigil, *Recentrando el papel futuro de la religión: humanizar la humanidad*, en "Horizonte", vol. 13, nº 37, pp. 319-359, disponible en josemariavigil.academia.edu

⁹⁹ Harari, *Homo Deus*, p. 244.

el comercio clandestino de órganos humanos, el tráfico, la explotación y el comercio sexual de menores, el estado de inferioridad, la opresión, la servidumbre y el desprecio a las mujeres, la homofobia, la intolerancia y la persecución de la comunidad LGBTQ+ en muchas sociedades y países del Planeta, la xenofobia, el racismo, el antisemitismo; los daños causados a la sociedad y al Planeta por los métodos depredadores y destructivos del capitalismo liberal; las injusticias y desigualdades, las causas de la guerra, el terrorismo, la pobreza, etc., y la falta de respeto a los derechos de las mujeres. La lista podría ampliarse indefinidamente.

Hay que reconocer, sin embargo, que hoy en día en Occidente, incluso entre los creyentes, son muy pocos los que se toman en serio los documentos de los Papas y se sienten preocupados por las normas eclesíásticas relativas a su vida sexual. Este rechazo es tanto más radical y definitivo cuanto que las directrices éticas elaboradas e impuestas por la Iglesia son percibidas no sólo como abusos de autoridad, sino también como normas irreales e infundadas, derivadas de una visión mítica y precientífica de una instancia moral que el hombre y la mujer modernos ya no son capaces de aceptar.

El supremo magisterio de la Iglesia católica bien puede afirmar que la planificación de la natalidad y el control de la misma son tristes descubrimientos del espíritu egoísta y hedonista de nuestras sociedades seculares, que ignoran que "la gloria de Dios es que el hombre viva"¹⁰⁰, y que, por tanto, cuantos más humanos haya en la tierra, más gloria, honor y satisfacción obtiene Dios de ellos. Tanto peor si, a causa de una injusta distribución de la riqueza y de la superpoblación del planeta, una gran parte de esos niños estará condenada a la miseria, la desnutrición y la muerte prematura...

¹⁰⁰ Esta frase es el título de una obra de San Ireneo de Lyon.

Hoy en día, la gente seguirá actuando como cree que debe, según su buen juicio, y al margen de las revelaciones y leyes divinas, las encíclicas, las cartas apostólicas y las exhortaciones papales¹⁰¹.

Si la religión cristiano-católica justifica sus imperativos en materia de moral sexual recurriendo a una ley divina y natural o a la voluntad de un Theos dispuesto a castigar a los transgresores, el hombre y la mujer modernos, por su parte, al no creer ya en la existencia de tal Dios, asumen ahora la plena responsabilidad de sus elecciones y acciones. Lo hacen también porque sienten que sólo pueden realizarse verdaderamente como personas a través de una relación amorosa con otras personas, y que se trata de su vida personal e íntima, en total emancipación de toda autoridad externa, ya sea de origen "divino" o humano.

Hoy en día, tanto los psicólogos y psicoanalistas como la gente de a pie piensan que los sentimientos, las convicciones, el sentido común y la percepción ética de cada individuo son los factores más adecuados y apropiados para determinar la calidad moral y humana de sus acciones, independientemente de lo que piensen los demás, la Biblia, la religión o el Papa. Ahora están convencidos de que sólo a ellos les corresponde encontrar la forma correcta de vivir su sexualidad y establecer las reglas adecuadas que les ayuden a desarrollarse armoniosamente a lo largo de su vida.

101 Esta actitud de emancipación y de total libertad frente a las autoridades religiosas por parte del pueblo de nuestro tiempo, se ha hecho realidad gracias a una nueva mentalidad, y a la importancia que se da ahora a los derechos y sentimientos de las personas, que prevalecen sobre los prejuicios, los tabúes, las prohibiciones religiosas, las leyes "divinas", las normas "reveladas", las tradiciones "sagradas" promovidas e impuestas por la religión... gracias, pues, a la actual insignificancia de la religión y de las directrices del magisterio oficial de la Iglesia.

Una cosa es cierta: en Occidente, la Iglesia ha perdido la autoridad y el poder que antes tenía para dirigir y organizar la vida privada (y sentimental) de las personas. En este ámbito, las encíclicas, las cartas apostólicas, los discursos y directivas papales, las recomendaciones de los sínodos romanos sobre la familia, son una pérdida de tiempo. Esto se debe a dos razones fundamentales: en primer lugar, porque la gran mayoría de los cristianos informados se han emancipado del dominio de la religión y del clero en sus vidas. En segundo lugar, porque estos mismos cristianos, habiendo salido por fin de su ignorancia e ingenuidad, se han dado cuenta de que, en muchos casos, las autoridades eclesásticas son ellas mismas en gran medida moralmente corruptas, y que son, en muchos casos, las primeras en rechazar para sí mismas las normas éticas que establecen para los demás **102**.

Esta hipocresía de base, esta falta de coherencia y de transparencia, que se ha convertido en un sistema de cobertura y de gobierno dentro de la Iglesia católica, hace que su credibilidad y su autoridad en el ámbito de la moral sean ya prácticamente nulas.

Además, es un hecho que la gran mayoría de los cristianos de Occidente se inclinan hoy por las conclusiones y opiniones de los hombres y mujeres de ciencia más que por las convicciones e ideas de los hombres de Iglesia. Y es por ello que en la sociedad occidental se pierden de antemano todas las batallas que la religión libra para defender y reforzar su autoridad moral en el ámbito de la conducta privada de los creyentes (por ejemplo, el matrimonio indisoluble, las relaciones sexuales permitidas sólo dentro del matrimonio; las relaciones sexuales sólo con vistas a la procreación, la condena de todos los medios anticonceptivos y de todo control artificial de los procesos biológicos de fecundación...).

102 Cfr. Frédéric Martel, *loc. cit.*, pp 630.

Hoy comprendemos mejor que, al final, la ética no es una cuestión de religión. La religión se ocupa de la relación entre Dios y la humanidad, mientras que la ética es un asunto que corresponde principalmente a las ciencias humanas, que son mucho más competentes para determinar las actitudes y los comportamientos más adecuados para garantizar tanto la aptitud física como el desarrollo psicológico y sentimental de la persona, así como las relaciones decentes con los demás seres humanos" **103**.

Si eres una buena persona, si tienes un buen corazón y si sabes que una acción puede causar daño, pena o sufrimiento innecesario a otra persona, la evitarás de forma natural y espontánea. No necesitas saber que hay una ordenanza divina que te prohíbe realizar acciones como robar, violar o matar. Darse cuenta de que esto es una causa de pérdida o dolor para otros debería ser suficiente para convencerte de que te abstengas de hacerlo. Si, a pesar de ello, sigues robando, violando y matando, significa que sufres de falta de humanidad y que has desarrollado reacciones y comportamientos que no son conformes con tu verdadera y sana naturaleza **104**.

Relatos y planteamientos para una nueva espiritualidad

1- El ser humano, lugar privilegiado de la presencia del espíritu

En el Universo el ser humano es el resultado de un largo viaje de unos trece mil setecientos treinta millones de años de materia que, partiendo de la simplicidad de la gran explosión, condujo a la desconcertante complejidad de la vida y la conciencia. En realidad, somos criaturas del Universo. Somos hijos de las estrellas, en cuyos hornos se han elaborado los

103 Lucien Lemieux, *Une histoire religieuse du Québec*, Novalis, 2010, p. 158

104 Harari, o.c., pp. 217-221

átomos de nuestro cuerpo a través de los cuales estamos en íntima comunión con todo el Cosmos.

Nuestro cerebro, fruto de una organización fantásticamente compleja de la materia, fue atravesado en su día por la fulguración del espíritu que hizo brotar en el ser humano el prodigioso brillo de la conciencia.

En el estado actual de nuestros conocimientos, la especie humana parece ser la única sede en el Universo de la presencia de una inteligencia autoconsciente.

Esta característica hace de hombres y mujeres unas criaturas capaces de actividad espiritual y, por tanto, de "espiritualidad", porque son portadores de "espíritu".

La presencia humana en este mundo nos enseña así que la materia no es sólo materia, sino que en su profundidad (cuántica) es capaz de transformarse en espíritu. La "espiritualidad" sería entonces un fenómeno completamente "natural" para el ser humano, y por tanto muy anterior e independiente de la religión, y sería más bien una de las formas en las que la espiritualidad humana se ha expresado a lo largo de los milenios.

Los signos de la presencia del espíritu son visibles en todas partes a nuestro alrededor.

De hecho, la sociedad humana sólo ha podido sobrevivir y desarrollarse gracias a la acción de este espíritu. El espíritu trabaja constantemente para asegurar el progreso y la ascensión de nuestra raza hacia formas de perfección y humanización cada vez más logradas.

Las maravillas del arte y la arquitectura, el deleite de la música, la magia de la poesía, la riqueza de la literatura, los descubrimientos y avances científicos, el progreso técnico, las estructuras e infraestructuras que utilizamos, los alimentos que comemos, las casas en las que vivimos, la ropa que llevamos, las carreteras por las que viajamos, los medios de

comunicación y transporte de los que disfrutamos, el conjunto de dispositivos, máquinas y artilugios informáticos que hacen nuestra vida más fácil y agradable, etc., todo esto es el resultado y el trabajo de la mente en nuestro mundo.

Sin embargo, el fenómeno de la presencia del espíritu en nuestro mundo no deja de cuestionar nuestra inteligencia. ¿Qué significa esta presencia? ¿De dónde viene? ¿Será que la realidad del ser no se reduce exclusivamente al mundo de la materia (física), sino que existe también un mundo del espíritu? ¿Será que la naturaleza ha moldeado al ser humano para que sea el vínculo o el encuentro o la fusión de estos dos estados de la realidad? ¿Será que el ser humano es el canal que permite al mundo espiritual irrumpir en el mundo material para "colonizarlo" y fecundarlo con su presencia? ¿Será que existe una "vida espiritual" que es la condición y el soporte de nuestras vidas y sin la cual dejaríamos de ser humanos? ¿Será que la materia es, en última instancia, sólo una manifestación particularmente intensa del espíritu?

En cualquier caso, hoy en día es obvio, incluso para los agnósticos y ateos, que el ser humano es portador de espíritu y que, por ello, posee una profundidad de ser que nunca podrá ser explicada por los componentes químicos de su estructura biológica y que parece apuntar a un "misterio" que está más allá de él.

Esta profundidad del ser humano, la sede de su espíritu, suele denominarse hoy en día "espiritualidad". La espiritualidad sería entonces todo lo que conforma la fisonomía interior del ser humano: sobre todo, sus motivaciones vitales, sus sueños, sus utopías, sus pasiones, sus ideales, sus planes, su mística y los amores por los que vive, lucha, muere y por los que influye y atrae a los demás¹⁰⁵.

¹⁰⁵ Cfr. J.M. Vigil, *Teología de la liberación y nueva epistemología*, Barcelona, 2008, pp. 23-24. Disponible en josemariavigil.academia.edu

Su espiritualidad sería también su capacidad de construir un marco coherente de la Realidad, de descubrir la red casi infinita de relaciones que la constituyen, de establecer conexiones, de producir unidad, de hacer síntesis significativas, de dar sentido. Leonardo Boff señaló con acierto que, al igual que la psique necesita un Centro que ordene y coordine todas las energías e impulsos que la habitan, la mente se siente herida y dividida si no logra obtener una síntesis, no teórica, sino vital y existencial, que dé sentido y dirección a su vida. Por eso cada persona, de una u otra manera, consciente o inconscientemente, posee una "cosmovisión", es decir, una visión o captación global de la Realidad y una forma personal y subjetiva de entenderla e interpretarla. La mente, afirma además Boff, no tolera la esquizofrenia existencial, que separa, opone, divide y atomiza la realidad¹⁰⁶.

2- Una espiritualidad para encontrar el sentido

Según Paul Tillich, cuando el espíritu de la persona se aplica a dar sentido a su presencia en el Universo, ya no vive en la superficie de su existencia, sino que vive desde dentro de su ser. Cava entonces el pozo de su "profundidad" y construye el templo de su "espiritualidad"¹⁰⁷.

Las ciencias humanas coinciden hoy en que la espiritualidad es un hecho antropológico esencial del ser humano, como la inteligencia, la voluntad o la libido, y que es anterior a la aparición de las religiones. El ser humano no sólo posee una exterioridad (su cuerpo), una interioridad (su psique), sino también una profundidad (su espíritu).

En el proceso evolutivo de este primate del género homo y de la especie sapiens/demens, podemos situar la aparición del espíritu en su psique en el momento en que se

¹⁰⁶ L. Boff, "Qué es el espíritu en la nueva cosmología", en su blog leonardoboff.org

¹⁰⁷ Paul Tillich, *Dinamics of Faith*, Nueva York: Harper & Row, 1957.

percibe conscientemente como parte de un Todo mayor que él mismo (hace unos 7-8 millones de años, con el nacimiento del neocórtex). Esta percepción significa que el ser humano pasa a ser capaz de estructurarse psicológicamente como una criatura de relaciones, constantemente abierta tanto al mundo natural y visible que le rodea como a lo invisible, lo misterioso y lo infinito.

Hoy en día, los psicólogos se inclinan incluso por la hipótesis de la presencia de varias formas de inteligencia en la persona. La persona estaría dotada no sólo de una inteligencia "racional", sino también de una inteligencia "emocional", y de una inteligencia "espiritual". Esto último haría que el ser humano estuviera especialmente interesado y abierto a la búsqueda del sentido y de la dimensión misteriosa, sagrada, interior de su ser y, por tanto, también a la búsqueda de Dios.

Por lo tanto, si es cierto que la espiritualidad es parte integrante de la naturaleza humana, también es cierto que el individuo que no es capaz de realizar la dimensión espiritual de su personalidad queda minusválido, mutilado, incompleto y, por lo tanto, en desventaja en la realización de su humanidad.

El ser humano, de hecho, necesita saber de dónde viene y a dónde va, y cuál es la razón, la función y el propósito de su presencia en este mundo. No acepta verse a sí mismo como el resultado banal de un azar ciego y totalmente insignificante. La búsqueda de sentido es uno de los impulsos más profundos y las necesidades más vitales de su ser, incluso más urgente que la búsqueda de placer, sexo o poder. El ser humano necesita dar una dirección y un propósito a su vida para poder vivirla plenamente. Una vida sin sentido es una vida sin esperanza y, en última instancia, una vida de desesperación.

Es esta tendencia de la persona a trascender la materialidad de las cosas y la banalidad de su existencia cotidiana,

a enriquecerlas con un sentido y una dimensión superiores, lo que está en el origen de una forma "especial" de espiritualidad que, en el curso de la historia de la humanidad, ha tomado principalmente la configuración concreta y social de la "religión".

La espiritualidad, pues, es ese conjunto de actitudes, disposiciones y decisiones que llaman a la persona a emprender el viaje hacia su interior, para descubrir las virtudes, actitudes, cualidades y comportamientos que la definen. Y ello para comprender mejor la naturaleza de su ser; la finalidad de su presencia en el mundo, y para recomponer su vida según el modelo de humanidad o los valores que cada persona ha encontrado en su interior y que constituyen las verdaderas características de su humanidad.

Tanto si la persona es religiosa como si no, creyente o no, suele sentir la necesidad de encontrar y dar sentido a su presencia en este mundo. Si es religiosa, lo encuentra fácilmente en sus creencias; si no lo es, la búsqueda de sentido puede ser más larga, compleja y atormentada, pero al final le resultará quizás mucho más enriquecedora y satisfactoria.

El "sentido" es entonces lo que permite al ser humano vivir "humanamente". El "sentido" es el "alma" (o "aliento") que anima e inspira su existencia, que le permite sostenerse y desarrollarse, dándole la calidad y profundidad humanas que son las características fundamentales de la buena espiritualidad. Con tal de encontrar un sentido, el ser humano es capaz de todo, incluso de recurrir a la ficción, inventando historias y mundos imaginarios en los que encontrarse a gusto, porque le proporcionan respuestas que necesita para dar sentido a su vida y afrontar con serenidad las vicisitudes de su viaje "cósmico".

Las manifestaciones de la espiritualidad humana en el curso de la historia han sido innumerables y de gran variedad. Pueden clasificarse en cuatro direcciones principales.

Una espiritualidad asiática "oriental", basada principalmente en el análisis de los estados modificados de conciencia, en la explotación de las energías y del potencial mental-psicosomático de la naturaleza humana, en la observación de la inconsistencia de las cosas, en la paz interior y el silencio, y en la fusión mística del individuo con el Todo de la Realidad.

Una espiritualidad diferente, propia del antiguo Cercano y Medio Oriente, constituida por el monoteísmo (especialmente judío), la tradición profético-bíblica y el "Camino" de Jesús de Nazaret. Estos tres movimientos espirituales están en el origen de la tradición llamada "ético-profética". Esta tradición espiritual, reelaborada y enriquecida por las ingeniosas intuiciones de Jesús de Nazaret, se presentará entonces como una experiencia interior que, durante los tres primeros siglos del cristianismo, se desplegará como una forma de humanismo, caracterizada por la práctica de la bondad, la solidaridad, la fraternidad, la justicia, la compasión, el servicio y el amor gratuito y desinteresado, con vistas a la construcción de un mundo nuevo (el "Reino de Dios"). Valores que se presentan como las actitudes y comportamientos básicos que constituyen toda auténtica espiritualidad.

En las culturas primitivas de las poblaciones indígenas, tanto antiguas como contemporáneas (en América, África, Oceanía, etc.), la espiritualidad ha estado esencialmente vinculada a los fenómenos del mundo natural (el bosque, el agua, el aire, el fuego, el sol, las cosechas, los animales, la fertilidad, etc.). Estos pueblos experimentaban lo divino en contacto con la Madre Tierra, que ellos experimentaban cargada de un misterio inefable y sagrado.

En el mundo occidental premoderno, la espiritualidad se ha establecido sobre todo como una postura religiosa e intelectual que se hace explícita en la adhesión a "verdades", creencias y en las prácticas de culto y ritos que exige la religión.

Sin embargo, en el mundo occidental moderno estamos asistiendo a una nueva forma de espiritualidad que yo llamaría "ecocentrada". Es una espiritualidad que recupera la sensibilidad y el asombro de las culturas primitivas hacia la Naturaleza y que se está desarrollando con casi total independencia de la religión y que, casi con toda seguridad, acabará sustituyéndola.

Esta nueva espiritualidad ha nacido de forma casi espontánea como un producto necesario e inevitable de los nuevos paradigmas en los que ha entrado el mundo occidental con los avances del conocimiento y los descubrimientos de la ciencia moderna. Los nuevos paradigmas ofrecen una visión y una comprensión de la Realidad y del Universo tanto más verdaderas y convincentes, cuanto que ahora dejan obsoletas e inútiles todas las viejas explicaciones, respuestas y propuestas proporcionadas por las religiones.

Esta nueva espiritualidad ecocentrada ha surgido de la conciencia de tres verdades fundamentales. En primer lugar, que los seres humanos y el planeta que habitamos somos el resultado de la marcha evolutiva del Universo hacia la complejidad que comenzó hace 13.700 millones de años. En segundo lugar, como he dicho en repetidas ocasiones, que somos el producto del planeta Tierra, que es, literalmente, la madre que nos engendró tras un periodo de gestación de tres mil millones de años. En tercer lugar, ahora nos damos cuenta de que el Universo tiene un orden, una dirección, un sentido, que las cosas son más que cosas, que contienen un mensaje, transmiten información y tienen un lado invisible que apunta a una misteriosa Presencia que lo impregna todo con su energía. Las tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad la han llamado con mil nombres, pero nunca la han podido descifrar.

108 Cfr. L. Boff en su página servicioskoinonia.org/boff nº 984 del 15 de mayo de 2020.

La nueva espiritualidad se presenta entonces como la expresión de una fuerte convicción de unidad y dependencia no sólo con este Misterio Último, que subyace a todo el Universo, sino también con la Madre Tierra, de la que necesariamente dependemos¹⁰⁸.

Así, frente al actual estado de devastación del Planeta provocado por la estupidez y la codicia depredadora de ciertas categorías humanas "vampíricas", la nueva espiritualidad activa en un gran número de humanos una forma totalmente nueva de sensibilidad "ecológica".

En el estado actual de nuestro Planeta, sin esta sensibilidad (que por fin se está convirtiendo en una nueva forma de espiritualidad) que se traduce en una ética "ecocentrada" de cuidado, respeto y preservación, la humanidad tendrá dificultades para salir del caos en el que la ha sumido su frenesí de consumo¹⁰⁹.

3 - Espiritualidad y religión

Los ingenuos creyentes de antaño estaban convencidos de que la religión estaba constituida por un conjunto de conocimientos transmitidos directamente por Dios y que la religión poseía los medios necesarios para relacionarla con la deidad y obtener su benevolencia y una participación eterna en su felicidad (= salvación eterna).

Hoy se piensa que es más bien la espiritualidad natural del ser humano la que está en el origen de las religiones y que éstas sólo han podido sobrevivir a lo largo de la historia explotando esa religiosidad en su beneficio. Así, hay que decir que no es la religión la que creó la espiritualidad, sino la espiritualidad la que creó las religiones.

Aunque las religiones no han existido siempre, puede decirse que la espiritualidad es probablemente contemporánea a la aparición de la conciencia y el espíritu en el Homo

sapiens. Así, durante decenas y decenas de milenios, la espiritualidad ha existido sin religión. Esto significa que la espiritualidad no sólo no depende de la religión, sino que a menudo está incluso en conflicto con ella; y que, finalmente, la religión puede existir sin ninguna espiritualidad y la espiritualidad sin ninguna religión.

La espiritualidad es, por tanto, un fenómeno humano y natural, no religioso. La espiritualidad es esencialmente secular. Se sitúa en la "naturaleza" y no en la "religión", aunque la religión se haya arrogado posteriormente el monopolio y la exclusividad.

Por mi parte, me inclinaría incluso a afirmar que, de hecho, la espiritualidad está en las antípodas de la religión. La espiritualidad se realiza en el plano de la subjetividad y la interioridad, mientras que la religión se realiza en el plano de la objetivación y la exterioridad.

En la religión, Dios está en el origen del ser humano; en la espiritualidad, el ser humano está en el origen de Dios. En la espiritualidad Dios se revela a la persona desde dentro; en la religión Dios se revela a la persona desde fuera.

En la espiritualidad es el propio hombre el que, en la grandeza y belleza del Universo, vislumbra la existencia de una Energía Original o Misterio Último que lo sustenta. En la religión se enseña, se propone y se impone la existencia de Dios como una Realidad ontológica, objetiva, evidente y externa que la persona sólo debe aceptar, y a la que necesariamente debe creer y someterse.

En la espiritualidad, Dios se descubre en el asombro, la maravilla y el arrebató de una mente inteligente que no encuentra en sí la justificación del potencial espiritual con el que se gratifica. En la religión, no es de extrañar que se posea a Dios como una mercancía ampliamente comercializada y como resultado de prácticas y rituales indefectiblemente eficaces.

En la espiritualidad, Dios sólo se encuentra al final de un largo trabajo de búsqueda, construcción y unificación de la propia humanidad (una humanidad a menudo dividida entre el deseo del bien y la atracción del mal, entre el ser y el tener, entre la autenticidad y la apariencia, entre la libertad y el deber, etc.). En las religiones, la búsqueda y la posesión de Dios se hace a menudo al precio de la deconstrucción y la "mortificación" de la naturaleza humana.

Mientras las religiones afirman que es necesario que el ser humano muera para ver a Dios, la espiritualidad sostiene que el ser humano sólo se convierte en la más perfecta y llamativa revelación de la presencia de Dios en el Universo cuando consigue vivir en armonía con el mundo que habita, y realizar, en el curso de su existencia, las exigencias de una humanidad ejemplar.

Mientras la religión afirma que la persona abdica de su dignidad cuando escucha los impulsos de su naturaleza, la espiritualidad sostiene, por el contrario, que sólo cuando vive plenamente como ser humano se convierte en el mejor icono de la divinidad.

Las religiones, como instituciones humanas que garantizan su existencia mediante la imposición y la sumisión a dogmas, doctrinas, ritos y prácticas externas, no tienen evidentemente ningún interés en fomentar entre sus adeptos una búsqueda de Dios que tendría lugar sin su intermediación. Las religiones, precisamente por su naturaleza y los intereses materiales que conllevan, difícilmente pueden estar a favor de la espiritualidad.

Así, al desalentar el viaje de la persona hacia su interior, las religiones se oponen a la espiritualidad y, paradójicamente, se convierten muy a menudo en enemigos del espíritu. La historia nos muestra, con sorprendente regularidad, que las religiones instituidas nunca han tenido mucha simpatía por lo espiritual y lo místico. Los místicos son, por lo general,

personas libres, independientes y abiertas, emancipadas de las argucias, estrecheces e imposiciones arbitrarias de la religión, y por eso ésta los ha sospechado, criticado, maltratado y perseguido regularmente. Esto es lo que ocurrió en su día con Jesús de Nazaret. Ha ocurrido muchas veces en la historia de la Iglesia. En este punto sólo se puede dar la razón a Friedrich Nietzsche cuando afirma que las religiones no son humanas ni espirituales¹¹⁰.

Ciertamente, todavía hay muchos creyentes hoy en día que están perfectamente a gusto en su religión y que encuentran la paz de su mente en la plena conformidad de corazón y su mente con los mitos, doctrinas, creencias y prácticas de la religión. Estos creyentes, pues, tienen su propia forma de espiritualidad. Sin embargo, es una espiritualidad anticuada y anacrónica que ya no refleja ni alimenta las aspiraciones, los sueños, las esperanzas y las necesidades de la mente y el corazón del ser humano moderno. Esta espiritualidad de origen "religioso" se ha vuelto ajena a la modernidad, porque ya no corresponde al paisaje interior del hombre y la mujer de nuestro tiempo. Y una espiritualidad que no logra cambiar al ser humano internamente para convertirlo en una persona mejor, no es realmente una espiritualidad.

Aunque el ser humano moderno prescinde cada vez más de la religión, no carece de espiritualidad. Todo lo contrario. Su espiritualidad, toda natural, profana, laica y atea, es incluso mejor que la espiritualidad religiosa y fanática de muchos creyentes.

Aunque la mentalidad religiosa tradicional sigue siendo proclive a confundir (y asimilar) la espiritualidad con la religión, en la mentalidad y la práctica de las personas de la modernidad, la separación de estas dos realidades es ya un hecho consumado.

¹¹⁰ Friedrich Nietzsche, *Ainsi parlait Zarathoustra* (1883-1885).

Mientras en Occidente, en el pasado, habría sido inimaginable hablar de una espiritualidad que no fuera cristiana, hoy en día una espiritualidad etiquetada como "cristiana" o "católica" no sólo no se considera ya una buena marca, sino que se mira como francamente sospechosa, y pocas personas están ahora dispuestas a confiar en ella para calificar y dirigir sus vidas. Hoy en día, en Occidente, la religión tradicional se ha convertido para muchos en una cáscara vacía de contenido, y la gente busca en otra parte el alimento para alimentar su hambre de sentido y espiritualidad.

4 - Características de la persona "espiritual"

Hoy, muchos teólogos y otros especialistas en ciencias humanas y religiosas¹¹¹ tienden a describir la "espiritualidad" como una postura interior del individuo que da "profundidad" y plenitud a su humanidad.

¿Cuáles son, para nosotros hoy, las características de la persona espiritual, o cómo se manifiesta su profundidad? En el pasado, la persona espiritual se identificaba con la persona religiosa, capaz de enriquecer su fe con la aportación adicional de la oración, las devociones, la penitencia, la obediencia escrupulosa a las normas, la práctica regular de los ritos. Esto le daba la seguridad de ser una buena persona, de estar establecida en un estado de justificación y "gracia" ante la divinidad y así tener una buena calidad de vida... y el paraíso al final de sus días.

Esta buena conciencia permitía al individuo religioso de antaño pensar que caminaba por el buen camino, que su vida se vivía de acuerdo con la voluntad de Dios, que su existencia tenía una dirección definida, una meta que alcanzar y, por tanto, un sentido. Estas convicciones le permitieron

¹¹¹ Dietrich Bonhoeffer, Paul Tillich, Victor Frankl, Rogers Lenaers, Marià Corbì, Leonardo Boff, José María Vigil, José María Castillo....

finalmente vivir sin demasiadas angustias en un cómodo y permanente estado de serenidad y paz. Este individuo poseía así una espiritualidad buena y verdadera, conformada y adaptada a sus necesidades, que le permitía ser o llegar a ser una buena persona, lo que es en definitiva el objetivo de toda espiritualidad.

La espiritualidad del ser humano moderno, en cambio, es de una naturaleza completamente diferente. Ya no está determinada por la forma en que se relaciona con la religión y el "Theos" de la religión, sino por la forma en que vive su relación con el Universo, sus criaturas y el "Misterio Último" que las porta.

Esta nueva espiritualidad, basada en gran medida en el conocimiento y la contemplación de las Fuerzas Extraordinarias que actúan en el Cosmos, ha conseguido afinar la sensibilidad del ser humano moderno hasta el punto de que, gracias a ella, ha vuelto a ser capaz de sentir lo "mágico" y lo "sagrado" del mundo y de vibrar en consonancia con las manifestaciones del Misterio Último que pulsa en todas las cosas.

El ser humano moderno, gracias a sus conocimientos únicos, también ha llegado a ser capaz, en un grado nunca antes igualado, de captar la Realidad no sólo en su aspecto exterior y superficial, sino también en la dimensión de su profundidad. Es la profundidad del ser, donde las "fuerzas" atractivas y las virtualidades amorosas y fusionadas en el origen de la unidad, la complejidad y la asombrosa arquitectura y belleza del Todo están en funcionamiento y se manifiestan, tanto en el gran Universo como en el pequeño mundo de nuestra existencia cotidiana.

La espiritualidad en el ser humano sería entonces su capacidad no sólo de impregnar de espíritu el mundo en el que vive, sino también, en un plano más personal, la espiritualidad sería la capacidad del ser humano de entrar en sí

mismo, en sus profundidades, para descubrir allí su fuente (donde está su verdadero yo, su verdadero ser, su esencia más profunda, ese espacio dentro de él que no es más que calma, paz y amor, donde su ser toca el misterio de lo divino), así como el sentido de su existencia, del mundo que le rodea y de su relación con él. En efecto, en el ser humano, la calidad de su relación con la realidad cósmica determina necesariamente la calidad de su humanidad y, por tanto, en última instancia, de su espiritualidad.

En el mundo occidental moderno, libre de religión, la persona espiritual es una persona de relación amorosa con la Realidad en la que vive.

La persona espiritual es ahora la que sabe estructurar su existencia sobre una actitud constante de asombro, atención, acogida, hospitalidad, respeto, cuidado, veneración por todo ser, vivo o no. Es alguien que mira, ve, siente y comprende la Realidad con ojos nuevos, un corazón nuevo y un espíritu nuevo. El mundo percibido por el espiritual no tiene la misma consistencia, valor, significado o "fragancia" que el mundo percibido por la persona no espiritual, o por Donald Trump.

Hoy en día, ser más espiritual significa también ser menos egoísta, menos centrado en el propio bienestar e intereses personales; menos consumidor, menos depredador y menos destructor de los recursos naturales del Planeta, menos destructor de los equilibrios ecológicos de la Tierra. Es una espiritualidad que se caracteriza, por tanto, por su fuerte carga "ecológica" de cuidado, atención y preocupación por el mundo que nos rodea.

Tener espiritualidad significa, en pocas palabras, ser contemplativos. Significa ser personas sensibles al misterio divino que habita en todas las criaturas y que es la razón de su valor y belleza. Significa ser artistas, trovadores, poetas, soñadores y amantes capaces de éxtasis, visiones, intuiciones;

capaces de penetrar en lo esencial de las cosas, invisible a nuestros ojos¹¹².

Concluyo este capítulo diciendo que la espiritualidad del ser humano moderno, a menudo ateo y sin religión, parece a menudo más "cristiana" que la espiritualidad del cristiano piadoso dentro de su religión¹¹³.

112 "La belleza –desde la que se manifiesta en el universo y en la naturaleza, hasta la que se expresa a través de las creaciones artísticas– puede convertirse en un camino hacia lo Trascendente, hacia el Misterio último, precisamente por su capacidad esencial de abrir y ampliar los horizontes de la conciencia humana, de llevarla más allá de sí misma, de asomarse al abismo del Infinito."

"La auténtica belleza abre el corazón humano al anhelo, al profundo deseo de conocer, de amar, de ir hacia el Otro, hacia lo que está más allá de uno mismo. Si permitimos que la belleza nos toque profundamente, nos bendiga, nos abra los ojos, redescubriremos la alegría de la visión, la capacidad de conocer el sentido profundo de nuestra existencia, el Misterio que nos envuelve y en el que podemos ser capaces de experimentar la plenitud, la bondad y la pasión de nuestro compromiso diario. Benedicto XVI, *Discurso a los artistas*, 21 de noviembre de 2009, *Documentation Catholique*, 20 de diciembre de 2009.

113 Sobre la espiritualidad pos-religional, ver : "Proposition théologique: vers un nouveau paradigme...", en la revista brasileña "Horizonte", vol. 13, n. 37, PUC de Minas, Belo Horizonte, <http://periodicos.puc-minas.br/index.php/horizonte>



Trinidad: tres personas, un solo Dios,
dogma elaborado en el siglo IV.



La Realidad verdadera se juega en un nivel sobrenatural;
ajenos al cosmos, la naturaleza, la cultura y la historia.

5

SUSTIRUIR LA RELIGIÓN POR «EL CAMINO»

Un Dios que se ha vuelto inaceptable

En los círculos religiosos y clericales de Occidente se oye a menudo que vivimos en un mundo que ha expulsado a Dios del horizonte de sus valores, que la fe en Dios ha desaparecido o ya no tiene ninguna influencia en la vida de las personas.

En estos círculos, se ha convertido en un lugar común atribuir esta "ejecución" o "muerte" de Dios a una sociedad científica y técnica secular, que ya no necesita recurrir a la "hipótesis de Dios" para explicar los fenómenos del mundo físico y que, en consecuencia, se ha independizado tanto de Dios como de la religión. Sin embargo, hay que reconocer que lo que la modernidad occidental rechaza hoy no es tanto la idea de Dios en sí misma, sino la imagen "mítica" y fantástica de Dios (theos) que la religión ha inventado e impuesto.

He aquí una descripción concisa de esta deidad imaginaria:

- Un Dios que imaginamos situado "allá arriba", en el "cielo", trascendente, en el "segundo piso", separado de la realidad del mundo que creó personalmente de un plumazo y ahora dirige y gobierna con su omnipotencia.

- Un Dios sobre el que los humanos han proyectado todas las cualidades y atributos que ellos mismos hubieran deseado poseer, pero de los que inevitablemente carecen: longevidad, poder, potencia, conocimiento, sabiduría, dicha, felicidad... y esto en un grado infinito. Así, un Dios infinitamente perfecto, frente a una humanidad extremadamente deficiente, frágil e indigente.

- Un Dios concebido como un super-individuo con el que se puede entrar en relación, al que se le pueden pedir favores y protección, al que se puede adorar, rezar, ofender y ante el que el ser humano debe siempre ponerse de rodillas.

- Un Dios antropomórfico, concebido a imagen y semejanza del ser humano, es decir, con todas las pasiones, estados de ánimo, reacciones, cualidades y defectos del mismo ser humano. Una deidad, por tanto, que puede ser amistosa, protectora; que puede sentir benevolencia y amor; pero que también puede ser quisquillosa, exigente, controladora, irascible, resentida, agresiva, violenta, vengativa y cruel.

- Un Dios, en fin, que es producto de la ignorancia, el miedo y la angustia del ser humano, cuando toma conciencia de su finitud y busca justificar su existencia percibida como efímera e innecesaria.

- Un Dios que sirve para llenar una necesidad de seguridad, cuando el ser humano se enfrenta a su fragilidad, su vulnerabilidad y la inevitabilidad de su fin.

- Una superpotencia que es la contrapartida tranquilizadora de la debilidad humana y la explicación de los fenómenos naturales que, de otro modo, permanecerían misteriosos y enigmáticos.

- Una Entidad Sobrenatural que, debidamente tratada mediante ofrendas, ritos y oraciones, es capaz de proteger a los humanos de las calamidades de la existencia, guiar sus vidas y recompensar su sumisión.

Hoy en día, nos hemos dado cuenta de que el hecho de que los humanos hayan pensado en Dios de esta manera, no significa que esta forma de pensar en Dios se corresponda con la verdad. Hoy hemos comprendido que ese Dios que propone la religión es y sigue siendo un "producto" de la imaginación humana y una "proyección" de los impulsos, deseos y aspiraciones profundos del alma humana, pero que en realidad no existe. Este Dios es el resultado de la actividad cerebral de un mamífero especialmente evolucionado y especialmente dotado para crear mundos, estructuras y entidades imaginarias.

Hoy sabemos que las capacidades cognitivas que surgen de la estructura neurofisiológica del cerebro humano están inexorablemente condicionadas por el funcionamiento del sistema nervioso, que sólo puede ser solicitado y activado por los estímulos físicos que recibe del mundo exterior (los cinco sentidos). Cualquier pretensión humana de poder captar y conocer una Realidad absoluta y "sobrenatural" que existe fuera de la realidad natural de nuestro Universo es, por tanto, una ilusión.

De ello se deduce que cualquier afirmación de la razón humana sobre una Realidad Divina "trascendente" que existe "fuera" o "más allá" de este mundo físico es necesariamente un discurso carente de sentido y fundamento.

Un Dios que se ha convertido en un producto peligroso

El Dios de la religión (*theos*), al ser una construcción humana, es necesariamente un producto imperfecto que, a la larga, resulta contradictorio e incluso peligroso. ¿Cómo conciliar, por ejemplo, un Dios todopoderoso e infinitamente bueno con el estado de cosas de un mundo bañado en un océano de maldad y sufrimiento? La presencia del mal y del sufrimiento a tal escala contradice y anula la existencia de tal dios. En efecto, es evidente que un mundo así no puede

ser creado por un Ser que es al mismo tiempo infinitamente bueno e infinitamente poderoso.

Esta deidad resulta ser un producto extremadamente peligroso. En efecto, un dios concebido como trascendente, totalmente otro, separado, diferente, superior, dominante, exigente... inserta una dicotomía o una "heteronomía" en la Realidad. Esto significa que introduce en el pensamiento humano la noción de dos mundos separados, superpuestos, diferentes, pero, al mismo tiempo, conectados, dependientes y jerarquizados.

Significa entonces que tal imagen de Dios produce los conceptos de superior e inferior, bueno, malo y malvado, puro e impuro, espíritu y materia, alma y cuerpo, sagrado y profano, gracia y pecado, salvados y perdidos, paraíso e infierno, sumisión e insubordinación, conformidad y transgresión, permitido y prohibido, culpable e inocente, justo y pecador, fiel e infiel, clérigo y laico...

Introduce, por tanto, en el espíritu del ser humano y en la organización de su vida y de la sociedad en la que vive, comportamientos y actitudes discriminatorias que generan prejuicios, desigualdades, oposiciones, hostilidades, fanatismos, violencias, persecuciones... Por no hablar de la ambivalencia de los comportamientos calificados de buenos y malos, según correspondan o no a la voluntad o a los caprichos de la divinidad que cada persona ha adoptado.

Complacer a la divinidad que tiene el poder de premiar y castigar, de hacer vivir y morir, de salvar y perder, se convierte entonces en la principal preocupación de la persona "religiosa" y en una fuente continua de angustia y culpa. Esto explica la "violencia" que se encuentra en la experiencia religiosa en general y en el comportamiento de las religiones en particular.

Los creyentes son continuamente "violados" por los demonios de la tentación, la culpa, el pecado, la transgresión,

por la preocupación del desprendimiento, por la obsesión de la conformidad y la fidelidad, por el miedo al juicio divino y al castigo eterno. Están atormentados por la constatación de sus debilidades y por el sentimiento de su incapacidad para satisfacer las exigencias de una deidad que casi siempre es tirana, intrusiva, puntillosa y severa. Así que los creyentes se sienten culpables. Pierden la conciencia de su valor.

Sospechan que su cuerpo es un mal compañero para su alma. Denigran su humanidad porque creen que se opone a las expectativas de la divinidad. Su existencia sufre así una continua agresión que los cansa, los humilla, los menosprecia, destruye su confianza, les impide creer en sí mismos, ser felices, divertirse, disfrutar de la vida, asumir una actitud positiva y sonriente ante la belleza de la creación y los valores material-temporales de la existencia. La creencia en este Dios inventado por los humanos, envenena literalmente su vida, convirtiéndolo en un Ser al que es imposible amar.

Hoy en día, el contagio mundial de los movimientos religiosos extremistas y fundamentalistas nos sitúa en una posición privilegiada para ver la verdad de estas observaciones. Pero hay algo más grave: estos movimientos extremistas nos muestran que Dios es peligroso incluso cuando lo utilizan como base para la igualdad de dignidad de los seres humanos. En estos movimientos, los "fieles" encuentran en Dios el garante de su igualdad y dignidad. Sin embargo, esta misma dignidad e igualdad, reclamada para sus seguidores, es negada a los demás, a los "infieles", es decir, a los que no son de su religión; que no comparten sus ideas, sus principios, su modelo de sociedad y de humanidad. En estas sectas religiosas fanáticas, los "fieles" se identifican con su Dios y los "infieles", considerados como "impíos", son maldecidos, anatematizados y a menudo perseguidos y asesinados.

Esta actitud de violencia, generada por formas aberrantes de creencia religiosa, no es exclusiva de las corrientes

extremistas-fundamentalistas modernas. Siempre ha acompañado la historia religiosa de Oriente y Occidente. La historia del cristianismo no es una excepción.

Desde el Concilio de Nicea hasta el siglo XVI, el cristianismo fue una religión basada no en la fe en Dios, el "Padre de la ternura y el amor" del que nos hablan los Evangelios, sino en la fe en el Dios "Pantocrátor" definido por el Concilio. Un Dios modelado según el molde de los poderes totalitarios y absolutos de los potentados de este mundo y que a menudo sirve para justificar. Esto significa que, finalmente, el cristianismo, nacido de la paz constantiniana, ha sido durante siglos una religión basada fundamentalmente en la sumisión, el miedo y el temor a Dios, el Ser trascendente, lejano y todopoderoso.

No es el lugar de hacer aquí una historia de los excesos de este poder en la religión cristiana de Occidente. Baste con nombrar algunos ejemplos de los horrores perpetrados por la violencia y el odio religiosos, posibilitados por esta concepción de Dios: las Cruzadas, la Inquisición, las guerras de religión, la caza de disidentes y herejes, la caza de brujas, la violencia de la conquista "cristiana" de las Américas, la masacre de los indios, el racismo, los movimientos misioneros con métodos de proselitismo, adoctrinamiento y conversiones forzadas...

Desde el alba de los tiempos, la imaginación humana ha identificado la divinidad y lo divino con lo que es alto, grande, poderoso, con lo que requiere adoración, respeto, obediencia, con lo que tiene el derecho y la autoridad de imponerse, de mandar, de castigar y de recompensar. Este tipo de divinidad se convirtió posteriormente en el modelo de comportamiento humano exitoso y de todas las monarquías cristianas de la historia.

Así, los humanos en general no sólo aspiran a poseer la grandeza y los poderes de los dioses, sino que también

consiguen atribuirse sus homenajes. Así ocurrió, por ejemplo, con los faraones de Egipto, los reyes asirio-babilónicos, los emperadores romanos, los reyes de Francia, los representantes de las grandes dinastías precolombinas de América Latina, así como los grandes jerarcas de todas las religiones.

En general, ha sido sobre el paradigma del poder divino como se han construido y justificado entre los humanos todos los poderes absolutos del pasado y del presente, tanto religiosos como seculares. En el cristianismo (sobre todo en su versión católica), las altas autoridades religiosas siguen creyendo que se ven beneficiadas, por parte de Dios, con un poder absoluto sobre las almas y las conciencias de los fieles.

En el mundo de las finanzas, del deporte, del espectáculo, de la moda, ¿no son adorados, admirados y venerados como dioses y "divas" los individuos que han logrado adquirir éxito, fama, prestigio, belleza y riqueza? Y, al mismo tiempo, ¿no son considerados, por la gran mayoría de los usuarios de las redes sociales o plataformas sociales digitales, como modelos envidiables de una existencia extraordinariamente exitosa?

Esto significa, una vez más, el peligro extremo de transformar un ser en posesión de un poder absoluto y omnipotente, en un Dios adorable.

Jesús de Nazaret, y una nueva forma de ser humano. El hombre y el laico

Los historiadores aseguran que Jesús de Nazaret no es un mito, sino una persona que realmente existió y vivió en Palestina en la época del emperador Tiberio. Aunque los datos históricos verificables sobre este personaje son mínimos, por el impacto de su mensaje y el testimonio de sus primeros discípulos, podemos deducir que fue un hombre extraordinario, un maestro de la humanidad y un hombre espiritual enamorado de Dios.

Por lo que nos cuentan los relatos evangélicos y por lo que podemos deducir lógicamente del espíritu y el conjunto de valores que dejó, podemos decir que Jesús de Nazaret fue casi con toda seguridad un hombre del pueblo, sin mucha formación, el mayor de una modesta y numerosa familia de agricultores-artesanos (al menos cuatro hermanos y algunas hermanas) que los evangelios sitúan en la pequeña aldea rural de Nazaret, en Galilea. El Jesús adulto, de treinta y pocos años, del que hablan los evangelios, era probablemente un hombre casado, de los que hoy se llamarían laicos comprometidos socialmente, más que religiosos. Un laico con una clara tendencia "anticlerical", como se aprecia en algunas de sus parábolas (como, por ejemplo, la del buen samaritano, Lc 10) y en las numerosas y enérgicas discusiones que mantuvo con los representantes de la religión judía de su tiempo, así como en las severas críticas que les dirigió.

Jesús nunca aceptó para sí los respetos, títulos y honores reservados a las personas importantes (sacerdotes, escribas, dignatarios civiles y religiosos) de la época. Siempre fue un hombre entre otros y como otros. No fue el hombre de lo sagrado, sino el hombre de lo profano. Fue en las calles, en los mercados, en los baños y en las plazas públicas donde conoció a la gente y sus miserias. Fue con la gente común del pueblo y especialmente con los pobres, los que sufren y los infelices, con quienes vivió su relación de amor con el Misterio de Dios y abrió un camino para que todos pudieran llegar a él.

Aunque Jesús de Nazaret nació de padres muy piadosos y fue educado en una práctica religiosa probablemente muy estricta, nunca estuvo preso de la religión. Siempre mostró una actitud muy libre e independiente respecto a las obligaciones y prohibiciones que la religión imponía a sus seguidores. Siempre tuvo relaciones distantes, críticas y de confrontación, tanto con los miembros de su familia natural como con los de la religión oficial y sus representantes.

Si Jesús fue un hombre profundamente religioso, se puede decir que su religiosidad no provenía de su adhesión a una religión y a sus prácticas, sino de la originalidad de sus convicciones, de la calidad de su humanidad, de la intensidad de su vida espiritual y de la intimidad amorosa con la que vivía su relación personal con el Misterio Último, al que llamaba "Padre".

Jesús era el hombre de la espiritualidad y no un hombre de la religión. Nunca perteneció a la casta de los sacerdotes, escribas o levitas. Como judío, no era ni particularmente religioso ni especialmente observante. Nunca fue un hombre "devoto" y "piadoso", en el sentido que se suele dar a estos calificativos. Se sentía fácilmente a gusto con la religión y tomaba distancia de sus prácticas. No dudó en criticar la religión judía de su tiempo y en relativizar la importancia y la función del Templo en la relación del ser humano con la divinidad. Su enseñanza nunca se centró en la necesidad de observar las prescripciones de la Torá, sino en la necesidad de abrirse a los demás y de cuidar y amar a todas las criaturas de Dios.

Jesús no se preocupó por las normas de culto que transgredía a sabiendas (abluciones rituales, obligación de ayunar, observancia del sábado, etc.). Se sentía libre frente a la comida u otros tabúes relativos a la compañía de mujeres y paganos. No se preocupó por las normas religiosas que determinan las condiciones de pureza e impureza. Se rebeló más bien con todas sus fuerzas contra el formalismo de la casta sacerdotal, contra el fundamentalismo, la hipocresía, la vanidad, la sed de poder y de honor de las autoridades religiosas de su tiempo. Se puede decir –y sus oponentes no dudaron en señalárselo– que era un mal practicante.

Jesús desplazó lo "sagrado" de la religión y del Templo para situarlo en el ser humano y en la creación. Como muy bien dijo María López Vigil, "cuando ninguna persona es

sagrada, todas las personas se convierten en seres sagrados". Cuando ningún objeto es sagrado, todo se convierte en objeto de nuestra atención y cuidado. Cuando ningún tiempo es sagrado, todos los días que me son dados para vivir se convierten en un tiempo bendito y sagrado en el que refino la calidad de mi humanidad. Cuando ningún lugar es sagrado, puedo ver en el Universo el templo sagrado y maravilloso de la presencia de Dios¹¹⁴.

Por sus nuevas ideas, sus intuiciones innovadoras, sus posturas críticas y contestatarias, Jesús fue un hombre (un profeta) inquietante, que despertó la oposición y la hostilidad de las autoridades religiosas y políticas de su tiempo, a las que desestabilizó y acabó eliminando. Es por ello que la figura y la obra del Hombre de Nazaret quedarán para siempre oscurecidas por este conflicto y oposición radical. Por eso, la comunidad de aquellos a los que Jesús dejó como legado su pensamiento y su espíritu, y que recorren su "Camino", será siempre resistente a las estructuras, las dinámicas y la política de la religión.

Jesús de Nazaret fue el iniciador de un movimiento popular que no acepta las diferencias, jerarquías y desigualdades entre los seres humanos. Fue un movimiento claramente laico y secular que se formó y desarrolló al margen y fuera de cualquier religión. Jesús no fundó una nueva religión. Las religiones establecen categorías, rangos, clases, órdenes, jerarquías, superioridades, diferencias, exclusiones. No hay nada parecido en el mundo querido por Jesús, donde todos se sienten iguales, donde todos se consideran hermanos, donde cada uno se pone al servicio de todos los demás, donde toda búsqueda de prestigio, de poder, de dominio y de superioridad es desterrada y condenada, donde toda autoridad nace espontáneamente como una exigencia de servicio por parte de la propia comunidad.

¹¹⁴ María López Vigil, *Beati gli atei perchè incontreranno Dio*, p.124, in Coll. Oltre le religioni, Éd. Gabrielli, 2016.

La religión cristiana e imperial posterior, creyendo rendirle homenaje, lo convirtió en "sumo sacerdote", adornado con poderes sagrados y sacerdotales. Esto es lo que Jesús nunca fue; lo que nunca quiso ser, lo que habría considerado una afrenta a su independencia, a su laicismo y a sus convicciones más profundas.

El genio

La calidad humana de Jesús, la novedad y originalidad de su mensaje, surgió de su percepción personal de Dios, que intuyó y descubrió como la Fuente de una calidad superior de amor, propia de la naturaleza de Dios: el amor gratuito, incondicional y desinteresado. Para los hombres y mujeres de la modernidad que, gracias a la nueva cosmología, han descubierto también esta característica y esta cualidad "amorosa" de la Energía Fundamental Primordial que rige toda la realidad cósmica, la figura de Jesús de Nazaret puede convertirse entonces en una "revelación" única y en una "encarnación" particularmente ejemplar de la presencia en este mundo de esta forma superior de amor de la que sólo el ser humano es capaz.

Jesús sería entonces el genio que primero nos abrió los ojos y nos llamó la atención sobre la extraordinaria hazaña realizada por el proceso evolutivo del Universo cuando logró hacer "emerger" en la realidad cósmica una criatura capaz de tal calidad de amor.

La construcción de un mundo nuevo, animado y regido por la dinámica del amor libre e incondicional, ha sido siempre el gran sueño de su vida, al que llamó el "Reino de Dios" entre los humanos.

El Maestro de Humanidad

En los evangelios, Jesús es presentado como maestro y guía de conducta humana, inspirado por el amor. Sus discipu-

los veían en él una especie de profeta reformador de la religión judía de su tiempo, a la que pertenecía por nacimiento, pero a la que nunca se adhirió plenamente de corazón, de la que no era especialmente observante, a la que no se abstenía de criticar, con la que se enfrentaba y oponía continuamente, y por la que acabó siendo eliminado.

Jesús nunca propuso creencias, sino actitudes, comportamientos, estilo de vida, visión y un nuevo enfoque de la Realidad. Para él, lo "sagrado" no es ni Dios, ni la religión, ni el templo con sus sacrificios, cultos y ritos, sino el ser humano, especialmente si es pobre, débil, enfermo e infeliz. Y en este sentido hay que afirmar que el proyecto de Jesús (la instauración del "Reino de Dios" en la tierra) es, en última instancia, un proyecto laico de "humanización" y no un proyecto religioso de "santificación" confiado a una institución religiosa.

Jesús también tratará de desmontar los prejuicios de la mentalidad machista y patriarcal de la religión y la cultura de su tiempo, centrada en el poder, la autoridad y la superioridad de la figura masculina del "padre". Para Jesús, el título de "padre" debe reservarse exclusivamente a Dios. Tendrá la audacia de afirmar que nadie tiene derecho a ser llamado así y de utilizar el poder de su función reproductora para imponerse a las mujeres, sometiéndolas y tiranizándolas.

Para el Maestro de Nazaret, los grandes, los importantes, no son los "padres", los "varones" con autoridad o que han conseguido subir en la escala jerárquica del poder, sino los niños, los pequeños, los pobres, los débiles, los afligidos, las mujeres, porque a ellos pertenece el "Reino de Dios".

El espiritual y hombre de Dios

El Dios amado y anunciado por Jesús de Nazaret es la antítesis del "Theos" inventado por las religiones. Es otro Dios. Es un Dios inaudito. Es un Dios que no sale de la

especulación o de la imaginación del ser humano, sino de su corazón. No es un concepto, una idea, sino un sentimiento, un presentimiento, un impulso interior, una invocación, un suspiro de amor, una posibilidad de éxtasis. Es el Misterio natural de una Energía o Presencia amorosa que está en todas partes, que lo sostiene todo, que está en la naturaleza de las cosas, que está por tanto en nosotros y forma parte de nosotros y que, según Jesús, es capaz de vivificarnos, realizarnos, elevarnos y "espiritualizarnos".

Sin embargo, es un Misterio que no tiene absolutamente nada de "religioso", ni tiene nada que ver con ninguna religión. Su morada no está en los templos, en los santuarios, en los tabernáculos, en los ritos, en los sacramentos, sino ahí fuera, en la naturaleza, en el mundo, en las flores, en los bosques, en las montañas y en los ríos, en la vida, en mi vida, en mi corazón, en todo lo que existe y que constituye la sustancia y la grandeza del Universo.

Jesús disfrutaba revelando a sus discípulos las características del Dios que habitaba en su corazón y en su mente. Y por eso el Dios de Jesús es para los cristianos un Ser que ama gratuitamente, con la ternura de una madre y el ardor de un padre. Es un Dios que no juzga a nadie; que acoge a todos con los brazos abiertos, sin segundas intenciones ni discriminaciones, que perdona sin medida; que quiere la felicidad de todos, que odia el sufrimiento y el mal, que prefiere a los enfermos a los sanos, a los excluidos a los acomodados, a los débiles a los poderosos, a los pequeños a los grandes, a los pobres a los ricos, sirviendo antes que ser servido.

El hombre universal

En esta nueva visión de las cosas, Jesús ya no necesita ser considerado y creído como la encarnación sustancial y metafísica de Dios (como exige el dogma cristiano). Jesús de Nazaret es valioso en sí mismo, por su extraordinaria sensibilidad espiritual, por la excepcional calidad humana de su

persona, por la importancia de su mensaje, por el papel que desempeñó y la tarea que realizó en la historia de la humanidad. Por eso, no necesita ser envuelto en el nimbo de la divinidad, para que se nos presente como un regalo del cielo a esta humanidad coja pero sorprendente.

La presencia de Jesús en nuestro mundo adquiere un valor humano no sólo ejemplar, sino también universal, ya que parece constituir la emergencia de una nueva fase evolutiva de la humanidad en la que está destinada a tomar un nuevo impulso hacia una mayor plenitud y perfección del ser, porque está activada e impulsada por la misma cualidad de amor experimentada por Jesús.

Hoy en día, muchos pensadores cristianos, familiarizados con los conocimientos y descubrimientos de la astrofísica moderna, se inclinan de hecho a ver en Jesús de Nazaret un catalizador y un sensor de esa misteriosa Energía "amorosa" en su núcleo, creando atracciones, conexiones, vínculos, interrelaciones, comunión que vinculan y unen todas las cosas en un Todo ordenado y finalizado, para hacer del Universo no un "caos", sino un "cosmos". En Jesús, el Misterio de esta Fuerza de Amor se convirtió en la forma de su alma y en el alma de su vida.

De modo que, en esta nueva visión, Jesús ya no es un ser salido de las profundidades trascendentales y sobrenaturales de Dios, sino un ser salido, como todo ser humano, de las profundidades de la materia y un producto particularmente exitoso de su evolución hacia la complejidad.

Por eso Jesús tiene un valor universal. Para los individuos de nuestra raza, constituye un verdadero "evangelio" o "buena noticia" que anuncia que es posible, que es necesario, que es urgente tejer la trama de nuestra vida, de nuestras relaciones y de nuestra sociedad con el hilo del amor gratuito, si queremos construir un mundo diferente, más habitable, más justo, más pleno y más feliz, porque es más humano.

Como oportunamente señala Santiago Villamayor, la "trascendencia", la importancia y la singularidad de Jesús de Nazaret no vienen dadas por su "naturaleza divina", ni por una Redención sobrenatural que se hubiera realizado con su muerte "sacrificial", sino por el hecho de que el amor gratuito y desinteresado encontró en él su expresión más completa y llamativa¹¹⁵.

Para terminar, añadiría que Jesús es único también porque aceptó ser asesinado antes que renunciar a sus convicciones más queridas y profundas, y a la misión que se había propuesto de proclamar y hacer comprender, a quienes le escucharan, que todo ser humano es capaz de amar como él amó; y que cada uno está llamado a encarnar ese amor, si quiere dar sentido a su presencia en este mundo, incluso a costa de su vida.

Jesús de Nazaret y la religión descalificada

No se puede negar que la enseñanza, la espiritualidad y el estilo de vida de Jesús de Nazaret marca un punto de inflexión decisivo en la historia de la humanidad. Su aparición y su mensaje determinan el fin de una mentalidad, una forma de ser humana y religiosa.

Jesús inaugura una nueva forma de concebir la función de la religión en la vida de la persona y una nueva forma de relacionarse con ella. Al afirmar que la religión está al servicio del ser humano y no éste al servicio de la religión¹¹⁶, rompe el poder absoluto que la religión creía tener sobre la conciencia, la libertad y la conducta humanas.

Jesús no devalúa la religión como tal, sino que invita a sus seguidores a ir más allá, y a menudo, a superar las obli-

¹¹⁵ Santiago Villamayor, "*Un gran error... un gran amor*", en *independentresearcher.academia.edu/SantiagoVillamayor*

¹¹⁶ Cf. Mc 2,23-28 ; 3,1-6 ; Mt 12,1-8 ; Lc 6,1-5 ; 13,10-17.

gaciones que impone (sus dogmas, sus prácticas de culto, sus exigencias éticas), y a ir más allá de la simple probidad y honorabilidad externas que proporciona: "Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Al leer los evangelios, llama la atención el hecho de que Jesús nunca exhorta a su pueblo a ser buenos feligreses, ni a someterse a las normas y prescripciones de la Ley mosaica (abluciones rituales, descanso sabático, ayuno, oración en la sinagoga, diezmos debidos en el Templo...). Nunca anima a sus discípulos a ser dóciles y obedientes con las autoridades religiosas, y él mismo está lejos de dar ejemplo. Pero exhorta a los que le siguen a vivir según la verdad y a ser personas de corazón.

Jesús se distanció de la religión. Nunca se sintió conmovido por las normas y obligaciones del sistema religioso de su tiempo y totalmente independiente de la autoridad de sus representantes. No dudó en criticar y condenar, con extrema vehemencia, el legalismo, el formalismo, la búsqueda de honores y prestigio, la hipocresía de las clases religiosas más influyentes.

Por primera vez en la historia de la evolución espiritual de la humanidad, el Hombre de Nazaret enseñó que la calidad de una persona viene dada por la profundidad de su humanidad: es decir, por la belleza de su alma, la pureza de su corazón, la integridad de sus intenciones, el grado de su compasión y la fuerza de su amor. Y nunca por la longitud de sus flecos, la elegancia de su traje, el éxito de su negocio, el lujo de su casa, la potencia de su coche, la consistencia de su cuenta bancaria y el poder de elevarse por encima de los demás.

En el discurso de Jesús del capítulo quinto del evangelio de Mateo hay una frase que se repite bastante (siete veces), como un estribillo que el Maestro quiere grabar en la

memoria de sus oyentes. Una frase que, para él, es sin duda muy importante, como debe serlo para cada uno de sus discípulos: "Habéis oído que en el pasado se dijo... pero ahora yo os digo...".

De este modo, Jesús parece querer desvincularse del pasado religioso de sus correligionarios. Parece querer dar a entender que lo que se creía y enseñaba en el pasado ha perdido ahora su relevancia y valor. Parece querer desacralizar el carácter intocable y el valor normativo de la tradición religiosa y relativizar así la importancia de la religión con su pretensión de presentarse como el único mediador y la única autoridad necesaria en la relación del hombre con la divinidad.

De este modo, sin duda, quiere enseñar que no hay ninguna institución sagrada, ni verdades absolutas, ni dogmas inalterables, ni reglas éticas inmutables. De este modo, quiere hacer comprender que todo es cuestionable, discutible, revisable y está sujeto a la ley universal y cósmica de la evolución, la transformación, el cambio y, por tanto, también a la inevitabilidad de la obsolescencia, la decadencia y la muerte.

Es evidente que, si las iglesias cristianas y sus jerarquías persisten en permanecer encerradas en su visión mítica de la realidad y en querer funcionar sobre las configuraciones y programas desarrollados en el neolítico, se condenarán inevitablemente a la insignificancia y a la desaparición. Serán ignoradas y apartadas, como la gabardina encontrada en el desván, pero demasiado anticuada, demasiado gastada y demasiado ridícula para volver a usarla.

Ésta es la situación frustrante y el drama en el que se encuentran muchos cristianos de hoy que sufren en los viejos y anticuados zuecos, demasiado pesados, demasiado rígidos, demasiado apretados y terriblemente incómodos en los que la Iglesia les obliga a caminar.

Creo que el día en que el reflejo instintivo de asociar la figura de Jesús de Nazaret a una religión desaparezca del inconsciente colectivo de miles de millones de cristianos, ese día no sólo marcará una gran conquista para la verdad y la autenticidad del cristianismo, sino que también será un enorme motivo de satisfacción para todos aquellos cristianos modernos refractarios a la religión.

Ese día, puede que se sorprendan al descubrir la enorme mistificación de la que fueron víctimas por parte de una religión que, al ofrecerles durante más de quince siglos un Jesús falseado y alterado como Cristo-Dios, les privó de la alegría y el orgullo de saber que su raza era capaz de producir un hombre así y les robó la felicidad de conformar su vida con confianza a los extraordinarios valores de humanidad que les había dejado como herencia.

Si Jesús hubiera conocido el cristianismo en la forma católica romana que ha adoptado a lo largo de los siglos, se habría sentido desconcertado por él y lo habría repudiado con mucha más vehemencia y acritud de lo que se opuso a la religión judía de su época.

Estas consideraciones nos ayudan a comprender mejor el alcance y la gravedad de la deriva que sufrió el "Camino" abierto por Jesús de Nazaret cuando en el siglo IV se transformó en una religión y en un sistema oficial y jerárquico de poder.

Jesús de Nazaret y una nueva libertad

Jesús de Nazaret es la encarnación de la libertad. Le echará en cara al prefecto romano Poncio Pilato, que se creía una especie de dios y que estaba a punto de firmar su ejecución, esta declaración: "¿No tienes ningún poder sobre mí...!" **117**.

117 Jn 19:11.

Esa es la frase que cualquier persona adulta debería ser capaz de lanzar ante cualquier otra persona. Esta afirmación es sintomática de la calidad de la libertad que los primeros cristianos veían en Jesús de Nazaret. Es el tipo de libertad que dejó como legado a todos los que le siguen en el "Camino" y que han adoptado su opción de vida.

Jesús no se deja "trabajar" por nadie, ni siquiera por sus padres. No da a ninguna autoridad humana de ningún tipo el poder de dirigirlo, de interferir en sus planes y elecciones, de decidir por él, de influir en sus creencias y de cambiar la dirección fundamental de su vida. Es un hombre libre.

Es libre frente a su familia, a la que siempre mantiene a distancia y no le permite interferir en su actividad de taumaturgo y predicador ni intervenir en el cumplimiento de su misión.

Es libre frente a sus discípulos, que él mismo elige al azar entre sus encuentros en las orillas del lago de Genesaret y en los caminos de Galilea.

Es libre frente a las cosas. No tiene casa, ni trabajo, ni familia, ni hijos, ni propiedades, ni dinero, ni seguridad material. Las mujeres le siguen y le ayudan con sus posesiones. Come cuando puede. Luego se sienta de buen grado en una buena mesa cuando se le invita. Así que vive del amor y la caridad. Vive en la calle, arruinado como un vagabundo, pero libre como el viento. Un día describirá su modo de vida a través de estas imágenes poéticas inspiradas en la naturaleza que le rodea: "Las zorras tienen sus madrigueras, las aves del cielo sus nidos; el hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza" **118**.

Se siente libre de las autoridades establecidas. No se siente encerrado en ningún sistema (civil o religioso), ni sometido a ninguna ley humana, si cree que éstas le impiden

vivir según su conciencia o si las juzga contrarias a sus convicciones profundas o al cumplimiento de la misión que cree que le corresponde en este mundo.

Se sintió totalmente libre tanto del poder de las autoridades religiosas como de las innumerables prohibiciones, preceptos y prescripciones de la religión y de la ley mosaica, que regían toda la vida social y religiosa de la nación judía de su tiempo.

Jesús siempre consideró su actividad de predicador como una tarea de liberación recibida de Dios, como un compromiso y una lucha que debía llevar a cabo para dar a los seres humanos la libertad a la que tienen derecho como hijos de Dios. Les dijo que, al poseer la dignidad de hijos de Dios, nada debía ni podía esclavizarlos. Al comienzo de su vida pública, en la sinagoga de su pueblo natal, Jesús anunció abiertamente que con él se cumplían ahora estas palabras del profeta Isaías: "El espíritu de Dios está sobre mí... Me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos, la vista de los ciegos y la libertad de los oprimidos" (Lc 4,16-20).

Jesús nunca se molestó por nada. Era pobre en todo, pero era rico en su preciosa e inmensa libertad.

Su independencia y su amor por la libertad le llevaron a relativizar y criticar cualquier ley o norma que pretendiera someter a las personas a las exigencias y caprichos del poder. Siempre ha considerado injusta y abusiva cualquier legislación que pretenda anteponer los intereses de cualquier partido, clase social, sistema, religioso o político, a los intereses del pueblo y al bienestar de las personas. Jesús proclamó alto y claro que la Ley (del sábado) es para el ser humano, y no al revés.

Jesús descalificó no sólo las leyes injustas y opresivas, sino que descalificó cualquier poder que se creyera autorizado a imponerse a los demás mediante tales leyes, lo que en última instancia conduce a la desautorización y condena

del poder como tal y al sueño de un mundo y una sociedad humana sin poder.

Para Jesús, el poder, basado en el postulado de la superioridad de quien lo ejerce, es por naturaleza opresivo y esclavizante, y se transforma necesariamente en causa de conflicto, división y desigualdad. Al convertirse en un elemento "diabólico" de la sociedad (el "díabolos" en griego es el que divide)¹¹⁹, el poder pierde entonces no sólo su legitimidad, sino también su "humanidad". Deshumaniza tanto a los individuos como a las instituciones que se apegan excesivamente a él.

Para Jesús, en un mundo "ideal" construido sobre la base de sus enseñanzas, las relaciones entre las personas nunca deben ser gestionadas por la dinámica del poder, sino por la de la fraternidad y el amor. Para Jesús, la sociedad es verdaderamente humana, no cuando se construye sobre el amor del poder, sino sobre el poder del amor.

Entonces pedirá a sus discípulos que destierren de su sociedad o comunidad cualquier dependencia basada en la lógica egoísta y perversa del poder. Habéis oído –dirá a sus discípulos– que los grandes y poderosos de este mundo gobiernan como señores y someten y explotan a los pueblos. Pero entre ustedes no debe ser así. El que quiera ser grande entre vosotros, que se haga pequeño; el que quiera ser el primero, que se haga el último; y el que quiera mandar, que se ponga a disposición de todos y se haga servidor de todos¹²⁰.

Jesús se levantó con todas sus fuerzas contra las tendencias esclavizadoras del poder, preocupado por la libertad que

¹¹⁹ El adjetivo "diabólico" viene de la palabra "diablo" (latín: *diabolus*, del griego *diabolos*, del verbo *diabállô*, que significa dividir, unir. El diablo es, pues, "el que divide" o "el que desune" o "el mentiroso, el calumniador".

¹²⁰ Mt 20,25-28 ; 23,11-12 ; Mc 9, 35 ; Lc 9, 48.

quería, en primer lugar, asegurar para sí mismo y luego dejar como legado a la comunidad de sus discípulos. Sabe que esta libertad es la matriz original de toda la verdadera humanidad; y que el ser humano no podrá crecer ni elevarse si el árbol de su vida no hunde sus raíces en el suelo fértil de la libertad.

Para defender y salvaguardar su libertad, Jesús no temió enfrentarse a la hostilidad de los poderes establecidos y medirse con las posiciones de las autoridades religiosas y civiles de su tiempo. Autoridades que hubieran querido encerrarlo en la asfixiante prisión de sus prejuicios, leyes y normas. Sin embargo, ninguna autoridad fue capaz de silenciarlo ni de impedirle cumplir su misión y su sueño.

Jesús quiere mantener intacta su libertad como ser humano, para estar plenamente sometido y disponible a la voluntad de su Dios. Esta es la única dependencia que acepta en su vida. Pero esta dependencia, al ser la del amor, sólo refuerza aún más la calidad y el alcance de su libertad. Es este amor el que lo convierte en una persona libre.

Gracias a esta libertad fundamental, Jesús pudo conservar intactas la integridad y la originalidad de su fisonomía interior y seguir siendo dueño de sus ideas y convicciones, incluso a costa de su vida.

Jesús de Nazaret y el anuncio de "otro" Dios

Mientras los hombres de religión han identificado a Theos con la omnipotencia o el poder absoluto, y los individuos que ostentan tal poder han sido considerados a menudo como deidades dignas del mismo culto y gloria, Jesús de Nazaret descalificó totalmente toda forma y manifestación de dominio y poder¹²¹.

Ya he señalado anteriormente que la naturaleza de Dios es inaccesible al conocimiento humano y que cualquier descripción o definición de Dios sólo puede ser producto

¹²¹ Mt 20,25-28; Mc 10, 42-45

de nuestra suposición e imaginación. Si no podemos decir ni saber nada con certeza sobre lo que es Dios en sí mismo (su esencia o naturaleza), sí podemos, sin embargo, captar la realidad de este mundo y pensar que, al haber algo y no nada, Dios es quizá el nombre común con el que, desde tiempos inmemoriales, los humanos hemos querido indicar la Realidad Última o el Misterio Original que está al origen de esa Energía de Fondo que lanzó a los seres a la existencia.

Esta Energía estaría en el origen del movimiento evolutivo propio de nuestro Universo, donde todo está en movimiento hacia formas de ser cada vez más complejas y logradas. Esta Energía Fundamental aparece como una "matriz" o Fuente "materna" y por tanto como una Realidad "amorosa" y "voluntaria" que genera la realidad cósmica.

En el mundo, tal y como lo conocemos, esta Energía Fundamental parece estar particularmente presente y activa no sólo allí donde hay calado, germinación, gestación y nacimiento del ser, sino también y especialmente donde hay caos, vacío, carencia, insuficiencia. Parece entonces que cuando hay carencia, falta, debilidad, imperfección, fractura, se activa esa Energía que conduce a los seres hacia su surgimiento, su evolución, su complejidad y su plenitud.

En consecuencia, las personas de ciencia se inclinan hoy por pensar que es de la profundidad abisal de este vacío cuántico original, cargado de virtualidades infinitas, de donde ha surgido la inmensidad, la diversidad y la belleza sobrecogedora de los seres que componen la "realidad física" de nuestro Universo. Esta dinámica, que parece propia del Misterio Último, la encontramos, casi idéntica, en la percepción que Jesús tiene de Dios y que nos ha transmitido.

Jesús experimenta a Dios como una Realidad o Fuerza que se da a sí misma y, al darse, crea, transforma, renueva, sana, completa, perfecciona y realiza. Esta experiencia sustentará toda su acción y determinará la dirección y la calidad

de su vida. Lo transformará en "la persona para los demás" que, a su vez, curará y sostendrá a todos los que experimentan formas y situaciones de imperfección, pobreza y debilidad. Jesús se reconocerá como persona sólo en la profundidad de esta relación amorosa establecida con la Realidad Última, que para él ha adquirido todas las características de un Ser personal infinitamente amoroso.

Y como Jesús fue la "persona" que fue, gracias a la calidad de la relación de amor que mantuvo con su Dios, hay que concluir que toda persona que configura su existencia según las orientaciones, actitudes y valores propios de la vida de este Maestro, no sólo se realiza en humanidad, sino que se convierte, como él, en signo y manifestación de la presencia de lo "nuevo", de lo "inaudito", de lo "incomparable", de lo "divino" y, en fin, de lo verdaderamente "humano" en nuestro mundo.

Y como tal cualidad del amor les parecía a los discípulos de Jesús, por una parte, totalmente nueva y, por otra, absolutamente extraordinaria, dedujeron que era imposible que el hombre de Nazaret hubiera encontrado la capacidad de un tal amor en las pobres "reservas" o en el bajo potencial de su naturaleza humana. Llegaron entonces a la conclusión de que esta capacidad y calidad de amor le venía de otra parte; que Dios estaba en él; que Dios estaba actuando a través de él; que la Energía amorosa de la Realidad Última había encontrado una receptividad y resonancia tan fuertes en el Hombre de Nazaret que, a través de él, estaba reparando y curando el mal del mundo.

Los discípulos de Jesús de Nazaret tenían la impresión de que en él el Amor Original (Dios) se había encarnado y humanizado y que, en adelante, este individuo habría quedado para los humanos no sólo como la morada privilegiada de la presencia divina, sino también como el prototipo y el paradigma de una humanidad realizada según el plan y las

expectativas de Dios. La persona de Jesús les apareció así como el lugar de una manifestación y concentración única de las fuerzas del Amor en nuestro Universo.

El Dios de Jesús, una energía en la indigencia de los seres

Los primeros escritos cristianos (NT) son unánimes al relatarnos las impresiones de los primeros discípulos de Jesús, convencidos de ser testigos de una presencia singular de Dios en la vida de su Maestro. Estos documentos presentan a Jesús como alguien que nació de Dios, vino de Dios, estructurado y moldeado por la acción de Dios. En los evangelios, Jesús afirma conocer la voluntad de Dios, poseer el espíritu de Dios, la palabra de Dios. Se declarará uno con este Dios que habita en él y al que llama tiernamente "Abba-Padre". En la primera carta de Juan hay otras afirmaciones, todas igualmente sorprendentes, que en la intención del autor reflejan, sin duda, los sentimientos y pensamientos de Jesús: "El amor viene de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios. Si nos amamos los unos a los otros, Dios habita en nosotros y su amor se realiza en nosotros. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él. Nos amamos unos a otros porque Dios nos amó primero."

Si en la vida y el comportamiento de Jesús las Energías divinas del Amor, que crean, recrean y perfeccionan a los seres, pudieron manifestarse y explicarse de manera tan notable, no es de extrañar que fueran sobre todo los pequeños, los humildes, los despojados, los débiles, los enfermos, los fracasados de la vida, los primeros en sentir que este hombre desprendía la fragancia de Dios y que Dios les hacía una señal a través de él.

Jesús se consideraba a sí mismo un pobre que lo recibía todo de Dios. Enseñó que todos somos mendigos y que sólo existimos y sólo tenemos cualidad y valor por la abundancia de su generosidad de su generosidad, la riqueza de sus dones y la gratuidad de su amor. Como todo lo que somos y todo

lo que tenemos es un don gratuito, sólo hay un "deber" para con los demás: dar, compartir, ayudar, servir, amar.

En el centro de la vida y el mensaje de Jesús, pues, está la proclamación de que Dios se revela en la miseria humana. Porque es donde hay angustia, donde hay necesidad de amor. Y donde hay necesidad de amor, Dios está presente. Para Jesús es el otro, sobre todo si es pobre (esta palabra debe tomarse en su sentido más amplio de carencia o privación de todo lo que da valor y dignidad a una existencia humana), el lugar privilegiado de la presencia y manifestación de Dios en este mundo. En la parábola del Juicio Final¹²², Jesús afirmará que lo que se hace al otro en la necesidad, se hace a Dios. Jesús dice que fue Lázaro, pobre y magullado, quien, a la puerta del rico egoísta, pidió las migajas que caían de su mesa, el que, al final de su vida, se descubrió vivo en Dios. Por lo tanto, se descalifican todas las formas y expresiones de poder, superioridad, preeminencia, que tienen como objetivo explotar, oprimir, someter, rebajar, degradar a los demás. Sólo siguen siendo calificadas las actitudes de bondad, disponibilidad, acogida, devoción, servicio amoroso, desinteresado y fraterno que Jesús engloba bajo el nombre de "fe".

Para Jesús, por tanto, tener fe nunca es "creer" en verdades abstractas o aceptar afirmaciones dogmáticas como verdaderas. Para Jesús, "creer" no es ni siquiera creer en Dios. Para Jesús, la persona que tiene fe es la que tiene un corazón tierno y lleno de amor por el prójimo. El hombre de fe es el que es capaz de salir de sí mismo, de centrarse en los demás, de darse a los demás, sobre todo cuando son débiles y desamparados. Para Jesús, sólo el individuo que posee este tipo de fe posee el verdadero Espíritu de Dios que construye en él su "espiritualidad" en él.

Así, Jesús alaba admirablemente la fe del centurión romano que, olvidando su rango, se ocupó con solicitud y

ternura de la salud de su siervo "paralizado en su lecho y sufriendo terriblemente". Conmovido por la sinceridad de la compasión y el amor de este soldado por su esclava gravemente enferma, Jesús no pudo evitar exclamar: "¡En verdad os digo que nunca he encontrado tanta fe en Israel!"¹²³

En los evangelios, la fe que Jesús alienta y admira es a menudo la que encuentra en personas que no son especialmente religiosas, pero que, sin embargo, son muy humanas, porque son sensibles y espirituales (el centurión romano, la mujer cananea, el buen samaritano de la parábola y la samaritana del pozo de Siquem...). En realidad, esas personas creen inconsciente y casi instintivamente en la presencia de un Misterio de bondad, de benevolencia, de comunión profunda que vincula a cada criatura con el Todo de todo lo que existe¹²⁴.

¹²³ Mt. 8:5-33; Lc. 7:1-10; Jn. 4:46-54.

¹²⁴ Se puede decir que así como hay una cosmogénesis en el Universo constituida por el continuo surgimiento de formas de ser y de vida, hay también una antropogénesis, constituida por la constante aparición en el ser humano de pérdidas, completamientos y nuevas potencialidades.



El cristianismo es la única religión
fundada por Dios mismo en persona...
por eso es la única verdadera,
y no puede cambiar...



El centro absoluto de toda la Realidad, para la cosmovisión cristiana.

6

MÁS ALLÁ DE LA RELIGIÓN

La necesidad de nuevas estrategias

1 - Abandonar el poder opresor¹²⁵

No es necesario ser historiador para saber que en el pasado la religión cristiana (católica) pudo imponerse, dominar y triunfar principalmente mediante el uso del "poder opresor" que obliga, impone, vigila, amenaza, atemoriza y hace sentir culpable a la gente. Pudo adoptar este sistema de gobierno porque las personas a las que se dirigía eran generalmente incultas, ingenuas, crédulas, manipulables, pobres, indefensas y, por tanto, fundamentalmente dependientes del poder, la ideología y las creencias de sus amos o señores.

Esto ya no es así en el siglo XXI. Ahora vivimos en un mundo que, a partir de la "Ilustración" (siglo XVIII), ha sido totalmente sacudido y transformado por una serie ininterrumpida de revoluciones políticas, culturales, filosóficas,

¹²⁵ Harari señala que hay un poder que se ejerce a través de la opresión y la coacción, y un poder que opera mediante el uso de la atracción y la seducción. Esta distinción me parece muy pertinente para mostrar los cambios de actitud, contenido y táctica que la religión cristiana debería estar dispuesta a realizar si quiere sobrevivir a la revolución cultural de la modernidad. Este es el tema de esta sexta parte del presente estudio.

antropológicas (Darwin), sociológicas (Karl Marx), industriales (siglo XIX), cosmológicas, tecnológicas, científicas, informáticas (siglos XX y XXI). Estas revoluciones dieron origen a un nuevo mundo, a una nueva cultura, a una nueva sociedad, a un nuevo tipo de ser humano, culto, crítico, emancipado, libre, consciente de sus derechos y de su dignidad e impulsado por una nueva forma de percibir, comprender, interpretar y relacionarse con la Realidad.

Esta nueva forma de conocimiento y esta nueva manera de concebir su sentido y su felicidad, propias del hombre y la mujer modernos, ya no tienen nada en común con los viejos paradigmas del pensamiento. Ninguna autoridad de hoy en día, al menos en Occidente, tendría la más mínima posibilidad de triunfar, mediante el recurso y el uso del "poder opresor". Esto no significa, sin embargo, que en el mundo moderno ya no haya sistemas absolutos y totalitarios o individuos manipulados y oprimidos. Sólo significa que hoy en día, los que están en el poder se han vuelto más diplomáticos y astutos y han cambiado sus tácticas para conseguir los mismos o mejores resultados.

Han descubierto que se puede dirigir y dominar a las personas con mucha más facilidad y eficacia mediante el uso del "poder de seducción": ya no imponiendo, sino atrayendo.

Si hoy en día un negocio, una empresa, un político, un gobierno, un país, una organización, una institución, una religión quieren tener poder y mantenerlo durante mucho tiempo, deben convertirse en expertos en las tácticas de atracción y seducción y también, por desgracia, en la manipulación psicológica. Así, el político, para ser elegido y llegar al poder, debe atraer a los votantes con grandes promesas. Los gobernantes de un país, para mantener su poder, deben ganarse la simpatía y el apoyo de los ciudadanos, creando mejores servicios, mejores infraestructuras, mejores sistemas educativos y sanitarios. Ya no se obliga a los presos a romper piedras a

punta de pistola cuando se entiende que lo hacen de buen grado y con más eficacia si se les ofrece un pequeño salario o unas botellas de cerveza al final de su trabajo.

En la sociedad moderna, la fuerza de la actividad atractiva es tal que el consumidor suele perder su actitud crítica, su capacidad de discernimiento y de juicio objetivo y, por tanto, en última instancia, su libertad. Sin embargo, incapacitar a un individuo para actuar libremente es dominarlo, oprimirlo y esclavizarlo, que es el objetivo de cualquier sistema y estructura de poder.

En la sociedad actual, por tanto, la práctica de la seducción se ha convertido en el único medio "civilizado" y legalmente permitido de manipulación, adoctrinamiento, desinformación, esclavización y chantaje psicológico con fines exclusivamente políticos o económicos.

Dicho esto, lo que más sorprende al observador moderno es que la Iglesia católica, que es una institución de poder, parece ser el único organismo que aún no ha descubierto la extraordinaria eficacia de este método. Esto se debe, sin duda, al carácter conservador de esta sagrada empresa, que nunca ha considerado la necesidad o la ventaja de cambiar sus antiguas tácticas por otras más modernas. Está convencida, en efecto, de que el éxito y el poder le estarán siempre asegurados, ya que tiene para ella la promesa divina de la permanencia. Prefiere seguir utilizando el viejo y buen método del "poder opresivo" que tan bien le ha servido desde el siglo IV, y que cree que sigue siendo eficaz para asegurarse la adhesión y la lealtad de sus miembros.

Fortalecida y segura de la promesa divina de la eternidad, la institución eclesiástica se niega, por tanto, a recurrir al "poder seductor" que tanto necesita hoy. Ni el clero, disminuido, agotado y senil, ni las iglesias desiertas, ni la desaparición casi total de las clases trabajadoras e intelectuales del paisaje religioso; ni la repugnancia de las generaciones más jóvenes

por todo lo que, de cerca o de lejos huele a "iglesia" o a "católico"; ni la creciente indiferencia y apatía de los políticos, de la comunidad científica y de la sociedad laica contemporánea hacia todo lo que tenga que ver con la "religión"... Nada de esto ha podido sacarla de su letargo y abrir los ojos. Nada ha conseguido que la Iglesia se dé cuenta de que el mundo ha cambiado desde la revolución agraria del Neolítico y que la época cristiana y triunfante de la Edad Media ha terminado definitivamente.

Parece que la Iglesia católica está demasiado anclada en su pasado, demasiado fanática del carácter supuestamente "divino" de sus orígenes, para comprender la urgencia de la renovación y tener la flexibilidad necesaria para adaptarse a las exigencias de la modernidad.

Es evidente que no todo el viejo clero, que ahora constituye la mayoría de los responsables de la institución católica en Occidente, tiene la capacidad, los conocimientos, la apertura de miras o la energía para contemplar revisiones y cuestionamientos que perturben la tranquilidad y la reconfortante rutina de sus vidas y de sus creencias.

Sobre todo porque los cambios tendrían que ser realmente radicales. En este caso, la Iglesia católica tendría que abandonar definitivamente su pensamiento, sus doctrinas, su discurso, su lenguaje, en una palabra, todo el bagaje mítico que lleva arrastrando desde hace dos milenios y que ha quedado completamente obsoleto, pero es algo que el viejo clero católico no tiene ninguna gana de entenderlo o aceptarlo. Y esto porque la Iglesia Católica lleva siglos cargando un bagaje tan pesado y engorroso, pero al mismo tiempo tan indispensable e importante para ella, que ella misma se convierte en rehén y esclava de la importancia y necesidad que atribuye a su carga.

La Iglesia tendría que darse cuenta y aceptar el hecho de que vive en un mundo estructurado y guiado por unos

paradigmas nuevos, que son irreconciliables con los que la hicieron nacer a ella y la han mantenido viva.

Tendría que darse cuenta de que ya no puede tratar a los fieles como si fueran campesinos groseros, analfabetos e ingenuos del pasado, a los que podía decir impunemente todo tipo de tonterías, sin riesgo de ser cuestionada. Debería darse cuenta, de una vez por todas, de que ahora se dirige a un público adulto, educado en escuelas del siglo XXI donde han aprendido los fundamentos del discurso lógico, la biología, la química, la física cuántica, la cosmología, la astrofísica, el derecho y la antropología moderna.

Las personas cultas de nuestros tiempos modernos saben por la astronomía y la astrofísica modernas cómo y cuándo empezó nuestro Universo, cómo se formó y se extendió, cómo funciona y de dónde venimos¹²⁶.

La Iglesia institucional se enfrenta, por tanto, a un reto importante que, si no se supera, la condenará inevitablemente a una quiebra segura, si no en un futuro inmediato, sí en un futuro próximo.

2 - Recuperar el "poder de seducción".

Al recorrer los evangelios nos llama la atención el poder de seducción que ejerce Jesús. Una y otra vez los evangelios relatan, a veces con cierto humor, cómo Jesús se sentía literalmente abrumado por las multitudes que se agolpaban a su alrededor por todos lados, agolpándose al pasar por el borde del camino para verlo, para tocarlo, para ser curado. Los evangelios también nos dicen que Jesús estaba tan solicitado que a menudo no encontraba tiempo ni siquiera para satisfacer sus necesidades básicas, como dormir, comer y descansar.

¹²⁶ El evolucionismo de Charles Darwin, el neodarwinismo...

Jesús desprendía un encanto que seducía a la gente y les hacía desear estar con él. Su actitud fue amable y simpática, su mirada empática y acogedora, su discurso convincente y pertinente. Sólo tuvo que decir a algunos: "¡Venid, quedaos conmigo, seguidme!", para que estos individuos abandonaran a sus amigos, familia y trabajo para seguirle, como si estuvieran hipnotizados.

Como muy bien ha señalado José María Castillo¹²⁷, Jesús comprendió que la gente que venía a verle o a escucharle sólo buscaba y quería cuatro cosas sencillas: pan, salud, dignidad y esperanza. Y ofreciéndoles estas cosas Jesús pudo ejercer su "poder de seducción" y convertirse en su Maestro y Señor.

Sólo estando cerca de Jesús de Nazaret descubrimos la fórmula secreta que permite que el "poder seductor" conserve su cualidad benéfica y vivificante y evite que caiga del lado del "poder opresor" que humilla, explota y destruye a las personas. Jesús en la composición de su poder seductor insertó tres ingredientes mágicos: la benevolencia, el amor y la misericordia.

Jesús era capaz de seducir porque era una persona acogedora y sin prejuicios hacia todos. Era capaz de seducir porque todos los que se acercaban a él podían ver, experimentar y sentir que era un ser empujado y motivado, en todo lo que hacía y decía, por intenciones amistosas, voluntarias y desinteresadas, y que sólo buscaba y quería el bien y la felicidad de los demás.

Porque, al fin y al cabo, sólo podemos dejarnos seducir por un amor que se nos ofrece como un regalo que no esperábamos; que nos sorprende y que, de repente, nos hace conscientes de una belleza y un valor que siempre hemos

¹²⁷ José María Castillo, *La humanización de Dios: ensayo de cristología*, Editorial Trotta, 2009 - La humanidad de Jesús, Ed. Trotta, 2011.

llevado dentro y que nunca antes habíamos notado o sospechado.

Existe un verdadero poder de seducción cuando consigue suscitar en nosotros el deseo de estar a la altura de lo que somos a los ojos de la persona que nos ama; y a la altura de lo que realmente somos en lo más profundo de nuestro ser, donde sólo el amor es capaz de penetrar. Porque sólo el amor que recibimos puede convencernos de que somos únicos, preciosos, dignos de respeto y admiración y, por tanto, con derecho a la realización humana y a la felicidad.

No hay nada parecido en las acciones de la religión. En la religión, la persona nunca tiene realmente ningún valor en sí misma, sino sólo el valor que Dios, o la gracia de Dios, o la religión le dan. En la religión, los fieles son tratados con la frialdad, la distancia y la desconfianza con que se trata a un individuo siempre sospechoso de ser malo, de ser pecador, de ser constantemente culpable, de necesitar siempre ser corregido, reparado, aliviado, salvado; que, por tanto, difícilmente puede obtener el amor de sus semejantes, o, a lo sumo, suscitar la piedad de los "justos" y la compasión y el perdón de Dios.

Es curioso y, al mismo tiempo, inquietante constatar que, a pesar de la creciente animosidad e indiferencia que, en el mundo occidental, se acumula contra la religión cristiana, a ésta no parece importarle.

En cambio, a partir de los años 70 del siglo pasado, las autoridades religiosas católicas no han hecho más que exacerbar los contrastes, agravar las oposiciones, distanciarse de la modernidad y reforzar aún más su sistema "suicida" de gobierno y evangelización.

No me referiré aquí a la encíclica *Humanae Vitae* (1968) del Papa Pablo VI, que por sí sola es un ejemplo más que convincente de la mencionada actitud suicida. Sin embargo,

quiero llamar la atención sobre el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC).

Si, con esta iniciativa, el Papa tenía la intención de hacer publicidad y marketing de su empresa, hay que reconocer que lo hizo muy mal. De hecho, la publicación de este catecismo supuso el golpe definitivo a sus esfuerzos por aumentar la demanda de sus productos y poner en marcha una "nueva evangelización"¹²⁸.

Por tanto, ya es hora de que las autoridades eclesiásticas reflexionen seriamente sobre las razones por las que Jesús de Nazaret pudo atraer a las multitudes, cuando ellas sólo consiguen alejarlas. Ha llegado el momento de que esta institución se pregunte por qué y cómo el agua pura del manantial original que brotó del corazón y de la mente de Jesús –y que, al principio, todos bebieron con satisfacción– se volvió tan turbia y contaminada, hasta el punto de que hoy casi nadie quiere beberla ya.

En nuestra época de indiferencia y desafección religiosa, el gran reto de la Iglesia católica es seducir a la manera de Jesús de Nazaret, si quiere salir de su insignificancia y desaparición. Para ello, es urgente que comience por desprenderse de su visión negativa y pesimista sobre la naturaleza del ser humano, así como de todas las doctrinas que sólo buscan alienarlo, degradarlo y hacer que se sienta culpable.

En particular, tendrá que encontrar el valor de abandonar definitivamente su pensamiento mítico, su concepción heterónoma y dualista de la realidad, toda su cristología, su estructura jerárquica basada en la búsqueda del poder, su convicción de la superioridad del hombre y la inferioridad de

¹²⁸ Siempre recordaré a la catequista que me contaba orgullosa cómo utilizaba ese catecismo "tan completo y tan bien hecho..." para formar a los niños en la fe católica, y su expresión de desconcierto cuando le contesté que con ese catecismo no estaba formando cristianos, sino futuros ateos.

la mujer. Tendrá que decir adiós a la nostalgia medieval de prestigio, esplendor y grandeza que hoy parece totalmente ridícula y anacrónica.

Sobre todo, tendrá que cambiar su forma de tratar y dirigirse a sus seguidores. Tendrá que abandonar la actitud altiva y autosuficiente del líder que manda, dirige e impone, convencido de que siempre tiene razón, porque está en posesión de la verdad y la autoridad que le vienen de Dios.

La gente de nuestro tiempo quiere autenticidad. Quiere redescubrir la frescura, el encanto, la carga innovadora y desafiante de la enseñanza original y la palabra del Maestro de Nazaret. A la gente actual no le interesa las mitologías antiguas, aunque hayan sido recicladas y bautizadas por los grandes teólogos cristianos.

Le gustaría a la gente que la religión fuera capaz de reconocer que el Dios de Jesús, como el padre de la parábola¹²⁹, nunca juzga, ni condena, ni perdona a nadie...

Los cristianos de hoy quieren que se les diga que, como discípulos de Jesús de Nazaret, son personas fundamentalmente libres, porque Jesús, al construir en ellos la actitud de abandono y confianza "filial" en un Dios que es padre, madre y abismo de amor, los liberó del temor a Dios.

Entendieron –al contrario que muchos eclesiásticos– que la misión de Jesús no era reconciliar y acercar a las personas a Dios –de quien, en realidad, nunca estuvieron separados–, sino devolverles la libertad que la religión (con sus leyes, prohibiciones, preceptos y obligaciones) les había arrebatado.

En este sentido, podemos decir que el movimiento cristiano, si consigue liberarse de la camisa de fuerza de la estructura religiosa que se ha apoderado de él y recuperar la frescura del pensamiento y del espíritu de su Iniciador, tiene

¹²⁹ Cf. la parábola del hijo perdido y encontrado, en Lucas 15,11-32.

un enorme potencial de atracción y podría tener una gran oportunidad de éxito con la gente de nuestro tiempo que, en general, está abierta a la novedad y en busca de una forma de espiritualidad más plena.

¿Será capaz la Iglesia católica de asumir el giro de la modernidad? ¿Tendrá el valor de abandonar la pesada carcasa de la religión imperial, la jerarquía, el poder absoluto, el clericalismo, el dogmatismo... para redescubrir la pureza y la frescura de la fuente de la que surgió y recuperar su encanto, su gracia y su espiritualidad? ¿Será capaz de renunciar definitivamente al "poder opresor" para utilizar sólo el "poder seductor"? ¿Será capaz de volver a seducir, siguiendo el ejemplo de Jesús de Nazaret, cuyo espíritu pretende encarnar y continuar su obra? El futuro nos lo dirá.

El "camino" de Jesús: el humanismo en acción

En los evangelios la fe aparece esencialmente como una práctica, una acción, un compromiso, un estilo de vida que se hace explícito en las circunstancias concretas del tiempo y del lugar en que cada uno teje la rutina diaria de su vida. Es una fe preocupada por los problemas humanos y las cuestiones sociales. Hoy diríamos que es una fe que se preocupa por la comida, el vestido, la vivienda, el alquiler; que se preocupa por el empleo, el fin de mes, la guardería, la escuela, la educación, la salud, la soledad, la pensión de vejez, la seguridad social. Por lo tanto, busca ante todo asegurar un mínimo de bienestar material para todos, sin el cual cualquier discurso religioso que ofrezca el bienestar espiritual y la salvación del alma es indecente, inútil y sin sentido.

Es en compañía del Maestro de Nazaret y en la meditación de su palabra y de su espíritu donde los cristianos han ido aprendiendo que el Amor, que se convierte en acción concreta y en don gratuito, es el único camino para alcanzar la sola "gracia" capaz de humanizar el mundo.

Para los discípulos de Jesús, Dios se manifiesta ahora a través de las expresiones humanas de humildad, de pequeñez, de insignificancia, de sufrimiento; en una palabra, a través de la condición de los que no son "nada" en este mundo y para este mundo. Es en los pequeños y débiles donde la fuerza y el amor de Dios actúan en nuestro mundo.

Esto significa que el proyecto cristiano, (o el "Reino de Dios" en la tierra que Jesús soñó realizar), no se desarrolla en el mundo de lo sagrado, sino en el mundo de lo profano. No entre los grandes, sino entre los pequeños. No se trata de Dios, sino del ser humano. No tiene nada que ver con una religión, una institución clerical, una jerarquía, dogmas, ritos, devociones, observancias. No tiene nada que ver con la sumisión y la obediencia a las autoridades religiosas.

Si hay algo que el Profeta de Nazaret quería que entendieran los que siguen su "Camino" es que, al contrario de lo que dicen las religiones, Dios está en el tiempo de nuestra vida, en nuestro siglo, en lo secular, lo social, lo político. Está donde la gente vive. "El Reino de Dios está entre vosotros". Porque es en las profundidades del ser humano, a menudo apenas excavadas, donde la presencia creadora y restauradora de la Energía Primordial del Amor actúa para mover el mundo hacia nuevos y mejores logros.

La originalidad del movimiento cristiano del "Camino" consiste entonces en comprender y proclamar, siguiendo a Jesús, que el Amor es el verdadero nombre de Dios y que este amor es la única fuente de auténtica humanidad. El verdadero cristianismo anuncia que este mamífero inteligente, al que se le ha dado el nombre de sapiens, conseguirá perfeccionarse y evolucionar hacia formas más refinadas de humanización en la medida en que sea capaz de integrar, en su existencia y en sus relaciones, la *sapienza* o la sabiduría de una verdadera espiritualidad y la Energía (divina) del Amor que actúa en el Universo.

Sin embargo, como ya he hablado más arriba¹³⁰, no se trata de cualquier tipo de amor, sino sólo de aquel que lleva la firma o el sello de Dios; es decir, un amor desinteresado y gratuito, capaz de ternura y compasión, capaz de darse a sí mismo, de perdonar, de servir y de estar disponible para las criaturas más limitadas y frágiles, a fin de fortalecerlas y ayudarlas a evolucionar hacia una forma de vida mejor y a realizarse según la verdad de su ser.

Aquí, pues, actúan las mismas dinámicas que lanzaron el Universo a la existencia, en virtud de una misteriosa y abismal Energía Amorosa que se manifiesta e interviene en la carencia absoluta, en el vacío (cuántico) para hacer surgir la realidad, el ser y la vida.

Para los cristianos, este tipo de amor es la forma que adopta Dios en la realidad de nuestro mundo. Allí donde aparece y se concreta este tipo de amor, aparecen también los signos de una Presencia divina¹³¹.

Recuperar el carácter secular y laico del Camino

Desde el inicio del movimiento cristiano, los primeros discípulos de Jesús de Nazaret percibieron a su Maestro como una persona llena de Dios e inspirada por Dios. Para los cristianos del siglo XXI, la figura de Jesús podría resultar sin duda mucho más interesante y atractiva si, como los cristianos de los orígenes, fuéramos capaces de sentir la singularidad del "fenómeno Jesús" y de captar el carácter extraordinario del nuevo tipo de ser humano que fue capaz de encarnar y proponer.

¹³⁰ Véase la quinta parte de esta obra, el capítulo sobre "Jesús de Nazaret y una nueva forma de ser humano (páginas 167 y siguientes).

¹³¹ Cfr. José María Castillo, o.c.

Para los cristianos de nuestro tiempo, la figura de Jesús podría verse entonces como una realización particularmente exitosa de la manifestación que el Misterio Último puede asumir en nuestro mundo, cuando sus virtualidades se hacen perceptibles para las estructuras inteligentes de nuestro Universo. La vida de Jesús podría entonces darles una pista de cómo podría ser "Dios" cuando aparece en nuestra inmanencia, y cómo podría ser un ser humano que se deja invadir totalmente por las energías de este Misterio de atracción y de amor.

Lo que más llama la atención en la vida del Nazareno es la realización no sólo de su perfecta humanidad, sino también de su perfecta "secularidad". En los evangelios, Jesús nunca aparece como fundador de una religión. Nunca estableció o fijó espacios o tiempos sagrados. Nunca promulgó rituales para el culto. Nunca "ordenó sacerdotes". Nunca animó a sus seguidores a asistir a las sinagogas, a recitar oraciones, a ofrecer sacrificios, a ayunar, a observar el sábado o a otras prescripciones de la tradición rabínica.

Lo que tiene de especial la espiritualidad de Jesús de Nazaret, por tanto, no es la fe religiosa que se explicita en las prácticas de una religión, sino un modo de actuar, desplegado al servicio de la misericordia y del amor al prójimo, en el que vio el rostro humano de Dios.

Así que puede decirse que lo típico de su personalidad es su carácter fundamental y notablemente humano, que busca humanizar a los que le rodean, liberándolos tanto de las limitaciones opresivas y culpables de la religión como de la angustia y la obsesión por el tener y el poder que les aleja de sí mismos y de los demás.

Así, la imagen de Jesús que se desprende de los relatos evangélicos es la de una persona que no pertenece a ninguna religión y que está por encima de toda creencia religiosa. Sería ridículo considerarlo "cristiano" o "católico". Jesús

de Nazaret no es "propiedad" de ninguna denominación o iglesia. La institución eclesiástica posterior se equivocó totalmente cuando pretendió apoderarse de ella, monopolizarla y utilizarla para sus ambiciones y para establecer sus necesidades de prestigio y poder.

Jesús forma parte del patrimonio de la humanidad. Es un bien universal. Es una obra maestra (del ser humano) que todos pueden admirar y referenciar. La forma de humanidad que fue capaz de alcanzar en el transcurso de su existencia es y seguirá siendo para todos los humanos, más allá del tiempo, el lugar, la raza, la cultura y la religión, un ejemplo a seguir, un motivo de orgullo, un motivo de asombro, una fuente de inspiración, una luz en el camino y, ciertamente, un motivo para creer y esperar que pueda haber un futuro para nuestro mundo, ya que fue capaz de producir tal milagro de humanidad.

Todo esto puede resumirse diciendo que, finalmente, a través del contacto con Jesús, hemos aprendido que nuestra relación con lo divino sólo es posible en lo humano. Que lo que caracteriza al cristianismo no es su fe en la divinidad del hombre (de Nazaret), sino su fe en la "humanidad" de Dios que el Hombre de Nazaret descubrió y nos dio a conocer.

¿Sobrevivirá el cristianismo en la modernidad?

Hoy sabemos por las ciencias antropológicas que a lo largo de la historia de la humanidad la contribución de las religiones al desarrollo de la moral, de la reflexión y de la espiritualidad en las sociedades ha sido de suma importancia.

Durante los pocos milenios en que ha existido la sociedad agraria, la religión y la sociedad han caminado de la mano. Hoy, sin embargo, este matrimonio ha llegado a su fin: para muchos creyentes ya ha desembocado en un divorcio formal; mientras que para muchos otros los casos de separación definitiva se multiplican a toda velocidad. La causa de

este fenómeno es sencilla: los dos miembros de la pareja, en el curso de sus aventuras y peregrinaciones individuales, han llegado a darse cuenta de que vivían en dos universos diferentes entre los que la comunión y la comunicación se habían vuelto imposibles.

De hecho, mientras que la religión se detuvo y se congeló en el mundo arcaico y agrario del Neolítico, la sociedad secular siempre ha avanzado, ha ganado velocidad y ha recorrido largas distancias. En el camino, ha evolucionado, se ha transformado, ha terminado por trasladarse a otro mundo, regido por nuevos conocimientos, por nuevos paradigmas de interpretación y comprensión de la realidad, por una nueva forma de pensar, un nuevo lenguaje, un nuevo estilo de vida inspirado en nuevos principios y nuevos valores. Así, los miembros de la "vieja pareja" se han convertido en extraños entre sí, incapaces de hablar y entenderse.

Sin embargo, frente a este cambio, lo más sorprendente es que las autoridades religiosas no parecen estar alertadas, ni siquiera remotamente preocupadas, por la migración masiva de sus seguidores al mundo de la modernidad. Dan la impresión de haber permanecido encerrados en su capullo prehistórico y no querer salir de él.

Este comportamiento demuestra, una vez más, que a la religión no le gusta lo "nuevo". Porque "nuevo" es lo que nunca se ha hecho o dicho antes. Lo nuevo es lo que no viene de dentro del sistema, sino de fuera y de otros lugares. Si la religión es fundamentalmente esto, ¿cómo puede afrontar y sobrevivir a los retos del mundo moderno, que se caracteriza por su continuo movimiento de transformación? Además, si tenemos en cuenta que Jesús de Nazaret, que es el corazón, el alma y la razón de ser del cristianismo, fue silenciado y suprimido por la "religión" de su tiempo, debemos darnos cuenta de que existe una oposición e incompatibilidad "mortal" entre el "Camino" y la "religión", lo que nos permite afir-

mar que el cristianismo nacido de Jesús de Nazaret puede, en el mejor de los casos, ser definido y descrito de muchas maneras, pero nunca puede ser llamado religión.

Saber que el cristianismo nació como un movimiento espiritual de reacción y desafío a la "religión", proporciona a los cristianos de nuestro tiempo una razón adicional para querer recuperar el espíritu original del "Camino" y liberarlo así de la "máscara de hierro" de la religión, bajo la cual emperadores y papas, desde el siglo IV, lo han ocultado y aprisionado.

Mientras el cristianismo no se libere de esta máscara, mientras no recupere su verdadero rostro y muestre su verdadera identidad, no podrá ejercer su encanto, brillar con todas sus luces, ni poner en práctica la fuerza de atracción de la que le ha dotado Jesús. Es precisamente porque hoy en día cada vez más personas aborrecen esta máscara, que ellas se alejan de la religión.

Es penoso comprobar cómo la exaltación y apoteosis mítica orquestada por la cristología católica en torno a un Jesucristo, Hijo de Dios, hijo de la Virgen María por fecundación del Espíritu Santo, Redentor y Salvador de la humanidad y ahora al cielo a la derecha de Dios, desde donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos—... que durante casi veinte siglos ha hecho el éxito de la religión cristiana, se ha convertido hoy en la principal causa de su insignificancia y rechazo por parte de la modernidad.

El cristianismo podrá todavía aportar algo bueno y conveniente al mundo moderno si tiene el valor de su identidad y la audacia de su autenticidad: ser la "Vía" o el "Camino" de humanización y de espiritualización que realmente es.

El cristianismo del Camino ya no consistirá, pues, en creer en Cristo, el Hijo de Dios, sino sólo en creer como Jesús. La aportación del cristianismo a la modernidad podría ser, pues, simplemente la presentación y la propuesta del

espíritu de Jesús de Nazaret a los seres humanos de nuestro tiempo.

Qué perspectivas de futuro tiene la religión cristiana

Hoy sabemos que la única manera de relacionarnos con nuestros semejantes y de garantizar unas buenas condiciones de vida es establecer una comunión "amorosa" constante con todos los seres animados e inanimados que componen la realidad de nuestro Universo. Esta comunión con el Universo, hecha de relaciones y conexiones esenciales de interdependencia, no sólo suscita en nosotros una actitud de asombro, respeto, cuidado y preocupación por cada criatura, sino que va acompañada de la conciencia de que formamos parte de un Todo al que ya pertenecemos para siempre.

Hoy, los hombres de la modernidad saben que viven en un Universo que, en su casi totalidad, es un inmenso misterio que escapa a nuestra comprensión. De hecho, en este Universo nuestro, la materia ordinaria visible (las galaxias) constituye sólo el 5% de su densidad total; el resto está compuesto o bien por materia invisible u "oscura" (26%), o bien por una inmensa cantidad de energía (68%) llamada "oscura", dotada de una fuerza de atracción negativa, y responsable del vuelo de las galaxias y de la expansión del Universo, y de la que los científicos no saben absolutamente nada. Saben que existe, pero su origen y naturaleza se les escapan por completo.

Hoy se sabe que cada estrella de una galaxia (en una galaxia hay cientos de miles de millones de estrellas, y cientos de miles de millones de galaxias en el Universo) está rodeada, por término medio, de tres o cuatro planetas. Saben que, según el cálculo de probabilidades, hay ciertamente miles de millones de planetas en nuestro Universo que reúnen las condiciones adecuadas para el nacimiento de la vida en general y de la vida inteligente en particular. De modo

que muchos científicos están seguros de que la vida, e incluso la vida consciente e inteligente, se cuece a fuego lento en cualquier lugar del Universo.

Hoy se sabe que este Universo, casi totalmente desconocido, invisible y esquivo, es sin embargo fascinante en los infinitos destellos de luz de sus cientos de miles de millones de galaxias. Saben que los números que miden su extensión superan la capacidad de comprensión e imaginación humanas. También saben que existe la posibilidad de que nuestro Universo no esté solo ni sea único. De hecho, puede ser un invitado más, entre muchos, en el paseo cósmico en el que una multitud de Universos (Multiverso) bailan y evolucionan con gracia y ligereza en un vacío abisal sin fin.

Esta nueva conciencia ha venido a ser actualmente el fundamento de toda auténtica espiritualidad para los seres humanos. Sin embargo, en el pasado, la religión judeocristiana ha tomado un camino muy diferente. Se construyó sobre una forma de indiferencia y oposición al mundo material. También se ha desarrollado en una ignorancia más o menos completa de los lazos esenciales que unen a los humanos con la Tierra y con todo el Cosmos. Para esta religión, el ser humano, habiendo salido directamente de las manos de Dios y estando destinado a volver a Él, no sólo no tenía que aferrarse al mundo material, que es fundamentalmente malo, sino que no le debía absolutamente nada, salvo el deber de "despreciarlo" para dominarlo, someterlo y utilizarlo para satisfacer sus necesidades y su codicia.

Hoy, los humanos del siglo XXI ya no encuentran en el lenguaje mítico y en el bagaje simbólico desarrollado por la religión a lo largo del tiempo, los signos y símbolos adecuados para expresar sus nuevas sensibilidades, sus nuevos conocimientos, su nueva visión del mundo, así como su nueva forma de concebir la relación con el Universo y su Fuente Última.

Creo que sólo aquellos gestos que logren ponernos en contacto con la magnificencia y la belleza del Universo, o con los auténticos valores cristianos contenidos en el Camino abierto por el Profeta de Nazaret, podrán interesar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, tocar las cuerdas sensibles de sus corazones y establecerlos en un estado de asombro, de adoración y de comunión con este Misterio de unidad, de bondad y de amor que actúa en toda criatura.

Creo que sólo esta nueva forma de relación con la Realidad constituirá en adelante el único fundamento y soporte de la religiosidad, o mejor dicho, de la espiritualidad humana del futuro.

Para decirlo más sencillamente: hoy la persona "religiosa" ya no encuentra a Dios en los templos, las iglesias y sus ritos, sino, sobre todo, en la naturaleza y en el Cosmos, que se han convertido en los únicos lugares de revelación de Dios y donde puede surgir una auténtica oración de alabanza y adoración.

Creo que ha llegado el momento de que los cristianos recuperen las expresiones de espontaneidad y libertad de su adhesión a la persona de Jesús de Nazaret, siempre luchando contra las limitaciones inhumanas de la religión. Ha llegado el momento de dejarse moldear por el espíritu de este Maestro que descubrió que la gente miserable de la calle, las flores de los campos y los pájaros del cielo eran cuidados por una Ternura natural que recorre e impregna todo el Universo.

Un día tendremos que encontrar la audacia de salir de las iglesias si queremos celebrar verdaderos ritos de acción de gracias y "comunión". Será necesario crear e inventar "entornos" más cautivadores e inspiradores que propicien el silencio y la reflexión y la autorreflexión. Lugares capaces de ayudarnos a recorrer el camino que lleva al interior de nosotros mismos: donde se ha esculpido la imagen de nuestra verdadera identidad; donde la corriente voluntaria de la

evolución cósmica nos ha dado la capacidad de amar "divinamente".

En estas nuevas liturgias celebradas a solas o en pequeños grupos, en la naturaleza, en los campos, en los parques, en los bosques, a orillas de un río, en una playa, frente a la inmensidad del océano, durante una caminata en la alta montaña, frente a un amanecer o un atardecer, en el silencio de una noche estrellada, en un laboratorio de investigación; en una clínica de maternidad... en estas liturgias "naturales" entonces (pero, ¡oh, qué sublimes y "sagradas"!).) es posible que cada uno de nosotros pueda escuchar, con especial intensidad, la voz de Dios que le habla a su mente y a su corazón a través del asombro, la fascinación y la adoración que despierta en nosotros la percepción de tantas maravillas y bellezas "divinas".

Creo que nuestras "Eucaristías" cristianas deberían convertirse en celebraciones "cósmicas" de profunda comunión con toda la creación...

Tales Eucaristías también deberían despertar en nosotros el deseo de desarrollar relaciones personales caracterizadas por la preocupación por los demás, especialmente si éstos se encuentran en situaciones de pobreza, angustia, injusticia, violencia u opresión.

Estas Eucaristías deben destruir el conformismo y la indiferencia de los creyentes, y hacer surgir la audacia y el coraje de luchar contra todas las formas inhumanas de explotación. Sobre todo, deben concienciar a la gente de que, si no consiguen transformar a los individuos en mejores personas, no sirven más que para alimentar la ilusión de una falsa prosperidad y una religiosidad tranquilizadora y vana.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo, he mencionado repetidamente la crisis de la religión cristiana en Occidente. Una crisis provocada fundamentalmente, por un lado, por el cambio de época y de paradigma cognitivo y, por otro, por la persistencia del pensamiento mítico en los dogmas, doctrinas y creencias impuestas por esta religión a sus seguidores.

Esta crisis no es ante todo un fenómeno producido por la secularización de la sociedad, por la pérdida de los valores cristianos, o por la difusión del materialismo, el hedonismo y la indiferencia religiosa (una justificación tranquilizadora y reductora de la culpa, a menudo esgrimida por las autoridades religiosas), o por la presencia de escándalos sexuales entre el clero.

Todo esto, sin duda, ha influido y acelerado la aparición y propagación de la crisis. Sin embargo, sigue siendo indiscutible que se trata esencialmente de un fenómeno causado por el proceso evolutivo normal de las especies vivas de este planeta y, por tanto, también de este primate llamado homo sapiens. Esta última se libera (¡por fin!) de su crisálida, en la que durante milenios había cristalizado su antigua forma de humanidad, para asumir ahora otra, más adecuada para acompañarla a lo largo de una nueva etapa evolutiva de su historia. Los estudiosos hablan de un salto adelante, un nuevo

tiempo axial, una línea que marcará un antes y un después en el proceso evolutivo de la humanidad¹³².

En Occidente, ya hay un número creciente de "creyentes" que se dan cuenta de la urgencia de replantear su fe. En efecto, perciben, de forma a menudo angustiada, el contraste y la contradicción existentes entre sus sentimientos, su racionalidad, sus conocimientos... y los contenidos míticos que alimentan y sostienen las doctrinas y creencias a las que deben adherirse, pero que ya no son capaces de aceptar.

Por lo tanto, es importante saber cómo vivir hoy la transición de una sociedad históricamente fundada y estructurada por una religión agraria, hacia un tipo de sociedad sin religión, que ya ha comenzado a existir y cuyos logros espirituales se realizan para cada persona de maneras y formas y modelos completamente diferentes a los que antes ofrecía la religión.

En nuestras sociedades occidentales, millones de personas ya han abandonado la religión, abiertamente o de puntillas. Están asumiendo nuevos paradigmas que han aparecido hace tiempo y están sustituyendo crecientemente a los antiguos.

Ya es un hecho que en la cultura actual no es posible ningún diálogo, ninguna convicción, ningún conocimiento verdadero, ninguna conciencia de sí mismo, ninguna vida interior, ninguna espiritualidad, ninguna sensibilidad auténtica desvinculada de la concepción moderna de la Realidad, tal como la revelan las ciencias modernas (cuántico-astrónomicas). Cualquier otra postura, anclada en una visión mítica y premoderna del mundo, sólo puede considerarse hoy como un delirio neurótico¹³³.

¹³² J.M. Vigil, *Paradigma Post-religioso: entre una crisis y una buena noticia*, en "Horizonte", Belo Horizonte, vol. 13. nº 37 (2015), p. 13)

¹³³ Ibid.

Sin embargo, si se examina más de cerca, uno también se da cuenta de que la actual crisis de la religión cristiana en Occidente no tiene tanto que ver con los valores cristianos en sí mismos. La crisis no cuestiona el cristianismo como "Camino". Lo que se impugna y rechaza es más bien la alteración de ese Camino, el disfraz "religioso" bajo el que se ha ocultado y que, a partir del siglo IV, se ha impuesto a todos los cristianos. Ya he señalado varias veces a lo largo de este estudio que Jesús de Nazaret fue eliminado por la religión, y que, por eso existe una incompatibilidad casi congénita entre el Camino y la religión.

Si, además, estos cristianos descubren que su religión no es más que una rémora del verdadero cristianismo y que se ha estructurado y desarrollado según el modelo imperial de la búsqueda de prestigio y poder, pervirtiendo y marginando amplios sectores de la enseñanza original del Maestro de Nazaret, entonces estamos en posesión de todos los elementos para comprender el motivo de la extrema facilidad con que los cristianos de hoy abandonan su religión¹³⁴.

Hoy, además, los círculos intelectuales más avanzados de la reflexión cristiana (filósofos, teólogos, pensadores, científicos, etc.)¹³⁵ son unánimes en afirmar que, si la institución cristiana eclesiástica oficial persiste en querer identificarse con la "religión imperial, no tendrá una larga esperanza de vida en la sociedad culta y laica de Occidente.

Por lo tanto, para sobrevivir, el cristianismo tendrá que renunciar a su condición de "religión", y también tendrá que deshacerse de la mayor parte de sus creencias míticas y certezas dogmáticas, que constituyen el muro contra el que acaban por estrellarse todos los esfuerzos por "creer" de un gran número de personas.

¹³⁴ Cfr. José María Castillo, *La resistencia al Evangelio*, en *feadulta.com*

¹³⁵ Véanse, por ejemplo, los escritos de John Shelby Spong, Rogers Lenaers, José María Vigil, José María Castillo, entre muchos otros.

Estoy convencido de que el cristianismo tendrá una oportunidad de sobrevivir en el futuro (tal vez) sólo con una condición: si es capaz de encontrar la fuente original de la que brotó y que la "religión" ha obstruido, y seguir exclusivamente al Hombre de Nazaret, liberándolo de las garras de una religión que lo ha secuestrado y convertido en un quimérico Cristo-Hijo de Dios.

Pero hay más. El hecho de que Jesús de Nazaret fuera un individuo en constante lucha contra una religión que terminó por eliminarlo, debería ser razón suficiente para entender que quienes hoy quieren vivir según los principios y valores que él dejó, están necesariamente llamados a ir también más allá de la religión. En efecto, si la religión fue una institución a la que Jesús nunca reconoció ningún poder sobre su persona y su misión, tenemos derecho a pensar que también quiso esa misma independencia para sus discípulos y para el movimiento espiritual que pusieron en marcha (el "Camino").

Creo, pues, que los cristianos informados no deberían preocuparse demasiado por la actual crisis que afecta a la religión en Occidente. Más bien deberían alegrarse de ella y considerarla un fenómeno "providencial". Esta crisis podría considerarse como la "revolución" y el "azote" capaz de "liberar" por fin al cristianismo del control y de las incrustaciones nocivas de la religión, y permitirle recuperar la libertad que tenía en sus orígenes, así como el atractivo de su verdadera fisonomía e identidad.

José M^a Castillo parece estar totalmente de acuerdo con lo que acabo de decir, cuando escribe: "No nos pongamos tristes si la religión se debilita y se derrumba. No nos preocupemos si las vocaciones escasean, si faltan sacerdotes, si las iglesias se vacían y si los sacramentos (como la confesión y el matrimonio) se abandonan. No hay nada allí. Porque, si somos conscientes de lo que es realmente el cristianismo y

sacamos todas las consecuencias, sabemos que el centro de nuestra fe y el Camino por el que, como cristianos, debemos caminar para encontrarnos con Dios y con nuestra realización humana, están constituidos únicamente por el Evangelio y el proyecto de vida que Jesús de Nazaret, con su forma de vida, nos ha dejado"¹³⁶.

Hay otro aspecto importante que separa al cristianismo de la religión: mientras la religión es principalmente un sistema de creencias abstracto e incorpóreo, el "Camino" de Jesús es fundamentalmente un humanismo en acción y un compromiso práctico inspirado en la preocupación y el amor por los demás para construir un mundo mejor.

Así, el Camino lleva a quienes lo recorren no a creer en Jesús, como quiere la religión (creer que es el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios encarnado, la segunda persona de la Trinidad, el Redentor y Salvador del mundo, etc.); sino a creer como Jesús, es decir, a realizar una forma de existencia inspirada en su espíritu, en sus convicciones, en su manera de ser, de amar y de relacionarse con la Realidad.

Por tanto, en el corazón del "verdadero" cristianismo no está la creencia, sino la acción "amorosa". No hay Dios, sino ser humano. Un ser humano modelado en el Hombre de Nazaret, a través del cual los creyentes creen vislumbrar algunos reflejos de la verdadera naturaleza de Dios.

De hecho, podemos ser humanos sin ser espirituales... Uno puede tener inteligencia, pero estar totalmente desprovisto de espíritu. El espíritu es una cualidad adicional de nuestra alma que nos permite ver la profundidad de las cosas y mirarnos desde dentro, para descubrir la verdadera naturaleza de nuestra humanidad y el misterio que habita en nosotros.

¹³⁶ José María Castillo, *Ya estamos hartos de engaños religiosos*, en *feadulta.com*

Porque, en rigor, se puede ser hombre o mujer sin ser realmente criaturas humanas. Hay personas que pasan por su vida sin llegar a ser humanos; sin sentir nunca la necesidad de Dios o las llamadas del espíritu. Para estas personas, el mundo está cerrado en su inmediatez; compuesto exclusivamente por materias primas, bienes de consumo, recursos por explotar, intereses económicos y necesidades materiales por satisfacer.

Para esta gente, un bosque no es más que madera que hay que cortar, un rebaño de ovejas pastando en las verdes laderas de una montaña no es más que lana y pierna de cordero; las amapolas en flor en un campo de trigo, malas hierbas que hay que arrancar; nuestra Tierra flotando en el espacio como una perla azul, un planeta del sistema solar...

Ni poesía, ni visiones, ni alma, ni conmoción, ni percepción de un misterio mayor, ni ecos de una música que pueda hacer sospechar que una melodía secreta está sonando en algún lugar, más allá de las meras apariencias. Para los que no tienen espíritu, el mundo es opaco, mudo, banal, prosaico, insignificante... y terriblemente triste.

Pero ¡mira el mundo en el que vivió Jesús! Todo lo que le rodea habla de un otro lugar, de una Presencia, de una Belleza, de una Fuerza benévola y amistosa que actúa para elevar, transformar, renovar, curar, salvar, crear un nuevo mundo, para hacerlo evolucionar hacia una nueva forma de humanidad. En el mundo de Jesús todo es exclamación, asombro, admiración, contemplación, emoción, compasión y amor: las flores y la hierba de los cantos, los pájaros del aire, la higuera en primavera, los campos de trigo en verano, la vid en otoño, el labrador que ara la tierra en invierno, el viento que sopla y la tormenta en el lago.

Por su espíritu, Jesús de Nazaret es fascinante y, al mismo tiempo, inquietante. Es un espíritu que descubrió a Dios como una energía de amor, presente en cada ser y en

cada persona. Y es este espíritu el que vivió Jesús y es este mismo espíritu el que su "Camino" trata de dar a conocer y comunicar.

En resumen, el proyecto de Jesús, que el cristianismo quiere continuar, consiste en ayudar a las personas a descubrir la Fuente Original del Amor que siempre ha estado con ellas. Y ello para que, a su vez, se conviertan en mensajeros de la "buena noticia" y constructores de un "humanismo" capaz de transformar la faz del mundo. En esto radica el valor ejemplar y universal del Maestro de Nazaret y de toda persona que recorre su Camino. Podemos entonces resumir el contenido de estas reflexiones diciendo que el cristianismo no es una religión, sino fundamentalmente un movimiento espiritual que busca conducir a los individuos por el "camino" de su verdadera humanización, haciéndolos no más religiosos, sino más humanos; un movimiento espiritual que busca proponer no la santidad, sino la bondad; no mitos y sueños, sino la acción motivada por las exigencias del amor.

No encontraré mejores palabras para concluir este trabajo que tomando prestado de Francesco Comina este hermoso texto lleno de poesía... y de Jesús: *"Amar al prójimo como a uno mismo; amar a la tierra como si fuera una prolongación de tu cuerpo; seguir respirando el aliento de una vida que se renueva continuamente; ser capaz de sentir ternura y caricias en el rostro de los demás; correr por los campos y dejarse encantar por los guiños de las margaritas; mirar el cielo azul y ver las golondrinas juguetonas en el aire; mirar la historia del mundo como si fuéramos monjes sin hábito, sin reglas, sin monasterio y sin dios allá arriba... así es como podría ser la aventura espiritual de los humanos cuando finalmente hayan completado su viaje más allá de la religión"*¹³⁹.

¹³⁶ Cfr. Francesco Comina, en *Una spiritualità oltre il mito*, coll., Gabrielli Editori, 2019, p.16.

AGRADECIMIENTO

*Al final de este trabajo me gustaría expresar mi gratitud a **Susanne Schönbacher** por su disponibilidad siempre entusiasta, alegre y dedicada. Este libro debe mucho a su ayuda y colaboración.*

A lo largo de la gestación y redacción de este libro, tuve la suerte de poder contar con los acertados consejos de Susanne; sus perspicaces y siempre acertadas observaciones; la pertinencia de sus sugerencias; la agudeza de su espíritu crítico; su sentido germánico del discurso lógico y bien estructurado, que a menudo intervino para frenar mi prolija y desordenada mente latina; sus habilidades gramaticales y lingüísticas, y su capacidad de redacción en la edición final.

Susanne me guió con mano firme para evitar tanto alardes de lenguaje académico y erudito como repeticiones redundantes, y para optar siempre por la claridad y la sencillez de estilo, vocabulario y argumentación. Asumió de buena gana la monótona tarea de corregir la ortografía y dar formato al texto final.

También cuenta con mi gratitud por el apoyo psicológico que me brindó, el ánimo, interés y entusiasmo con el que acompañó la elaboración y desarrollo del trabajo.

Por todo ello, ¡gracias de todo corazón, Susanne!

Bruno MORI

EPÍLOGO

NO PODEMOS SEGUIR IGUAL CON LOS/AS JÓVENES

Juan Antonio SANDOVAL

Considerando la distancia desde la parte exterior del Sol al planeta Tierra, y la velocidad de la luz en el vacío, a un haz de luz le toma aproximadamente 8 minutos y veinte segundos llegar desde el perímetro del Sol hasta la Tierra. De manera que, en un caso hipotético, el Sol podría estar apagado y no nos enteraríamos si no hasta 8 minutos después. Mientras tanto, la vida en nuestro planeta seguiría su curso normal, sin ninguna variación, completamente inconscientes de lo sucedido. Creo que esto mismo es lo que nos está sucediendo en el mundo occidental con las religiones y, más en específico, con el cristianismo. Es este sentido el libro de Bruno Mori me parece muy pertinente. Él, al igual que otros autores, nos pone sobre aviso e intenta perfilar caminos para afrontar los desafiantes tiempos nuevos que vivimos como humanidad.

En el trabajo con los jóvenes puede comprobarse, progresivamente, que lo que Bruno Mori y otros alertan no es una reflexión teórica, sino una realidad que cada vez se hace más palpable. Durante muchos años se ha afirmado que los cambios nacidos con la modernidad, parecen no haber tocado a Latinoamérica. No es eso lo que algunos de nosotros hemos encontrado en nuestra práctica pastoral. Si bien es

cierto que en América Latina conviven diferentes cosmovisiones, cada vez el número de jóvenes que manifiestan una sensibilidad distinta es creciente.

Tratemos de describir lo anterior con una imagen. Sucede con los jóvenes latinoamericanos lo que sucedería con un celular, un dispositivo móvil hipotético. Supongamos que este dispositivo móvil luciera en su *hardware* como anticuado, del pasado. Supongamos incluso que al abrir el celular encontráramos que el diseño gráfico de sus aplicaciones luce antiguo, propio de hace 10 años. Nosotros, los usuarios ya mayores del mismo, podríamos en un inicio sentirnos cómodos, como si pudiéramos fácilmente interactuar con el dispositivo, usar sus aplicaciones y encontrar el funcionamiento que esperamos. Cuál no es nuestra sorpresa cuando, a pesar de una apariencia antigua, al comenzar a interactuar con nuestro dispositivo móvil, descubrimos que las aplicaciones no corren como es de esperar, y que el celular, el móvil, se comporta de forma extraña. Al revisar las especificaciones nos damos cuenta de que el sistema operativo del dispositivo es de última generación, completamente actualizado. Demasiado potente y diferente para correr las aplicaciones antiguas, a pesar de lucir antiguo.

Creo que lo anterior es lo que, progresivamente y como fruto de la exposición a otras cosmovisiones por medio de internet, está pasando entre nuestros jóvenes latinoamericanos, incluso entre aquellos más empobrecidos pero que, progresivamente, empiezan a incorporar cada vez más el acceso a distintos mundos en sus vidas, por medio de internet. Exteriormente, y quizás incluso en ciertas narrativas, parecen todavía poder dialogar con la tradición religiosa cristiana, pero, en lo profundo de sí mismos y en su sensibilidad, la formulación religiosa del cristianismo les es ajena, incomprensible y muy poco pertinente para su vida, la cual se desarrolla en el más acá, en lo concreto del día a día, en

las decisiones del presente, las luchas por la superación, el oleaje de su mundo emocional.

Quizás muchos de nuestros jóvenes latinoamericanos hayan nacido aún en un sustrato religioso tradicional, pero progresivamente su sensibilidad se está alejando de la tradición de sus padres. Muchos de ellos/as aún tratan de incorporar lo que les han enseñado, pero que en realidad algo no calza, y se manifiesta en la poca importancia práctica que la formulación religiosa cristiana tiene en sus vidas. Esto, incluso cuando todavía asisten a prácticas religiosas, pero que sólo ocupan un ínfimo porcentaje de sus vidas concretas.

Creo que Bruno Mori acierta en la imperiosa necesidad de actualizar nuestra fe, rompiendo definitivamente la cosmovisión mítica y actualizándola a una nacida de la modernidad y posmodernidad. ¿Por qué seguir hablando de dos mundos? Recuperar a Jesús, como lo propone el autor, tiene que ver con recuperar su dimensión humana, material. Recuperarlo como uno de los mejores frutos de la evolución del universo, como aquello que sucede a todo ser humano que se conecta con la profunda energía que corre en el interior de todo, y que en lenguaje mítico hemos llamado Dios, pero que bien podría llamarse el Amor, el impulso de vida, la matriz en la que todo sucede.

Si bien no puedo estar de acuerdo en todas las afirmaciones de Mori, especialmente con aquellas en las que interpreta la intencionalidad de personas, instituciones o momentos históricos, sí sustento que ya no es momento de la dualidad entre profano y sagrado, material e inmaterial, carne y espíritu. En las nuevas generaciones parece cada vez más imposible someterse a un ser que existe fuera del sí mismo, a un Theos que tiene una voluntad y el atrevimiento de querer indicar el camino que cada uno debe seguir. La autonomía, uno de los grandes valores de la modernidad, y que Mori recoge en su libro, pide que la actualización del cristianismo

deje de ser algo exotérico para convertirse en esotérico, deje de ser algo heterónomo, externo al propio interior de la persona, y se convierta en una profunda conexión con la brújula interior, con el Espíritu que es uno con el propio espíritu, por decirlo de alguna manera. El Theos tradicional debe, en un acto de servicio a la humanidad, dejar espacio para el surgimiento del Sí-mismo, que no es narcisismo, si no una nueva manera de experimentar y llamar a quien tradicionalmente hemos llamado Dios. La escucha interior, como pedagogía enseñada, quizás esté llamada a sustituir a la obediencia exterior.

La duda planteada por Mori sobre el futuro del cristianismo me parece real y muy pertinente. Creo que, como institución nos movemos muy lentamente, quizás demasiado lentamente, en un esfuerzo centrípeto que ya no es capaz de contener el impulso centrífugo. Sin embargo, estoy convencido que libros como los de Mori pueden ayudar a continuar generando pequeños grupos, colectivos con una genuina búsqueda por lograr vivir lo mejor del mensaje cristiano, el amor gratuito que se entrega, desde su sensibilidad de humanos del siglo XXI. En el trabajo con las nuevas generaciones esto parece un imperativo si aún queremos seguir facilitando el encuentro profundo con la espiritualidad, que supera toda religión, tal y como el autor lo expresa.dor

Juan Antonio SANDOVAL f.m.s

Formador de religiosos jóvenes

San Salvador, El Salvador





Idiomas antiguos y nuevos

No es el fin del mundo, sino el fin de un mundo.
El fin de una etapa. El Camino continúa...

Pour un christianisme sans religion

Bruno Mori

&SENS
CONSCIENCE

Bruno Mori

Pour un christianisme sans religion

Retrouver la « voie »
de Jésus de Nazareth


KARTHALA



KARTHALA

Septembre 2021, Paris.

www.karthala.com

contact@karthala.com

(...viene de la primera solapa)

de chabolas de las afueras de Roma. Elegido Vicario General de su congregación en 1976, viajó por todo el mundo.

En 1978 fue enviado a Montreal (Quebec-Canadá) para asumir la dirección del Servicio de Documentación Pastoral (SDP), una gran librería francófona especializada en estudios religiosos para todo el Canadá francófono, fundada en los años 60 por los CRIC con el objetivo de actualizar y difundir en Canadá el espíritu innovador del Concilio Vaticano II.

Actualmente es responsable de una comunidad cristiana bilingüe (italiano y francés) en la diócesis de Montreal.

NTA
NUEVO TIEMPO AXIAL

**una colección
para el cambio de época**

Títulos publicados:

VARIOS: *Después de las religiones.*

LENAERS: *Jesús, ¿una persona como nosotros?*

VARIOS: *Después de Dios.*

MORI, Bruno, *Por un cristianismo sin religión.*

En preparación:

VARIOS: *El cosmos como inspiración.*

¿Pero qué es concretamente lo que tiene que cambiar el cristianismo? Usted lo ha oído hablar muchas veces, pero, ¿podría hacer una síntesis organizada y clara, de todo lo que está en crisis, según lo ve un número cada vez mayor de expertos, y de personas, que abandonan la fe, dejan la Iglesia...

Bruno MORI nos ofrece una síntesis contundente, que puede parecer incluso dura, pero que es ante todo un testimonio personal. Toda una vida dedicada a la fe y a la Iglesia da autoridad para saber de qué se habla.

Usted puede estar en desacuerdo con unas u otras ideas de las que el autor comparte, pero todas ellas le harán pensar. Muchas de ellas, quizá usted no se las haya planteado nunca, y no las vaya a acoger de entrada, pero le hará bien escuchar al autor. Él aventura su intuición sobre por dónde cree que continúa «el Camino» del cristianismo... Siéntase usted también libre de manifestar su opinión y siga su conciencia.

Es de agradecer este testimonio de sinceridad, este ejercicio de síntesis, madurado además en *La Belle Province* de Québec, con la experiencia tan llamativa de su *Révolution Tranquille*, la transformación de una de las sociedades más católicas de hace 60 años, en una de las más secularizadas actualmente. *Gracias, Bruno; gracias, Québec, l'Amérique Latine du Nord.*

